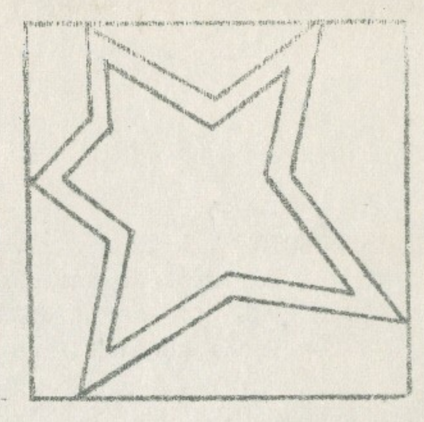
# BANDERA ROJA


NUMERO 14

MAYO 1972




# EL REVISIONISMO EN ESPAÑA

TODA LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD HUMANA HASTA EL DIA ES UNA HISTORIA DE LUCHA DE CLASES.
Para nosotros, no se trata precisamente de transformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de esfuinar las diferencias de clases, sino de la destruccion de estas: NO SE TRATA DE REFORMAR LA SOCIEDAD ACTUAL SINO DE FORMAR UNA NUEVA.
CARLOS MARX

# SUMARIO

# INTRODUCCION

El documento que presentamos a continuación es un intento de sistematizar los elementos teóricos y políticos que nos inducen a calificar al Partido Comunista de España de partido revisionista.

No se trata de un mero ejercicio de erudición gratuita, sino de un documento político. Tampoco se trata de colocar etiquetas a los demás para demostrar, sin más, que los buenos somos nosotros. En este sentido, nos interesan muy poco las frases hechas del tipo de "la traición de Carrillo", "el renegado Carrillo", "el PCE aliado del franquismo", etc. En general, estas y otras frases de corte parecido no hacen sino encubrir la importancia teórica y política de quienes las formulan, porque ni aclaran nada, ni ayudan a que las masas se orienten políticamente.

¿Qué entendemos, pues, por revisionismo? ¿Hasta qué punto puede decirse que el PCE es ya un partido revisionista? Estos son los dos puntos centrales de nuestro análisis.

Pero antes de seguir adelante, conviene aclarar que cuando hablamos de PCE nos referimos tanto al PCE propiamente dicho como a sus secciones catalana, vasca y gallega (el "Partit Socialista Unificat de Catalunya" o PSUC; el "Partido Comunista de Euzkadi" y el "Partido Comunista de Galicia"), las cuales, pese a su autonomía formal, constituyen un todo difícil de distinguir del resto del PCE.

## I°

## EL CONCEPTO DE REVISIONISMO

En su sentido más general, el término "revisionismo" designa la introducción de la política burguesa en el seno del movimiento obrero para poner a éste a remolque de los intereses de las clases dominantes. Lenin escribió al respecto:

> "... La afiliación formal de los oportunistas a los partidos obreros no elimina el hecho de que constituyen -objetivamente- uno de los contingentes políticos de la burguesía, de que son los agentes de ésta en el movimiento obrero..." (La bancarrota de la II Internacional).

No hay que olvidar que en la sociedad capitalista las ideas dominantes son las ideas de las clases dominantes. En una formación social capitalista, las clases del bloque dominante cuentan con poderosos instrumentos políticos, económicos e ideológicos para dividir a las clases dominadas, confundirlas, desviarlas de sus objetivos revolucionarios. Esta es, en definitiva, una de las tareas fundamentales del Estado capitalista, con su gran aparato represivo y sus aparatos ideológicos.

La lucha contra las clases dominantes y su Estado es, por consiguiente, una lucha durísima que hay que librar constantemente en todos los terrenos y en la que es preciso dominar muy a fondo la dialéctica marxista-leninista y forjar una sólida vanguardia política organizada para no perder el timón en los múltiples meandros del combate. La clase obrera tiene que superar su atomización y su aislamiento, tiene que organizarse, plantear la lucha en el terreno económico, en el político y en el ideológico, tiene que aprovechar las contradicciones del adversario, buscar aliados que la ayuden a avanzar y a romper el bloque enemigo sin perder la dirección de la lucha, neutralizar a los sectores vacilantes. Y, una vez obtenida la victoria, tiene que resolver el problema, todavía más difícil, de organizar la dictadura del proletariado para asegurar la derrota de los restos de la sociedad burguesa y edificar la sociedad socialista.

El revisionismo aparece cuando en toda esa lucha la vanguardia organizada del movimiento obrero resulta teórica y políticamente incapaz de superar el marco de lasociedad burguesa, cuando las perspectivas que traza a la clase obrera quedan limitadas al horizonte de la formación social capitalista, aunque sea modernizada en sus mecanismos básicos.

Ahora bien, con esto nos movemos todavía en un plano muy general. La definición que acabamos de hacer se aplica a todo tipo de organizaciones reformistas, como el tradeunionismo del Partido Laborista inglés y la socialdemocracia de gran parte de los países capitalistas avanzados.

Para caracterizar más exactamente el revisionismo, hemos de ver cómo se realiza en cada situación histórica la penetración de la política y de la ideología burguesas en el seno del movimiento obrero, en función del desarrollo del capitalismo, del desarrollo del propio movimiento obrero y del nivel de la lucha de clases.

Así, por ejemplo, se pueden esbozar tres grandes períodos en la introducción de la política y la ideología burguesas en el movimiento obrero:

a.- El período tradeunionista. Corresponde a la fase del capitalismo concurrencial y de consolidación del Estado democrático-burgués. Es el período en que comienza a desarrollarse el movimiento obrero y éste no cuenta todavía con una organización política propia y autónoma. Para la burguesía es fundamental impedir que la clase obrera se eleve al nivel de la lucha política. Al no contar con un partido propio, la clase obrera se encuentra sometida a la penetración burguesa y es incapaz de oponerse a ella.Se asiste entonces a una clara escisión entre la lucha económica y la lucha política:mientras la primera se reserva a la clase obrera, la segundase deja en manos de la burguesía liberal. Por eso Lenin denuncia el tradeunionismo o economismo como la política burguesa del movimiento obrero, pues el vehículo de la penetración burguesa es toda la clase obrera, desprovista de un partido político propio, de un partido comunista.

b.- Período socialdemócrata. Corresponde al período de transición entre el capitalismo liberal y el imperialismo, cuando el proletariado ha creado ya partidos propios, de clase. Es el período de surgimiento de los partidos socialdemócratas y de la II Internacional. Es igualmente el período de gran expansión colonial y monopolista del capitalismo, que permite a las clases dominantes hacer algunas concesiones a la clase obrera, sobre todo en forma de mejoras económicas. El vehículo de penetración burguesa en el movimiento obrero es la llamada "aristocracia obrera", es decir, el sector más beneficiado por las concesiones del capitalismo. La contrapartida de estas concesiones es la aceptación, por parte de los dirigentes socialdemócratas, de la legalidad burguesa. Por eso la política burguesa se introduce en el movimiento obrero a través de la ideología liberal y sindicalista, y cristaliza en la creación de partidos parlamentarios, en prácticas políticas electoralistas y en la elaboración de una estrategia gradualista y pacifista. Los partidos socialistas de la época se organizan de manera liberal, con fracciones y corrientes bien estructuradas. Su ideología es ecléctica y reducen el marxismo a un mero instrumento de análisis (es decir, dejan de concebirlo como una guía para la acción revolucionaria). Caen en una visión mecanicista y economicista de la formación social y de su desarrollo, y reducen los determinantes económicos y políticos a categorías mecánicas de causalidad simple y lineal. La táctica burguesa consiste, pues,en operar sobre el nivel económico para apartar al movimiento obrero de la lucha política por el poder y prolongar una lucha de clases poco intensa. Por eso Lenin habla en el texto citado de "oportunismo" y no de "revisionismo", porque para él lo fundamental es que la socialdemocracia intenta aprovecharse de la expansión del capitalismo monopolista atenuando la lucha de clases y desviando a la clase obrera de su objetivo revolucionario: la toma del poder.

c.- Período del revisionismo moderno. Corresponde a la fase del capitalismo monopolista plenamente desarrollado en los países capitalistas, y de reconstitución de una nueva sociedad de clases en algunos países donde se había iniciado la transición al socialismo, como la Unión Soviética y los llamados países socialistas del este de Europa.

Es una fase de fuerte agudización de la lucha de clases a nivel internacional, en la que la lucha revolucionaria es dirigida por partidos comunistas y la ideología dominante en el movimiento obrero es el marxismo-leninismo. La táctica burguesa se centra, por lo tanto, en el nievl político del movimiento obrero, con el objetivo de destruirlo. El vehículo de penetración burguesa en el movimiento obrero es, pues, el mismo partido obrero, el partido comunista. Por eso debemos hablar aquí de línea burguesa, porque es el partido quien traza la línea.

La penetración de la ideología y la política burguesas se hace, pues, a través de unos partidos que formalmente siguen siendo comunistas, y de una ideología que formalmente sigue siendo el marxismo-leninismo, pues de otro modo esos partidos y su ideología no servirían como canales de penetración

en el movimiento obrero. Por eso no se prescinde de los partidos comunistas, sino que se les adapta a su nueva función. Por eso no se prescinde del marxismo-leninismo, sino que se le"revisa". Por ejemplo, la ideología burguesa de "integración y control" se combina con la ideología del Estado soviético de "planificación administrativa" y adquiere un carácter economicista y mecanicista de nuevo tipo bajo la denominación de "revolución científica y técnica".

En el plano organizativo, los partidos comunistas se convierten en "partidos de masas", con una dirección burocratizada, y se definen como partidos de orden, de participación, que aspiran a organizar mejor la sociedad sin modificar sus presupuestos fundamentales. A pesar de las lógicas diferencias de situación, esto se puede comprobar no sólo en los grandes partidos comunistas que están ya en el poder, como el P.C. de la Unión Soviética, sino también en los partidos occidentales que están todavía en la oposición y hasta en partidos que, hoy por hoy, se encuentran en la clandestinidad, como el propio partido comunista español.

Más todavía: estos partidos no sólo proclaman su fidelidad formal al marxismo-leninismo, sino que pretenden su monopolio, porque saben que ésta es la condición para legitimar su función de representantes del movimiento obrero. Pero les es indispensable quitar al marxismo-leninismo su punta revolucionaria. De ahí la tendencia a transformarlo en un dogma legitimizador de la organización burocrática y centralista, y a mezclarlo con las últimas aportaciones de la ideología tecnocrática burguesa. Este es, por lo demás, el presupuesto necesario para convertir al partido en un aparato ideológico del Estado burgués monopolista.

Que el partido comunista se convierta en partido revisionista, con todas las consecuencias que ello comporta, significa, por otro lado, que en la lucha constante contra las clases dominantes el proletariado ha sido momentáneamente derrotado y ha perdido su vanguardia revolucionaria. De ahí la urgencia de reconstruir esa vanguardia a partir de la lucha de las propias masas, y de forjar un partido consecuentemente revolucionario y enraizado de verdad en el proletariado.

Por todo lo dicho se ve que entre la socialdemocracia y el revisionismo moderno existen muchas coincidencias, tanto en el plano teórico (incomprensión del carácter del Estado, economicismo, mecanicismo, etc.) como en el político-organizativo (electoralismo, pacifismo, criterios laxos de militancia, etc.), pero tanto sus funciones políticas como su tipo de organización y su base social concreta, dentro de su papel común de instrumentos de la política burguesa en el movimiento obrero, son distintos. Por lo demás, la socialdemocracia actual no es la misma que la de los partidos de la II Internacional, que eran, pese a todo, partidos obreros. Los partidos revisionistas se aproximan cada vez más a los partidos de la II Internacional, pero esto no quiere decir que se identifiquen con los actuales partidos socialistas.

Más exactamente: mientras los partidos socialdemócratas son partidos burgueses con clientela obrera, los partidos comunistas-revisionistas son partidos esencialmente obreros.

De ahí que los partidos revisionistas deban mantener constatemente sus vínculos con la clase obrera, representando sus reivindicaciones más generales y elementales en el interior del Estado capitalista.

Concretando todavía más: la socialdemocracia reduce la lucha política a la económica, abandona la lucha por el poder del Estado y deja a la burguesía un terreno político libre; en cambio, el revisionismo introduce la ideología burguesa en la lucha política misma, proponiendo a la clase obrera objetivos políticos que no ponen en peligro la sociedad burguesa.

En el curso de este estudio tendremos ocasión de ver cómo se refleja ésto en la práctica política del PCE, tanto a nivel estrictamente político (por ejemplo, subordinando la organización de la clase obrera a los objetivos supremos de la alianza con las fuerzas democrático-burguesas) y a nivel ideológico (mezcla del marxismoleninismo con el humanismo, el historicismo, el tecnocratismo de la revolución científica y técnica, el diálogo con los cristianos, etc.)

Pero no hay que olvidar que las formas concretas y específicas que reviste la introducción de la política y de la ideología burguesas en el movimiento obrero por parte del revisionismo dependen de la coyuntura política de la lucha de clases. Por eso, mientras algunos

partidos comunistas han asumido ya hasta el final su papel de partidos revisionistas, otrps -como el PCE- se encuentran en una situación ambigua por el tipo de Estado capitalista con que se nfrentan y que no les permite, de momento, cumplir plenamente su papel. Por eso, en estos últimos partidos el carácter revisionista queda a menudo enmascarado por la situación conqueta en que se encuentran. Y esta ambigüedad da lugar a otra, también considerable: la mezcla de elementos diversos en sus filas, desde verdaderos militantes comunistas a simples demócrata-liberales.

## 2 EL P.C.E. Y EL REVISIONISMO

¿Hasta qué punto puede decirse, pues, que el PCE es ya un partido revisionista? Y en caso afirmativo, ¿cuándo empiezan a precisarse sus rasgos revisionistas?

Sin pretender analizar a fondo el tremendo problema de los orígenes y desarrollo del revisionismo en España, queremos apuntar algunos datos históricos que nos ayudarán a situar la cuestión.

Sabido es que en España la dirección política del movimiento obrero casi nunca ha estado a la altura de las circunstancias y que la enorme combatividad de la clase obrera y de las masas populares ha ido acompañada, en general, de una tremenda debilidad teórica y política por parte de los cuadros dirigentes.

Frente al cerrilismo y a la ferocidad de las clases dominantes, el movimiento obrero español ha carecido, a lo largo de su historia, de una buena dirección marxista y leninista. Mientras las masas obreras más combativas y con mayor instinto de clase se hundían en el pozo sin fondo del anarquismo, (es decir, permanecían atadas a el marco de la ideología pequeñoburguesa-, otro gran sector se metía en la vía muerta del reformismo socialdemócrata, a remolque de una burguesía liberal que, según la concepción mecanicista de los dirigentes socialistas, todavía tenía que dirigir su revolución democrático-burguesa.

Las causas de esta debilidad teórica son complejas y hay que buscarlas, sin duda, en la repetida frustración de la revolución burguesa en España, y más concretamente en las condiciones de la Restauración. Al no revestir una forma política dictatorial, el Estado de la Restauración neutralizó a la intelectualidad -al revés de lo ocurrido en Rusia, por ejemplo- e impidió la fusión de una parte de ésta (los intelectuales marxistas revolucionarios) con el movimiento obrero.

Bajo la impronta pequeño-burguesa del anarquismo, el sector del movimiento obrero encuadrado por la CNT-FAI ignoró las contradicciones de las clases dominantes, prescindió de las indispensables alianzas, no acertó a distinguir las fasés del combate revolucionario y se estrelló una y otra vez contra las columnas más fuertes del edificio burgués, hasta la derrota de 1939.

A su vez, el socialismo español representado por el PSOE y la UGT tuvo, desde el primer momento, un carácter fuertemente reformista, tanto en sus planteamientos políticos -más vinculados a la tradición republicano-liberal que al marxismo-, como en sus formas de lucha y organización. Y pese a la cerrazón del bloque dominante español y de su Estado, estas organizaciones se mantuvieron siempre fieles a la óptica reformista, hasta desembocar en la experiencia de la II República, en la que el PSOE se convirtió en uno de los pilares 'rincipales para el sostenimiento de la sociedad burguesa, cuando las clases dominantes habían perdido su tradicional instrumento de dominación (la monarquía).

Entre estos dos polos, el movimiento comunista español se movió casi siempre con grandes dificultades. Al fundarse el PCE en 1920-1921, pudo convertirse, y en parte se convirtió, en el foco de atracción de los elementos más consecuentemente revolucionarios del proletariado español. Pero tanto por las duras condiciones de represión y clandestinidad en que tuvo que desarrollarse en sus primeros años, como por la falta de una sólida orientación teórica y política, sólo en muy escasa medida pudo el PCE aglutinar en su seno a los mejores elementos de la clase obrera.

Cuando obtuvo la legalidad en la II República, pesaba sobre él ese lastre y, por otro lado, tenía ya detrás de sí la contradictoria experiencia de la III Internacional. En la Unión Soviética, concretamente, se estaba reconstituyendo una nueva clase dominante en torno a los aparatos del Estado y se consumaba la pérdida del poder por parte de las masas populares. El modelo de transición al socialismo que se ofrecía a los comunistas españoles estaba marcado, pues, por este comienzo de grave deformación.

Pese a todo, el PCE experimentó un fuerte desarrollo con el auge de la lucha de clases y tomó iniciativas políticas que,por vez primera, rompían la esterilidad del reformismo socialdemócrata y del maximalismo

anarquista. La política de Frente Popular es, seguramente, en la coyuntura política de 1934-1939, la iniciativa más fecunda en este sentido, aunque tanto por los términos en que se planteó como por la forma en que se llevó a cabo dio lugar a desviaciones reformistas muy peligrosas.

Para el análisis de todo este período nos remitimos a nuestro CUADERNO COMUNISTA titulado La formación del Partido Comunista de España (1920-1939). En lo que al Frente Popular se refiere, baste decir que su principal defecto consistió en que se planteó como un mero pacto electoral entre las fuerzas proletarias y campesinas y sectores liberales y nacionalistas de la burguesía media y de la pequeña burguesía, con el fin, esencialmente defensivo, de cerrar el paso a la reacción oligárquica y al fascismo. Además, los dirigentes del PCE concebían el Frente Popular como el marco político para el desarrollo de la revolución democrático-burguesa, en la cual la burguesía liberal no fascista tenía reservado un importante papel. De ahí que la aplicación de la política de Frente Popular se hiciese casi siempre "por arriba", sin desarrollar una consecuente labor de organización de las masas. De ahí, también, el papel subordinado que en la práctica se atribuía al proletariado, pues éste tenía queconfiar en la eficacia antifascista del gobierno liberal-burgués y limitarse a "presionar" para conseguir lo pactado.

Pero la política de Frente Popular respondía a las condiciones de lucha contra el fascismo y era consecuente con las tareas impuestas a los comunistas por la lucha de clases en aquellos momentos. El nivel alcanzado por esta lucha en España hizo, precisamente, que la política de Frente Popular fuese algomás que el simple pacto electoral en que se convirtió en otros países (en Francia, por ejemplo). Y esto resultó más evidente todavía al estallar la guerra civil, en la que la agudización de la lucha de clases hizo inviables, por sí mismos, algunos de los planteamientos más oportunistas de la política de Frente Popular.

Precisamente por esto, las desviaciones reformistas en su aplicación no hicieron todavía del PCE un partido revisionista, pues la dinámica misma de la guerra civil, en la que la lucha armada contra el fascismo estaba en primer plano, hacía que los elementos de reformismo se viesen compensados por otros de signo contrario (la capacidad de lucha y de organización, la vinculación con las masas populares, etc.), que convertían al PCE en el destacamento más avanzado de la lucha antifascista, frente al oportunismo y a las tendencias conciliadoras de la mayor parte de los grupos republicanos y socialistas.

Al terminar la guerra civil, el PCE fue el partido que mejor supo paliar las consecuencias de la terrible derrota y el que mejor se adaptó a las duras condiciones de la represión franquista, por su tradición combativa y por su fuerza organizativa. Pero, al mismo tiempo, la influencia de los factores internacionales, y, sobre todo, la política soviética de alianza con las grandes potencias imperialistas, pesaban considerablemente sobre sus orientaciones políticas.

En general, la política del PCE en estos años, combinando la lucha de guerrillas en el interior con las negociaciones políticas con los demás grupos de la oposición antifranquista con vistas xxxxxx a crear una alternativa concreta, fue correcta, aunque, como hemos dicho, el peso de la política soviética de alianzas actuaba como un grave elemento de deformación.

Es importante tener esto en cuenta, porque explica en gran parte el carácter actual del PCE. En la medida en que fue el único grupo antifranquista que luchó en el interior, incluso con las armas en la mano, atrajo a los mejores militantes antifranquistas, a los más combativos y dispuestos. Para muchos, lo único que de verdad se oponía al franquismo en aquellos años era "el comunismo".

A finales de los años cuarenta, el PCE inició un cambio táctico de grandes dimensiones y abandonó la lucha guerrillera para acercarse a las masas allí donde éstas se encontraban realmente encuadradas, es decir, en las organizaciones legales del franquismo. El cambio venía impuesto tanto por la situación internacional de guerra fría -con el consiguiente fortalecimiento del franquismo-, como por la incapacidad de movilizar a las grandes masas a través de la lucha guerrilllera.

Se abrió paso entonces una línea política que acabó por cristalizar en 1956 -el año del XX Congreso del P.C. de la Unión Soviética y de la súbita denuncia del "estalinismo"- con

el nombre de política de "reconciliación nacional". La nueva orientación podía ser fecunda, porque se basaba en una apreciación realista de la situación española. Pero conllevaba una serie de peligros que podían precipitar la involución revisionista del PCE, acentuando los rasgos reformistas presentes en su política desde los años treinta.

Uno de estos peligros era el interclasismo, la confusión de la reconciliación nacional con la conciliación de clases. Otro era la confusión de los objetivos tácticos y estratégicos, difuminando la perspectiva socialista en aras del acuerdo antifranquista. Un tercer peligro era la transformación del propio PCE en un partido de vocación interclasista con la incorporación en masa de simples militantes antifranquistas y de simpatizantes. Finalmente, existía también el peligro de acentuar los aspectos pluralistas, pacifistas y evolutivos que estaban en la base misma de la concepción soviética de la "coexistencia pacífica". Todo esto agravado porque el planteamiento político del PCE se basaba en el esquema de la revolución democrático-burguesa todavía por realizar, con la consiguiente necesidad de propiciar la alianza con la burguesía liberal y de poner en segundo plano los objetivos propiamente socialistas.

Que estos peligros se convirtiesen en realidades dependía, naturalmnente, de la coyuntura política, de la relación entre el PCE y la lucha de clases, pues el revisionismo se concreta, tras un largo proceso histórico, cuando el partido es incapaz de atender y cumplir las tareas planteadas por la lucha de clases en un momento concreto.

Pues bien, el planteamiento de la política de reconciliación nacional del PCE (que comportaba muchas iniciativas correctas, como el intento de romper la línea, actual, divisoria establecida por el franquismo ente los vencedores y los perdedores de la guerra civil, la lucha por las libertades políticas, el aprovechamiento de la mínima legalidad franquista, etc.) coincidió con la aparición en la escena política de una oposición liberal-burguesa, es decir, de una fuerza social que, según el esquema teórico del PCE, podía protagonizar la revolución democrático-burguesa pendiente.

La política de reconciliación nacional se aplicó, pues, como una política de sumisión táctica y estratégica a esta fuerza liberal-burguesa. Y fue esta sumisión la que desarrolló todos los elementos de revisionismo presentes en la formulación de dicha política.

En la medida que el PCE subordinaba sus opciones tácticas y estratégicas a la alianza con una fuerza social inexistente subordinada, de hecho, al proletariado porél representado. Y dado que la pretendidad fuerza liberal-burguesa era incapaz de modificar los datos de la situación, los dirigentes del PCE los modificaban en su imaginación, con tremendas dosis de voluntarismo y de subjetivismo, viendo en cada repliegue táctico del Estado franquista una tremenda derrota de éste, un signo más de su irremediable e inminente descomposición, y propiciando formas de lucha y de organización de la clase obrera desde esta perspectiva artificial.

El catastrofismo sistemático de los análisis de los dirigentes del partido, que hablaban de "la crisis inminente", de la "descomposición final del franquismo", de la"bancarrota" de éste, de la inmediatez de un cambio sustancial, de la proximidad de la subida del propio partido al poder, etc. permitía justificar todos los planteamientos interclasistas -en nombre de la"urgencia"- y, al mismo tiempo, calmaba las inquietudes de muchos militantes, haciéndoles ver la revolución donde no había más que una práctica demócrata-liberal.

Por eso acentuó la ruptura entre el PCE y las tareas concretas que planteaba la lucha de clases; y el desfase entre los planteamientos y la práctica política de aquél y la realidad de la revolución española resultó más evidente cuando se iniciaron los grandes movimientos huelguísticos de Asturias (1962) y surgieron los primeros núcleos de organización autónoma de la clase obrera: las Comisiones Obreras.

Al mismo tiempo, en la escena internacional se manifestó la clara oposición de los comunistas chinos a los planteamientos del revisionismo soviético, y esto obligó a definirse sin tapujos e hizo más difícil seguir manteniendo posiciones equívocas en el plano teórico-político.

La involución revisionista delPCE se acentuó enormemente a partir de entonces y tanto los documentos oficiales de su dirección como los escritos de su secretario general, Santiago Carrillo, son buena prueba de ello.

Esta involución revisionista se hizo tan palpable que pronto empezaron a manifestarse en el seno del propio PCE las primeras disensiones. Al mismo tiempo, empezaron a desgajarse núcleos de militantes para crear alternativas políticas y organizativas de intención no revisionista.

En estas escisiones se mezclaron, eviden-

temente, elementos diversos. Así, por ejemplo, una de sus manifestaciones fue la crisis que afectó a la dirección misma del partido y terminó con la expulsión de dos de sus máximos dirigentes, Fernando Claudín y Federico Sánchez. Otra fue la aparición de los grupos "marxistas-leninistas", que buscaban la solución transplantando directa y mecánicamente la experiencia china a las condiciones de nuestro país. Más tarde hubo la escisión del llamado grupo "Unidad" del que surgió el PC (Internacional), aferrado a un dogmatismo ultraleninista (y por lo mismo antileninista) como tabla de salvación. Y así otros grupos de vida más o menos efímera, que se mantenían o se hundían sin conseguir resolver el problema clave: el de asegurar una verdadera vanguardia política ligada a las masas y capaz de dar a éstas una dirección no revisionista.

Y no loresolvieron porque todos ellos eran incapaces de contraponer al revisionismo nada que no fuese el más estrecho dogmatismo. A la disolución del PCE en un "partido de masas" replicaban con una"vanguardia" organizada desde arriba, sin ningún contacto con las masas. Primero constituían la "vanguardia", elaboraban un programa al margen de la realidad cotidiana y luego esperaban que las masas fuesen a ellos. Al abandono de la dialéctica marxista-leninista por parte de los revisionistas replicaban con un dogmatismo estrecho e iguealmente antidialéctico. A la confusión de los objetivos tácticos y estratégicos por parte del revisionismo, replicaban con una visión dogmática y mecanicista de las fases (caso de los m-l.) o con una confusión todavía mayor, saltándose a la torera las fases de la revolución ininterrumpida y metiéndolo todo nn el saco ahistórico (pero cómodo, eso si) de la revolución socialista (caso de los "internacionales" y de los trotskistas).

El fracaso, la impotencia de estos grupos han permitido a los dirigentes del PCE conquistar apoyos de masas que de otro modo no habrían obtenido, al tiempo que ahondaban sus planteamientos revisionistas como respuesta a las incoherencias dogmáticas de los grupos pretendidamente antirevisionistas.

Pero es evidente que en todo este proceso de crisis del parido revisionista surgieron también núcleos de comunistas que intentaron, por diversos caminos, reconstruir una verdadera vanguardia revolucionaria mediante una práctica autónoma basada en la línea de masas.En la mayoría de estas rupturas con el revisionismo, empezando por la llammda "crisis Claudín" de 1964, hubo núcleos o simples militantes comunistas que rompían con la dirección revisionista, a veces en mexcla confusa con elementos oportunistas. Y son estos núcleos, estos militantes los que han acabado confluyendo en nuevas experiencias organizativas, como la de la Organización Comunista (Bandera Roja). Por eso nosotros reivindicamos con orgullo la tradición combativa del movimiento comunista español e internacional, intentamos asimilar críticamente toda la rica experiencia de ese movimiento y queremos forjar una alternativa capaz de potenciar todas sus virtudes revolucionarias.

Así se ha llegado a la situación actual. La alternativa que nosotros presentamos al revisionismo es muy diferente de las anteriores y, por lo mismo, sitúa la lucha contra el revisionismo en otro plano. Nosotros nos esforzamos por situarnos en un verdadero terreno de masas, por construir la organización a través de la aplicación consecuente de la línea de masas, por incidir en la lucha antifranquista con planteamientos no revisionistas. Para ello nos inscribimos en la tradición marxista-leninista y sacamos de la experiencia china y del pensamiento de Mao Tse-tung lo que consideramos aportaciones fundamentales al desarrollo de la teoría revolucionaria en nuestra época, sin apriorismos ni mecanicismos.

## 3 LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO

Por el hecho, precisamente, de que nos situamos en el terreno de la lucha de masas, es absolutamente necesario definir claramente la esncia del revisionismo español, explicar a las masas sus manifestaciones, ver sus límites y posibilidades, poner de relieve claramente sus contradicciones internas, para que las masas puedan percibir donde están los unos y donde estamos los otros, donde está la línea burguesa y donde la línea proletaria.

Esto significa que la lucha contra el revisionismo, con ser fundamental e ineludible, no pasa por donde dicen los grupos anteriormente mencionados. No se trata de denunciar indiscrimina

damente al "renegado Carrillo" sino de presentar a las masas una línea política consecuentemente revolucionaria que éstas puedan hacer suya por encontrar en ella la verdadera respuesta a sus verdaderos problemas. Se trata de forjar una vanguardia surgida de las masas mismas y sólidamente inplantada en ellas, que les permita aprender por sí mismas cuál es el camino que las hace avanzar y cuál el camino que las reduce a la impotencia.

En este sentido, no hay que perder de vista un hecho que consideramos decisivo: que el PCE no encuentra, bajo el franquismo, condiciones propicias para cumplir plenamente su papel revisionista.

En otros países las cosas están más claras. En Francia o en Italia, pongamos por caso, la involución revisionista de los partidos comunistas está ya muy avanzada y aunque estos partidos no participan todavía directamente en el ejercicio del poder ocupan ya posiciones muy sólidas en el seno de losrespectivos aparatos estatales. En Francia, concretamente, el Partido Comunista centra toda su propaganda en presentarse como partido de orden capaz de estabilizar la sociedad francesa, y es uno de los principales instrumentos de las clases dominantes para reprimir a los revolucionarios (metidos todos en un mismo saco, el del "izquierdismo") y controlar a la clase obrera. En Italia, el Partido Comunista govierna ya importantes sectores del país a través del sistema de autonomías regionales y es uno de los principales adalides del desarrollo del capitalismo de Estado.

En ESpaña, la situación es bastante diferente. La acumulación del capital monopolista se ha hecho a través de un Estado dictatorial que ha mantenido sujeta a la clase obrera mediante una terrible represión. La forma concreta que ha revestido esa acumulación, las contradicciones que ha generado, las insuficiencias y debilidades que ha puesto de manifiesto han provocado la subsistencia del Estado franquista, casi con la misma forma y los mecanismos de los años cuarenta, cuando el proceso de acumulación mencionado estaba en sus comienzos.

Hoy las clases del bloque dominante todavía no han resuelto ni siquiera el problema de sus propios instrumentos políticos, de sus propios partidos. Por eso el revisionismo no puede desempeñar todavía su verdadero papel, es perseguido y se ve constreñido a adoptar actitudes de lucha que sus homónimos de otros países hace tiempo ya que han abandonado. Más todavía: para poder asumir de manera efectiva y consecuente su papel revisionista, el PCE necesita que desaparezca la dictadura franquista, necesita entenderse con sectores liberales que hoy todavía están en la oposición, necesita que funcione el juego parlamentario. En una palabra, necesita una situación política más abierta, dentro del marco global de la sociedad burguesa.

Esta es, precisamente, la perspectiva que ofrece en su programa y en sus planteamientos oficiales. Y es indudable que algunos sectores liberales así lo han comprendido y buscan el entendimiento con el PCE como una garantía para el futuro, para su propio futuro.

Pero, al mismo tiempo, en la medida en que el PCE debe lucharcontra la dictadura franquista, subsisten muchos equívocos. Muchos comunistas creen encontrar en él a su verdadero partido -sobre todo si la alternativa es tan pobre como la que ofrecen los grupos m-l., trotskistas, internacionales, etc.- y en él ingresan, junto con muchos liberales ilustrados y socialdemócratas que ya prefiguran el verdadero carácter del partido en una situación de mayor apertura política.

Los dirigentes del PCE sólo pueden mantener ligado un ensamblaje tan dispar propiciando formas de organización laxas que permitan la hegemonía indiscutida del único núcleo sólidamente estructurado, el núcleo de dirección. Y ese núcleo de dirección no es únicamente el Comité Ejecutivo y su secretariado, sino todo el aparato estable que funciona directamente vinculado a esos órganos superiores y que asegura los contactos verticales de éstos con las organizaciones de base.

Por otro lado, acentúan los elementos radicales y verbalmente revolucionarios de sus planteamientos políticos con el fin de tranquilizar a los militantes verdaderamente comunistas y dar satisfacción al radicalismo pequeño-burgués de sus militantes liberales y socialdemócratas

Por todo ello, la lucha contra el revisionismo es muy compleja. En la medida en que combate al franquismo y en que está implantado entre la clase obrera y demás sectores populares, los comunistas coincidimos con él en muchas acciones y hasta en algunos planteamientos tácticos. Y no se trata de desmarcarse de él proponiendo sistemáticamente algo diferente sino de aplicar

en todas las acciones de masas, sea quien sea su impulsor (y mejor si somos nosotros) una línea de masas consecuente y una orientación verdaderamente revolucionaria, no revisionista. Esto quiere decir que en todo momento nos hemos de esforzar por hacer avanzar el grado de organización y de conciencia de la clase obrera, por asegurar su hegemonía en el seno del movimiento popular y en la lucha antifranquista, no subordinando jamás su combate a las acciones tácticas por arriba. Y esto hemos de hacerlo no excluyendo de un manotazo a los revisionistas o montando acciones al margen de ellos sino luchando muchas veces junto a ellos, coincidiendo en una misma acción.

Es importante tener en cuanta todo esto, sobre todo en momentos como el presente, cuando el imperativo fundamental de la lucha obrera y popular es la unidad y la solidaridad de todos los trabajadores y cuando las iniciativas de lucha proceden en muchos casos de los propios revisionistas. El presente documento obedece a esta preocupación: delimitar claramente las cosas en momentos en que es más urgente y necesario que nunca propiciar la unidad del movimiento obrero.

Por otro lado conviene deshacer uno de los equívocos que más tenazmente pesan sobre muchos revolucionarios sinceros. Nos referimos a la idea de que para combatir al revisionismo lo mejor es entrar en el PCE y reformarlo desde dentro.

Los que así piensan olvidan un hecho fundamental: que el partido revisionista no lo es por la simple voluntad de unos dirigentes "traidores", sino porque como vanguardia de la clase obrera ha sido derrotado en la lucha general contra las clases dominantes y sus aparatos estatales. El partido revisionista lo es objetivamente y no se trata de reformarlo sino de crear una alternativa realmente revolucionaria, una alternativa surgida de las masas a través de su lucha. Sólo enla medida que esta alternativa se consolide será posible recuperar a los verdaderos comunistas que hoy por hoy figuran en las filas del revisionismo. Pensar que se puede lograr esto sometiéndose a la mecánica organizativa del propio partido revisionista es olvidar que esta mecánica funciona como funciona porque se trata, precisamente, de un partido que no se propone ya llevar a las masas populares por el camino de la revolución sino someterlas a los intereses de las clases dominantes.

Para decirlo de otra manera: la lucha contra el revisionismo sólo se puede realizar con éxito a través de una práctica política basada en la línea de masas. Sólo así se pueden desarrollar otras formas de lucha, otras formas de organización, otras formas de reflexión política que las del partido revisionista. Pero para eso se necesita autonomía de funcionamiento. Y es esa autonomía la que niega, precisamente, la organización revisionista.

Los errores teóricos, los planteamientos tácticos y estratégicos y las formas organizativas del partido revisionista forman un todo. Y ese todo se explica precisamente por la función revisionista del partido, por su papel de introductor de la línea burguesa en el movimiento obrero.

Esto es, por lo demás, lo que nos proponemos demostrar a continuación. Por eso nuestro estudio comprende los aspectos principales de la politica y la organización del partido revisionista y, más concretamente:

I. El análisis que éste hace de la formación social española y de su estructura de clases.

II. Las fases en que divide el proceso revolucionario y la consiguiente definición de los objetivos estratégicos y tácticos con una referencia al oportunismo de su política de relaciones internacionales y la forma en que concibe la unidad del movimiento comunista.

III. La concepción del partido como un conglomerado de organizaciones laxas y la confusión de éstas con las organizaciones de masas bajo la etiqueta del "partido de masas".

Estamos convencidos de que a través de todo esto podremos ofrecer a la clase obrera y a las masas populares, en la medida de nuestras posibilidades, una imagen clara y coherente del carácter revisionista del actual PCE y de las contradicciones y limitaciones que lo caracterizan.

# I
# LA FORMACION SOCIAL ESPAÑOLA, LAS CLASES Y EL ESTADO, SEGUN LOS DIRIGENTES REVISIONISTAS

Ya hemos señalado que uno de los defectos tradicionales del movimiento comunista en España -y no digamos del socialista y del anarquista- ha sido su extrema debilidad teórica. El propio José Díaz, secretario general del PCE en los años de la República y la guerra civil era muy consciente de ello y en su lecho de muerte recomendó a los militantes que cuidasen especialmente de subsanar este defecto, porque de otro modo se corría el peligro de la bancarrota política e ideológica.

Pues bien, el análisis de los documentos oficiales del PCE y de los escritos de sus principales dirigentes, especialmente del actual secretario general, Santiago Carrillo, muestra que esa debilidad, lejos de superarse, se ha mantenido y hasta agravado.

No lo decimos por afán purista ni por mero prurito de erudición, sino porque la inconsistencia teórica es causa y efecto a la vez de inconsistencia en el análisis de la situación política yencuentra un reflejo inmediato en las posiciones estratégicas y tácticas del partido. En la medida en que éste está presente en la lucha antifranquista del movimiento obrero, las posiciones erróneas repercuten tremendamente en la propia lucha, desviándola de sus objetivos revolucionarios. No en balde insistía Lenin en la importancia decisiva de la teoría para la justa dirección de la lucha revolucionaria.

+ + + + +

Uno de los aspectos en donde se percibe mejor el abandono de la teoría marxista-leninista por parte de losdirigentes del PCE es su análisis de la formación social española, de la correlación de las clases sociales y del Estado fra quista. Lo menos que puede decirse es que en este análisis los dirigentes revisionistas han echado por la borda todas las grandes adquisiciones del marxismo-leninismo, sustituyendo a éste por una mezcla sin principios en la que se dan la mano el más vulgar economicismo, el moralismo pequeño burgués, las últimas novedades de la sociología burguesa y todas las "aportaciones" del revisionismo soviético y occidental.

Esto se traduce en una total incapacidad para analizar correctamente la correlación de las clases sociales en la actual formación social española y para situar el papel afectivo del Estado franquista dentro del capitalismo monopolista español.

Como hemos puesto de relieve en los números 9 y 11 de BANDERA ROJA, el Estado franquista ha sido precisamente el instrumento para el desarrollo acelerado del capitalismo monopolista de Estado en España, a base de una explotación intensiva de un proletariado privado de toda posibilidad legal de organización yde resistencia. Pero en la medida en que el capitalismo monopolista de Estado se ha desarrollado, la formación social española ha experimentado profundas modificaciones. Así, el sector decisivo de la economía española es hoy el capitalismo monopolista y no ya el sector agrario tradicional. Esto significa, entre otras cosas, que la clase hegemónica dentro del bloquedominante es la burguesía financiera e industrial, y no la oligarquía terrateniente, que hoy ocupa un lugar subordinado en el seno de las clases dominantes.

Al mismo tiempo, el desarrollo del capitalismo monopolista ha modificado sustancialmente el peso específico y la composición misma de la clase obrera y de las demás clases populares. La clase obrera industrial, concretamente, haexperimentado un fuerte crecimiento cuantitativo, y no sólo se ha desarrollado en los lugares tradicionales (Cataluña y País Vasco, sobre todo), sino también en otros donde su implantación era menor o casi nula, como Madrid, Sevilla, Málaga, Pamplona, Valladolid, Vigo, etc., al mismo tiempo que luchaba por mantenerse en zonas tradicionales que actualmente están en decadencia, como Asturias.

Junto al proletariado se han desarrollado nuevas fuerzas populares, esencialmente vinculadas al crecimiento de la economía industrial y urbana, entre las que destacan las capas inferiores de los nuevos asalariados del sector servicios. Los jornaleros agrícolas y el campesinado pobre siguen siendo un complemento esencial del movimiento obrero y popular, pero su peso específico no es ya el mismo que hace cuarenta años, cuando constituían el sector clave de la revolución democrática en España.

El desarrollo del capitalismo monopolista ha provocado también profundas modificaciones entre las clases intermedias. Mientras la pequeña burguesía urbana tradicional y la pequeña burguesía rural pierden importancia, surgen nuevas capas de pequeña burguesía urbana que, en muchos casos, están muy próximas a las clases populares y en otros tienden a subordinarse a la burguesía media y a la burguesía financiera e industrial.

Todas esas transformaciones -que aquí esbozamos en sus grandes líneas- se han producido además bajo el signo de una subordinación creciente a los grandes potencias imperialistas, especialmente de los Estados Unidos, de modo que algunos de los sectores claves de la economía española dependen hoy completamente del capital extranjero. La burguesía financiera e industrial española se ha consolidado, pues, como clase hegemónica en estrecha vinculación con determinados sectores del imperialismo, y aunque ha preservado algunos islotes de capitalismo monopolista propiamente español, se han integrado plenamente en la división imperialista del trabajo, cumpliendo algunas tareas menores en el seno de la misma.

Todas esas transformaciones han puesto al orden del día la revolución socialista y han hecho inoperante la consigna de revolución democrático-burguesa. Aunque algunas de las tareas de la revolución burguesa están por realizar, no tienen la entidad suficiente como para permitir hablar de una revolución burguesa pendiente. Entre el actual capitalismo monopolista de Estado y la revolución socialista no hay ninguna etapa intermedia.

Ahora bien, uno de los rasgos más peculiares de la situación política en España es que todos esos cambios en la correlación de las clases se han efectuado sin una modificación paralela de los mecanismos del Estado franquista. Este sigue estructurado, en lo fundamental, con arreglo a las exigencias de los años cuarenta, cuando el bloque dominante no tenía las características de hoy y se iniciaba la acumulación acelerada del capital monopolista, con mecanismos de explotación de la clase obrera que no son los actuales. Las clases del bloque dominante siguen operando, pues, con un Estado que frena sus posibilidades de maniobra y obstaculiza sus relaciones con las nuevas clases intermedias. Es un Estado esencialmente represivo, con canales de comunicación con el bloque dominante muy deficientes. Las clases dominantes no han sabido todavía crear canales de comunicación más efectivos ni reslover sus problemas de representación política, es decir, todavía no han sabido crear sus propios partidos políticos. El Estado franquista, apoyado esencialmente en el Ejército y en las fuerzas de seguridad, y dirigido por minorías burocráticas que conectan mal con las propias clases dominantes, es, pues, un Estado que no responde ya a las exigencias de éstas últimas. Pero al mismo tiempo no saben prescindir de él ni saben encontrar otras formas, menos directamente represivas, de control de la clase obrera.

De ahí la crisis del Estado franquista. Pero es indudable que actualmente está en curso una operación política de envergadura por parte de las clases dominantes: la consolidación de la monarquía de Juan Carlos. Con esta monarquía, las diversas clases y fracciones de clase del bloque dominante esperan asegurar sus posiciones de poder y neutralizar a las clases intermedias, para pasar a una nueva fase de explotación del proletariado y demás clases populares, a una nueva fase deacumulación monopolista.

Esta es la crisis y ésta la maniobra política con que nos enfrentamos hoy los comunistas.

En vez de esto, ¿cómo presentan la cuestión los dirigentes revisionistas? Veámoslo con sus propios textos, pues no hay mejor crítica que la simple reproducción de sus mismas palabras.

Para ello, presentaremos sus posiciones sobre la formación social española y su desarrollo, sobre el carácter del Estado franquista y sobre la crisis de éste último.

## I

## LA FORMACION SOCIAL ESPAÑOLA Y SU DESARROLLO

Hasta 1964, aproximadamente, los dirigentes del PCE mantuvieron invariablemente la tesis de que en España no había habido desarrollo económico ni transformaciones estructurales en profundidad.

Quizá la única excepción fue el estudio realizado por Juan Gómez sobre el desarrollo del capitalismo en el campo y que constituyó el informe de 1957, "La evolución de la cues-

tión agraria bajo el franquismo". Aunque en dicho informe se ponía de relieve que el capitalismo se había desarrollado ya con bastante intensidad en el campo, los propios dirigentes del PCE no sacaron de ello la más mínima conclusión y siguieron aferrados a su esquema de siempre.

Dicho esquema se podría resumir así: el régimen franquista es una losa de plomo que pesa sobre toda la sociedad española, impidiendo su desarrollo. Por consiguiente, la cuestión fundamental sigue siendo, como en 1936, la cuestión agraria, que continúa planteada más o menos en los mismos términos que entonces. En el terreno industrial no ha habido desarrollo sino únicamente modificación de los mecanismos de realización y de transferencia de la plusvalía en beneficio exclusivo de un puñado de oligarcas y en perjuicio de toda la burguesía no monopolista, pequeña y media. Así, se califica de fracaso puro y simple una operación tan decisiva para el desarrollo del capitalismo monopolista en España como el plan de estabilización de 1959.

Santiago Carrillo expresa esto con gran claridad cuando escribe en 1964:

> "La oligarquía ha fracasado rotundamente en el intento de realizar por una vía monopolista, a costa del sufrimiento de las masas, la modernización del país y la superación de las estructuras arcaicas de la economía española" ("¿Liberalización o democracia?", Nuestra Bandera, nº 35, marzo de 1964).

Por todo ello, la situación económica del país es catastrófica y todas las clases sociales -que siguen siendo las mismas de 1936 en sus características inmediatas- se ven afectadas gravemente. Urge, pues, que se unan para poner fin a la dictadura y volver a poner en marcha la revolución democrático-burguesa interrumpida en 1936 y cuyo carácter es "agrario y antimonopolista" (S. Carrillo, "Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo", Nuestras Ideas, nº 11, abril 1961, p. 13).

En consecuencia, la correlación de las clases sociales es extremadamente simple, dicotómica:

> "A un lado, la oligarquía financiera, monopolista, que incluye a la aristocracia terrateniente absentista, con su instrumento de poder, la dictadura fascista del general Franco.
> Al otro, la inmensa mayoría de los españoles: obreros industriales y agrícolas; campesinos medios, pobres y ricos; burgueses pequeños y medios de la industria y del comercio; intelectuales, funcionarios, etc." (Programa del Partido Comunista de España, aprobado en el VI Congreso, enero 1960, p. 9).

En la obra de Santiago Carrillo, "Después de Franco, ¿qué?, escrita en 1965, tras la tempestuosa discusión que acabó con la expulsión de dos de los máximos dirigentes del PCE, F. Claudín y F. Sánchez, se empieza a admitir que ha habido un cierto desarrollo económico monopolista, pero no gracias a la dictadura franquista, sino a pesar de ella:

> "...A despecho del mismo régimen político que combatimos -escribe S. Carrillo- ha habido en cierto aspecto adelantos que no se trata de poner "patas arriba" sino que habrá de desarrollar y elevar a un nivel superior. Esto no es ninguna absolución para el régimen franquista: es la constatación de que las leyes objetivas del progreso social son tan fuertes que en una u otra medida también se abren paso incluso bajo un régimen retrógrado y reaccionario." (p. 12).

Es decir, ha habido desarrollo, pero como consecuencia de unas misteriosas "leyes objetivas del progreso social" que se imponen por sí mismas, a pesar del Estado. (Obsérvese, además, la transposición ética del concepto de desarrollo: parece como si hubiera que negar que ha habido desarrollo monopolista simplemente para no ponerlo en la cuenta positiva del franquismo, cuando de lo que se trata no es de valorar éticamente el hecho, sino de constatar cómo se ha efectuado y a qué nivel sitúa la lucha del proletariado).

Pero resulta que este desarrollo, reconocido a regañadientes, es lento y caótico, no sigue el ritmo de la "revolución científica y técnica" que tiene lugar en todo el mundo. En realidad, dice S. Carrillo, el desarrollo del capitalismo monopolista español ha sido de "invernadero", de "incubadora", es decir, artificial (Op. cit. p. 130). En todo caso, ha crecido únicamente como una "superestructura", sin modificar para nada los datos estructurales de la economía española (Id. p. 92). Es decir, sobre un país que no ha cambiado res-

pecto a 1936, ha surgido una excrecencia artificial, una mera superestructura, que es el capitalismo monopolista.

Se comprende, entonces, que para S. Carrillo esta "superestructura" sea parasitaria y obstaculizadora:

> "Su origen, su base material, su identificación con la oligarquía terrateniente -escribe- han sido y aún son un lastre para el desarrollo" (Id. p. 130).

Por eso los problemas de antes, los escollos de siempre no sólo subsisten sino que "...en realidad, se agrvan". Y la consecuencia es que

> "... las características estructurales de nuestra industria y nuestra agricultura siguen siendo las mismas deantes" (Id. p. 132).

Este retraso, este carácter parasitario y artificial del capitalismo monopolista explican, según S. Carrillo, la radical oposición de intereses entre la oligarquía terrateniente y financiera y el resto de la sociedad española, incluyendo, claro está a la burguesía no monopolista (llamada también en ocasiones, "burguesía nacional").

Por ello es posible y necesario contraponer al lento y pobre desarrollo monopolista un desarrollo auténtico y rápido, un "...plan democrático de crecimiento económico de España", que no sólo imprimirá al desarrollo la rapidez que ahora no tiene sino que dará un fuerte impulso al capitalismo no monopolista. Esta perspectiva es la de la "democracia política y social".

En definitiva, se trata de

> "...superar el atraso de una revolución burguesa emprendida, pero no acabada; alcanzar el tren (...) de otra revolución industrial, técnica y científica que se nos ha escapado, lo que amenaza con acentuar el retraso de España pese a los porcentajes de crecimiento actuales. Se trata de dejar de ir al trote lento en el terreno del desarrollo económico y social para empezar el galope que el país necesita".
>
> El esfuerzo nacional que esto demanda sólo puede lograrse si el pueblo entero, obreros, campesinos, intelectuales, burguesía no monopolista, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, se sienten arrastrados por un gran impulso común, por un irresistible movimiento de colaboración y de emulación hacia un fin claro y bien determinado. Si ese fin exalta las capacidades de trabajo, de abnegación y de heroísmo de las masas. Si se crea un romanticismo del desarrollo nacional democrático, revolucionario. (...) Ese entusiasmo lo engendrará una revolución democrática, antifeudal y antimonopolista..." (Id.p. 98).

La base objetiva de esta conciliación de esfuerzos de todas las clases es, según S. Carrillo, el extremo aislamiento político de la minoría de oligarcas y de su Estado franquista. Dado que el Estado -como veremos con detalle más adelante- ya no es el Estado de toda la burguesía, sino únicamente de la "capa monopolista", de un "grupo de monopolios dominantes" (Id.p. 91), y que estos monopolios no pueden maniobrar para pasar a otra forma de Estado por la precariedad de su base "superestructural" y por la extrema inestabilidad de su poder, que sólo se sostiene por la represión, la caída del franquismo significará también la derrota definitiva de la oligarquía. Es decir, la "crisis política" y la "crisis social" se confunden, y el derrocamiento del franquismo es también el comienzo del derrocamiento del capitalismo monopolista.

En Nuevos enfoques a problemas de hoy, publicado en 1967, en pleno proceso de acumulación monopolista acelerada, S. Carrillo se ve obligado a modificar algo el esquematismo de su planteamiento. Pero las modificaciones que aporta son meramente formales y mecanicistas, y dejan intacto el esquema de base, por lo cual el análisis se hace todavía más confuso y da lugar a numerosas y flagrantes contradicciones.

Para eludir una explicación de fondo, establece una distinción -tomada de la economía política burguesa- entre "crecimiento" y "desarrollo" (p. 96), para llegar a la conclusión de que si bien ha habido "crecimiento", no ha habido "desarrollo" y que, por consiguiente, ...no ha habido cambios cualitativos esenciales en las estructuras económicas" (Id. p. 96).

Los demás países galopan; nosotros vamos"al trote"; no se han roto "los límites autárquicos", y en definitiva,

> "...Todo el artificio del tan alabado desarrollo ha quedado en el aire. España se halla abocada a una crisis económica. (...) La economía española se mueve en un círculo vicioso, cerrado, al que en las condiciones actuales, sin cambios sociopolíticos muy profundos, es difícil encontrar salida" (Id. p. 96).

Esto ha acumulado el retraso y ha puesto a las clases dominantes ante un "acreedor implacable" que es nada menos que "el progreso histórico". Para saldar tan transcendental y metafísica deuda no hay más que un camino: volver a poner en marcha la detenida revolución democrático-burguesa:

> "España -escribe S. Carrillo- tiene que terminar en esta época (en la segunda mitad del siglo XX, es decir en condiciones históricas distintas), la revolución que empezó varias veces y que fue interrumpida otras tantas por el reaccionarismo de las clases dominantes" (Id. p. 97).

Estamos, pues, donde estábamos. La estructura social de España es prácticamente la misma que en 1936; el problema capital sigue siendo el del campo; la revolución burguesa está por hacer; la crisis se agudizapor la introducción artificial de un cuerpo extraño, el capitalismo monopolista; aumentan las contradicciones entre la oligarquía y la burguesía no monopolista, etc.

Pero S.Carrillo introduce un nuevo elemento: la situación del país es tan grave que la propia oligarquía y sus representantes políticos se han dividido en dos sectores claramente diferenciados y hasta opuestos: los "ultras" y los "evolucionistas". Los primeros son llamados hasta por sus propios nombres: Franco, Alonso Vega y los falangistas del gobierno.Los segundos, todos los demás y, entre ellos, por definición, los hombres del Opus Dei.

Los "ultras y burócratas" son los empecinados que quieren inmovilizar el país, impidiendo su "desarrollo". Frente a ellos, todas las luchas de todas las demás clases y fracciones de clase son equivalentes y la libertad esindivisible.

Los "ultras" son unos"locos de atar", "un puñado de aventureros e ignorantes". En consecuencia:

> "Los evolucionistas tienen que optar -dice S. Carrillo- o seguir siendo los rehenes ridiculizados o impotentes del grupo ultra, los cómplices del aislamiento y el descrédito internacional de España, o redoblar la lucha contra este grupo sin temor a coincidir con la oposición. La libertad de España es hoy, frente a los ultras, indivisible, y los evolucionistas no saldrán del estado de postergación y de ridículo actual mientras no se convenzan de ello y se decidan a desplazar a los ultras del gobierno, abriendo realmente la marcha hacia un sistema de libertades democráticas" (Id. p. 198).

El esquema no puede ser, pues, más simple y mecánico: frente a una oligarquía financiera y terrateniente, apoyada en un crecimiento artificial, de invernadero, y en un Estado aislado, descompuesto y monopolizado por un puñado de ultras "aventureros e ignorantes", se alzan todas las clases del pueblo español, desde la clase obrera hasta sectores de la propia oligarquía, representados por los "evolucionistas". Lo único que impide el estallido de tan tremenda caldera es la represión y las tinieblas, sobre todo estas últimas (es decir, la falta de claridad en cuanto a una alternativa): demos al pueblo esta alternativa mediante un pacto por arriba y se pondrá en marcha irresistiblemente.

Lo que S. Carrillo no consigue aclarar, sin embargo, es de donde proceden los "evolucionistas". Llevado por el afán de demostrar que no ha habido"desarrollo" del capitalismo monopolista niega que haya un sector "dinámico" del capitalismo español (Id. p. 98-99) y afirma la imposibilidad de que el propio capitalismo monopolista pueda maniobrar:

> "En realidad -escribe- desde el verano de 1956 y todavía más acentuadamente desde el plan de estabilización de 1959, en España asistimos a una ten-

tativa oligárquica de eludir las transformaciones democráticas que el retardo histórico presenta ya como irreemplazables, tratando de abrir camino a un desarrollo neocapitalista..." (Id. p. 100).

Pero todo ha sido en vano:

> "Seguimos inmersos en la autarquía y en la inflación. La viavilidad de un desarrollo neocapitalista no sólo no se ha confirmado sino que ofrece tantas o más dudas que hace diez años" (Id. p. 101).

¿De donde salen, entonces, los "evolucionistas"? ¿Son ellos los que han propiciado sin éxito el "desarrollo neocapitalista"? ¿Pero no quedamos en que no hay ningún "sector dinámico" en el capitalismo español? ¿O son más bien los propios "ultras" los que han intentado este desarrollo? ¿Pero no son los "ultras" los que cortan, precisamente, la más mínima veleidad de movimiento, los que mantienen a España anclada en las estructuras de 1936?

Más todavía: unas páginas más adelante S. Carrillo nos dice que el Estado superaislado de los "ultras" todavía cuenta con un cierto consenso de la burguesía media y de toda la oligarquía, puesta que este consenso no se ha roto todavía del todo:

> "La dictadura de Franco se apoyaba socialmente en el consenso de la oligarquía financiera y terrateniente y la burguesía media. Ese consenso está rompiéndose y el régimen pierde su apoyo" (Id. p. 109).

Con lo cual no sólo se contradice lo dicho sobre el carácter del Estado franquista, como representante de una exigua capa de oligarcas, sino que se echa por la borda, retrospectivamente, la simple visión dicotómica del Programa de 1960 (donde se dice, entre otras cosas, uqe el consenso de las clases medias, "urbanas y rurales", ya se ha roto: véase p. 8), que sigue constituyendo la base de los planteamientos tácticos y estratégicos del PCE.

Esto no impide a S. Carrillo sacarse de la manga un nuevo concepto sociológico-político que justifica todos los planteamientos interclasistas del partido y permite eludir un análisis verdaderamente marxista-leninista de la correlación de las clases en España. Nos referimos al concepto de "alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura", que plantea ya en dicha obra (véase p. 91) como un movimiento no estructurado ni organizado en el que confluye todo y permitie entenderse con la "burguesía no monopolista" y con los sectores "evolucionistas" de la oligarquía.

¿Qué es esa "Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura", de los "trabajadores del músculo y del intelecto" como les llama también S. Carrillo ("Declaraciones de Santiago Carrillo tras la jornada del 27 de octubre, Mundo Obrero, 1ª quincena noviembre 1967). Según el propio Secretario General del PCE, se trata de la aplicación concreta a España del concepto de alianza obrero-campesina elaborado por Lenin, pero ahora en condiciones nuevas, caracterizadas por el desarrollo impetuoso de la "revolución científica y técnica". Comprende a "obreros y empleados, campesinos, intelectuales cradores, científicos y profesionales, artistas, estudiantes, artesanos, pequeños industriales y comerciantes..." (Nuevos enfoques ..., p. 173) y es, propiamente hablando, algo más que una alianza: es una verdadera "formación social" (no un partido) que no sólo permite entenderse con otros sectores contra el franquismo, mediante el "Pacto para la libertad", sino que, después de derrocado el franquismo, es la coalición que permitirá realizar "la democracia económica, antifeudal y antimonopolista" y, más adelante, la que impulsará el paso al socialismo (Id. p. 175).

> "El poder que aseguraría la transición del capitalismo al socialismo -afirma S. Carrillo- sería un poder de la alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura, un poder democrático, pluripartidista" (Id. p. 175).

Resulta, pues, que la revolución científica y técnica ha alcanzado un grado tan considerable de desarrollo en nuestro país que ha modificado la estructura misma de las clases sociales y ha dado lugar a una nueva correlación de fuerzas, que permite fundir la perspectiva táctica con la estratégica.

Pero al mismo tiempo que los dirigentes del PCE insisten en la transcendencia de esta revolución científica y técnica siguen hablando del escaso desarrollo del capitalismo monopolista español, del carácter meramente superestructural y artificial (de "invernadero")

de ese capitalismo monopolista, de la persistencia, como factor decisivo, de una España agraria semifeudal, etc. Es decir: los cambios en la estructura y la correlación de las clases no se deben -según esos dirigentes- al proceso de acumulación acelerada del capital monopolista, sino al desarrollo impetuoso de una revolución científica y técnica que se ha producido al margen de esa acumulación, en un país que apenas ha variado estructuralmente. Para decirlo de otro modo, los dirigentes del PCE sostienen que ha habido una revolución científico-técnica tan profunda en el plano de las fuerzas productivas y en el de las relaciones de producción, que ha cambiado la correlación de las clases sociales pero que, al mismo tiempo, no ha habido cambios profundos en el país y sólo ha existido un simple "crecimiento superestructural", artificial y parasitario del capitalismo monopolista, que ha dejado las cosas poco más o menos como estaban.

Uno de los dirigentes del PSUC, A. Garrigós, todavía dice en su informe al VI Pleno Ampliado del Comité Central, celebrado en septiembre de 1971, que el desarrollo de estos últimos años

> "... no ha roto el desequilibrio básico de la estructura económica de España ni ha apuntado un solo momento a transformar la sociedad española... La neo-autarquía tecnocrática del Opus, que ha seguido a la autarquía falangista, no ha impreso, pues, cambios sustanciales en la configuración de las estructuras económicas españolas, cuyo desarrollo, constantemente flanqueado por la inflación y la estabilización, tiene como denominador común el estar atravesado por una situación perenne de crisis..." (p. 12).

Seguimos, pues, donde estábamos. Pero a pesar de ello, la revolución científica y técnica ha avanzado con tal ímpetu y profundidad que ha modificado la estructura y la correlación de las clases sociales y ha dado un tremendo impulso a las "fuerzas de la cultura" hasta convertirlas a todas, independientemente de sus diferenciaciones internas de clase, en fuerzas revolucionarias.

En realidad nos encontramos aquí ante un mero trasplante de los conceptos elaborados por Suslov, Richta, Garaudy y otros teóricos del revisionismo mundial para encubrir la reconstitución de una sociedad de clases en la URSS y demás países "socialistas" del este de Europa, y para justificar una estrategia reformista en los países del capitalismo avanzado. Nuestros revisionistas toman, sin más, el esquema y lo aplican a España, a pesar de afirmar una y otra vez que no somos una sociedad de capitalismo monopolista desarrollado, que la revolución burguesa está por hacer y que la próxima etapa está marcada por el signo de la revolución agraria y tiene un carácter antifeudal y antimonopolista.

Al afirmar que las fuerzas productivas se han desarrollado impetuosamente merced a la revolución científica y técnica, hasta el punto de hacer posible una nueva coalición de clases, los dirigentes del PCE-PSUC intentan justificar en el plano estratégico sus actuales planteamientos tácticos antifranquistas, afirmando que la alianza de las "Fuerzas del Trabajo y de la Cultura" va más allá de la lucha contra el régimen y constituye la base para la construcción del socialismo.

Al sostener, en cambio, que no ha habido desarrollo alguno y sí un mero crecimiento superestructural del capitalismo monopolista, intentan demostrar que el franquismo ya no representa nada, no tiene ninguna base de maniobra:

> "El régimen -escribe S. Carrillo- ha llegado a una situación de agotamiento... Hay un vació político cada vez más sensible en España..." (Libertad y socialismo, p. 38).

De este modo, el carácter aparentemente contradictorio de ese planteamiento general desaparece y descubrimos su verdadero sentido: se trata de justificar desde todos los ángulos y con métodos diversos la línea política interclasista del PCE, dar una apariencia de solidez teórica a una práctica política basada en la conciliación de clases.

Este afán de justificación de lo injustificable es tan evidente que para demostrar sus asertos, los dirigentes del PCE-PSUC no dudan ni siquiera en recurrir a la más pura lucubración.

Por ejemplo, dado que para que sea verdad lo del "agotamiento" y lo del "vació político" de que hablan, es indispensable que el Ejército haya dejado de funcionar como columna vertebral del sistema, S. Carrillo afirma que así es, efectivamente, y hasta llega a inventar una escisión entre los militares "pretorianos y burócratas" y los militares con "vocación", viendo en estos últimos un elemento antifranquista y hasta revolucionario decisivo, como

tendremos ocasión de comprobar más adelante, de manera detallada.

La misma descomposición encuentra Carrillo en los demás órganos del aparato represivo (policía, tribunales, etc.) y hasta llega a hablar de la "quiebra del sistema de Estado policiaco" (Libertad y socialismo, p. 21), elevando a categoría general contradicciones parciales de indudable importancia pero que, de momento, no comprometen -mal que nos pese- la estabilidad del aparato represivo en su conjunto.

La descomposición misma -innegable e importantísima- de algunos de los aparatos ideológicos del Estado franquista -la Iglesia y todo el sistema educativo, sobre todo- es vista también de manera mecanicista por los dirigentes del PCE.

Para nadie es un secreto que el distanciamiento de algunas jerarquías eclesiásticas respecto al régimen constituye un intento de consolidar las posiciones de la Iglesia para un futuro inmediato y, al mismo tiempo, un intento de detener o desviar el impulso revolucionario de las masas, colocando la barrera de contención más allá del régimen. Cierto que, a corto plazo, ese distanciamiento disminuye los apoyos del régimen y aumenta sus contradicciones. Todo revolucionario debe prestar, pues, una gran atención al proceso y aprovecharlo para acumular el mayor número posible de fuerzas en torno a la clase obrera.

Pero los dirigentes del PCE van más allá y hablan ya de Iglesia en bloque como un aliado estratégico en la lucha por el socialismo, hasta culminar en la famosa declaración de Santiago Carrillo al periódico "Le Monde", donde dice que en España el socialismo se construirá "con la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra" (lo cual, permítasenos la ironía, constituye una posición más bien incómoda).

En cuanto al poder del Estado en sí, los dirigentes revisionistas insisten en que su aislamiento, su paralización son totales y sus posibilidades de maniobra, nulas. Pero esto no les impide reconocer que ha habido y hay maniobras de gran calibre.

Por ejemplo, en un sorprendente párrafo, S. Carrillo echa tranquilamente por la borda todas sus lucubraciones sobre los"ultras" y los "evolucionistas" y reconoce que de lo dicho no hay nada, que los pretendidos "evolucionistas" no lo eran y que en las alturas del personal gobernante ha habido cambios sustanciales:

> "¿Se puede decir -escribe S. Carrillo- que ultras y burócratas han sido desplazados ya de sus posiciones dominantes? Nosotros estimamos que, hasta cierto punto, el gobierno del Opus Dei, aunque de forma no definitiva ni completa, ha dejado en segundo plano a ultras y burócratas" (Libertad y socialismo, p. 31).

Dicho de otra manera: los "evolucionistas" han desplazado a los "ultras" pese a todas las afitmaciones de S. Carrillo que demostraban la imposibilidad de ello, a menos que los "evolucionistas" se aliasen con las fuerzas populares. Recordemos la famosa exhortación de la página 198 de Nuevos enfoques a problemas de hoy (reproducida más arriba), donde S. Carrillo decía a los"evolucionistas" que sólo tenían un medio de escapar a la "postergación" y al "ridículo": "desplazar a los ultras del gobierno abriendo realmente la marcha hacia un sistema de libertades democráticas".

Más aún; para los dirigentes del PCE la ruptura entre "ultras" y "evolucionistas" era ya tremenda y el acercamiento de estos últimos a las fuerzas ppulares había avanzado ya mucho. Así, en la Declaración del Comité Ejecutivo del PCE de diciembre de 1967, Ante la agravación de la crisis nacional, se afirmaba qué los "ultras" estaban cada vez más aislados, que los "evolucionistas" eran "rechazados" por el sistema y "aspirados" hacia la oposición, hasta el punto de que el fracaso de las elecciones a procuradores se explicaba por "... la convergencia de las fuerzas obreras y democráticas con determinados sectores evolucionistas".

Pues bien, resulta que según el propio S. Carrillo los "evolucionistas" ya han desplazado a los "ultras", los han colocado en un segundo plano sin necesidad de apoyarse en el movimiento popular ni abrir la marcha hacia un sistema de libertades democráticas. Al contrario, los pretendidos "evolucionistas", una vez situados en primer plano, se muestran más duros, más intransigentes, menos aperturistas que muchos de los pretendidos "ultras".

Pero, ¿qué significa todo esto? Que las fuerzas del régimen todavía tienen posibilidades de maniobra y bases de apoyo (que no son precisamente las fuerzas populares). Si el Opus Dei se ha podido colocar en primer plano es porque el régimen franquista, pese a la crisis que le corroe por la acción de la clase obrera y demás clases populares, cuenta todavía con

posibilidades de maniobra, en la medida que mantiene en funcionamiento los aparatos fundamentales del Estado y, en primer término, el aparato represivo, y en la medida que cuenta con un grado mínimo de confianza de la clase hegemónica del bloque dominante y sectores decisivos del imperialismo mundial.

El propio S. Carrillo reconoce esta capacidad de maniobra cuando afirma que los opusdeístas no intentan sólo consolidar la situación, sino también asegurar la transición:

> "El gobierno opusdeísta -escribe- es el gobierno directo, sin intermediarios de un sector de la oligarquía, que se propone suplir la dictadura fascista, ligada a Franco y a la Falange, envejecida y desacreditada, por una dictadura conservadora de tipo tradicional" (Libertad y socialismo, p. 12).

La crisis del franquismo es indudable, pero no tal como la definen los dirigentes del PCE. Es una crisis debida a la acción creciente de la clase obrera y demás clases populares, acción que reduce las posibilidades de maniobra del régimen y bloquea muchas de sus posibles salidas.

De hecho, el régimen sólo puede optar hoy entre una vuelta hacia atrás, entregando otra vez directamente el poder al Ejército y estableciendo una dictadura militar "a la griega", o la consolidación de la monarquía juancarlista, abriéndose a sectores igualmente vinculados al capitalismo monopolista, pero que hoy no figuran en el marco estricto del sistema franquista. Es lo que el periódico ABC pedía hace poco cuando hablaba de la necesidad de "institucionalizar la moderación". Precisamente porque esta es la única vía de salida que le queda realmente al bloque dominante, es preciso concentrar sobre ella todas las energías revolucionarias de la clase obrera y el movimiento popular con una perspectiva realmente clara: la anti-monarquía, la República. Hablar de un "vació de poder" (que, por consiguiente, hay que llenar) y otras cosas por el estilo, es inducir a engaño, crear falsas ilusiones en las masas, porque el poder franquista está en crisis pero existe y maniobra.

Pero, por la importancia del tema, conviene ver con más detalle las posiciones de los dirigentes del PCE al respecto.

## 2
## EL ESTADO FRANQUISTA Y SU RELACION CON LAS CLASES DOMINANTES

Partiendo de la errónea afirmación de que el capitalismo monopolista en España es una mera superestructura apoyada en una estructura semifeudal y de capitalismo no monopolista -¡afirmación capaz de hacer levantar de su tumba al propio Marx!-, Santiago Carrillo llega a la sorprendente conclusión de que, pese a todo, pese a su carácter superestructural, el capitalismo monopolista, minoritario, aislado, inestable, en crisis permanente, controla el Estado y excluye de él a las demás clases de la sociedad española, con excepción de la oligarquía terrateniente.

Para llegar a tamaña conclusión, S. Carrillo parte de una afirmación general sobre el carácter del Estado en las sociedades de capitalismo desarrollado:

> "Lo cierto -dice- es que éste (el moderno Estado capitalista) ya no es el Estado de una clase social, la burguesía en su conjunto, como en otros tiempos. Es el Estado de una capa de la burguesía, la capa monopolista; el Estado garantiza a esta capa el máximo beneficio. Es el Estado de un grupo de monopolios dominantes" (Después de Franco, ¿qué?, p. 91).

Dado que los monopolios no sólo explotan a la clase obrera, sino que "arrebatan a los sectores de la burguesía no monopolista una parte considerable de la plusvalía por ellos obtenida", S. Carrillo llega a la conclusión de que

> "... el actual Estado capitalista monopolista no asume la defensa de la propiedad privada en general" (Id., p. 92).

En España, a causa del carácter superestructural del capitalismo monopolista, la cosa se agrava:

> "El Estado español es, en efecto, no el Estado de toda la burguesía, sino el Estado de los grandes grupos financieros, sin haber dejado de ser el Estado de los grandes terratenientes..." (Id., p. 93).

Por ello, "... la contradicción entre la burguesía no monopolista y el capital monopolista, que niega a aquélla incluso los más mínimos derechos de representación política (tiene) una agudez desconocida en otros países" (Id., p. 93).

S. Carrillo eleva, pues, unos rasgos del Estado franquista a rasgo general: la hegemonía de la burguesía financiera e industrial en el seno del bloque dominante se convierte para él en dominio único y exclusivo de dos sectores superminoritarios: la oligarquía financiera y la oligarquía terrateniente, en pie de igualdad. No tiene en cuenta para nada las relaciones entre la burguesía financiera-industrial y demás clases del bloque dominante, entre el bloque y las clases intermedias, entre las diversas clases del bloque dominante y el Estado, la realidad y los límites de la autonomía de este último.

Todo esto desaparece y en su lugar tenemos una visión lineal y mecanicista del Estado y de sus relaciones con las diversas clases. El Estado franquista que nos describen los dirigentes del PCE representa intereses tan superminoritarios y superestructurales frente a todas las demás clases y capas de la sociedad española que no tiene posibilidad alguna de maniobra, está aislado y sólo puede subsistir por la represión.

De ahí la famosa imagen de la "caldera a presión": cada acción de una cualquiera de estas clases y capas, sea cual sea la protagonista (con excepción de la oligarquía financiera-terrateniente, naturalmente) aumenta la presión y provoca la progresiva descomposición del Estado.

Al negar toda posibilidad de representación, en el seno del Estado, de las clases y fracciones de clases dominantes e intermedias que no sean la estricta oligarquía financiera y terrateniente, cada maniobra del Estado es, para los dirigentes revisionistas, una prueba más de la impotencia de éste, de su descomposición.

Esta descomposición puede llegar (y está llegando ya, según dicen) a extremos insostenibles, hasta permitir un verdadero hundimiento del propio Estado por la vía pacífica, mediante una gran "demostración cívica", la huelga nacional:

> "Lo nuevo, lo fundamental en la situación actual de los países desarrollados - escribe S. Carrillo- es que la clase obrera, si realiza la alianza con los campesinos y las fuerzas de la cultura, puede alcanzar un poder de descomposición del Estado capitalista desconocido hasta aquí en revoluciones anteriores en una sociedad que económicamente está madura para la transformación socialista. Y este poder de descomposición supera la fórmula tradicional de la huelga general política y de la insurrección. La (nueva) fórmula es la huelga nacional" (La lucha por el socialismo hoy, pp. 32-33).

Esto se explica porque, según S. Carrillo, como demostraron los hechos de mayo de 1968 en Francia,

> "... lo que nosotros llamamos Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura posee un poder, desconocido por los movimientos revolucionarios de otros períodos, de disolución y descomposición desde dentro de los órganos y resortes de poder del moderno Estado capitalista. Éste, a la altura actual, está tan tecnificado que depende mucho menos de la voluntad de un grupo de políticos y de jefes militares o policiacos resueltos a reprimir, que del personal que prácticamente maneja esos rodajes y puede determinar su funcionamiento o su paralización..." (Id., p. 36).

Por todo ello, concluye:

> "... El ejemplo francés ha demostrado que ese camino de la huelga nacional puede hacer innecesaria la insurrección en las formas clásicas conocidas" (Id., p.37).

Desde luego, S, Carrillo no inventa gran cosa: se limita a actualizar las viejas tesis del revisionismo de la II Internacional, con unos cuantos lugares comunes tomados de la más vulgar sociología burguesa sobre el poder de la burocracia, la tecnificación del Estado y otras cosas por el estilo. Por lo demás, él mismo se encarga de explicitarlo con las siguientes palabras:

"Tomando la experiencia concreta de uno u otro país, algunos llegan a la conclusión de que la clase obrera y las fuerzas democráticas no pueden alcanzar el poder sin antes destruir radicalmente el aparato del Estado" (Intervención de S. Carrillo en Berlín, 26 de septiembre de 1964).

Pues bien, S. Carrillo, refutando a esos "algunos" (que, dicho sea de paso, son, entre otros, Marx, Engels, Lenin, Mao Tse-tung...), afirma que el proceso revolucionario se caracteriza porque, hasta un determinado momento

"... las fuerzas revolucionarias van ocupando, instalándose, a veces desde dentro, en unos y otros sectores del aparato de poder estatal" (La lucha por el socialismo hoy, p. 37),

y que, en consecuencia, hoy existe

"... la posibilidad de abordar la transformación del Estado, no exclusivamente destruyendo el aparato estatal por medio de la lucha armada sino por las reformas democráticas..." (Intervención en Berlín, 26 de sep. de 1964).

Tenemos, pues, perfectamente delineado el concepto de Estado que manejan los dirigentes del revisionismo español. Frente a la teoría marxista-leninista del Estado, S. Carrillo y demás dirigentes del PCE sostienen:

A.- Que el Estado no representa los intereses de las clases del bloque dominante y, esencialmente, de la clase hegemónica dentro de ese bloque -que, en España, es la burguesía financiera-industrial- sino únicamente los intereses de una pequeña minoría de oligarcas financieros-terratenientes que oprimen a las demás clases de la sociedad por igual, incluyendo a la burguesía no monopolista y hasta a sectores de la propia burguesía monopolista, según se desprende de la famosa distinción entre "ultras" y "evolucionistas".

B.- Ese Estado se encuentra superaislado en medio de una sociedad en ebullición, y se descompone progresivamente ante los golpes que recibe de uno y otro lado. Si aguanta es, exclusivamente, por la fuerza de la represión. Pero esta fuerza también lo abandona y las fuerzas represivas están pasándose progresivamente al otro lado.

C.- Si se realiza la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, esta descomposición, ya muy avanzada, puede agravarse hasta límites extremos, aunque hoy estos límites ya casi se han alcanzado pues estamos ante un "vació de poder".

D.- Dado el carácter del Estado capitalista moderno, esencialmente controlado por la burocracia tecnificada, la descomposición puede paralizar todo el aparato estatal, permitiendo la conquista gradual de éste por dentro y provocando finalmente su transformación mediante las reformas democráticas, conjugadas con la presión de las fuerzas del trabajo y de la cultura, sin necesidad de insurrección ni de lucha armada.

## 3.- LA CRISIS DE LOS APARATOS DEL ESTADO FRANQUISTA

Esta "original" revisión de la teoría marxista-leninista del Estado se aplica con un entusiasmo digno de mejor causa al análisis de los aparatos del Estado franquista y, principalmente, de su aparato fundamental: las fuerzas armadas.

### A. EL EJERCITO Y LAS FUERZAS ARMADAS.

Aquí es, verdaderamente, donde el revisionismo de los dirigentes del PCE se supera a sí mismo. En su afán de neutralizar a las fuerzas armadas dándoles "seguridades" contra toda veleidad revolucionaria, llegan a un oportunismo tan grande que uno no sabe si tomárselo en serio o en broma.

Así, por ejemplo, S. Carrillo se dirige a las "fuerzas de seguridad" diciéndoles que ni los trabajadores ni los estudiantes luchan contra ellas y llega a soltar esta extraordinaria "perla":

"En el fondo, éstas (las fuerzas de seguridad) se benefician también de las conquistas obreras, que fuerzan al Estado a elevar los emolumentos de los funcionarios" (Nuevos enfoques..., pp. 49-50).

Es decir: cuanto más luchen la clase obrera y las clases populares, mejor para vosotros, policías, porque el Estado os aumentará el sueldo; si hay huelgas y manifestaciones, tendréis más trabajo, yendréis que dar más porrazos, y os pagarán más. Y todos contentos.

Esto, que puede parecer caricaturesco, tiene sin embargo una lógica profunda desde el punto de vista de los dirigentes revisionistas.

En efecto, partiendo de la apreciación totalmente subjetiva de que ya "...hay militares que empiezan a decirse que no basta con un papel pasivo; que el Ejército debería incorporarse de una manera activa a la modificación de un orden político que pone en peligro un sinnúmero de cosas y que compromete gravemente su situación para el futuro" (Después de Franco ¿qué?, p. 87), Santiago Carrillo llega a la siguiente conclusión:

> "Así podría surgir una posibilidad, nueva e imprevisible hace cierto tiempo, de establecer una colaboración pueblo-Ejército para una acción destinada a instaurar las libertades políticas y levantar la grave hipoteca que el régimen representa para España. Si esta posibilidad se concretase, la huelga nacional podría tomar la forma de un movimiento coordinado del pueblo y del Ejército para abolir la dictadura" (Id. p. 87).

Es decir, para S. Carrillo, el ejército, columna vertebral del Estado franquista, no sólo está dejando de serlo sino que puede constituir una pieza fundamental en el derrocamiento del propio régimen colaborando con el pueblo en una huelga nacional que, en la óptica de los dirigentes revisionistas, es el medio de transformar el Estado capitalista sin necesidad de insurrección. He aquí como, por arte de prestidigitación, tenemos al Ejército español convertido en una fuerza revolucionaria decisiva.

Lanzados por esta vía, los dirigentes del PCE tenían que llegar pues a una conclusión lógica: si las fuerzas decisivas son "el pueblo" y el Ejército, lo fundamental es propiciar el acuerdo entre uno y otro. Esto es, por lo demás, lo que declararon explícitamente en su famoso análisis de las consecuencias del Consejo de Guerra de Burgos.

Se comprende, entonces, el largo y porfiado esfuerzo de los dirigentes revisionistas por dar seguridades a los militares, dorándoles la píldora con la promesa de elaborar una verdadera "doctrina militar" nacional y de mejorar su situación.

> "Nosotros -escribe S. Carrillo- no tenemos ninguna intención de desmantelar al Ejército y mucho menos de reemplazarle por el antiguo Ejército popular" (Id. p. 140).

Al contrario, lo que quiere S, Carrillo es:

> " ... un Ejército nutrido y sostenido por la nación, cuya exclusiva finalidad sea la defensa de la integridad del territorio nacional y de su independencia, exento de toda función de orden público, con un armamento, en la medida de lo posible, garantizado por la industria nacional..." (Id. p. 140).

Tenemos, pues, al Ejército convertido en elemento revolucionario y, además, liquidado en su condición de aparato del Estado, puesto que dejará de cumplir su misión fundamental que es precisamente, la garantía del "orden público".

Y esta extraordinaria transformación se hará sin cambiar el personal actualmente en servicio, es decir, con los mismos hombres que constituyen hoy el pilar básico del orden franquista. En el programa del PCE leemos:

> "El Partido Comunista considera que el aparato del Estado, incluyendo sus fuerzas armadas y de orden público, deberá reorganizarse sobre bases democráticas, respetando los derechos adquiridos de quienes se comprometan a servir lealmente al nuevo régimen elegido por el pueblo" (p. 41).

Y como uno de los prticipantes en el VI Congreso insinuase que en vez de "reorganizarse" se dijera en el Programa "asentarse sobre bases democráticas", el portavoz del Comité Central contestó:

> "La palabra asentarse puede ser interpretada como la creación de algo de nueva planta, mientras que la de reorganizarse implica ya, claramente, el mante

nimiento de lo actual, pero reorganizado..." (Informe al VI Congreso sobre el proyecto de Programa).

Lanzados por esta vía, los dirigentes del PCE insisten una y otra vez:

"El Ejército y las fuerzas de Orden Público pueden desempeñar un papel decisivo en evitar que los cambios necesarios en España tomen carácter de violencia. De hecho, esos cambios son también importantes para la modernización del Ejército, para la elaboración de una auténtica doctrina militar nacional, que hoy brilla por su ausencia, como se reconoce en artículos publicados por las revistas especializadas. Nosotros insistimos en que es posible lograr una coincidencia pueblo-ejército; es más, si al pueblo le conviene esa coincidencia, el Ejército, por múltiples razones, también está necesitado de ella, si no quiere seguir guardando las características de un cuerpo de policía colonial en la época en que los ejércitos se han transformado en una compleja organización basda en la ciencia y la técnica modernas" (S. Carrillo, Nuevos enfoques..., p. 54).

Y así llegan a abandonar toda perspectiva de clase y a abandonar la noción misma de aparato del Estado, considerando que si el Ejército cumple funciones políticas es por culpa de las fuerzas reaccionarias, puesto que no es éste su verdadero papel:

"Los partidos reaccionarios, impotentes, abdican su función política en las Fuerzas Armadas, que se ven desplazadas de su papel real -la defensa nacional- hacia un papel político, y que emplean las armas que el país ha puesto en sus manos para protegerle de una agresión exterior en oprimirle y sojuzgarle" (S. Carrillo, La lucha por el socialismo hoy, p. 39).

Esto, que S. Carrillo califica de "monstruosidad", no es más que la función normal del Ejército en toda sociedad de clases, como saben incluso los que no conocen más que el ABC del marxismo-leninismo. Precisamente por ello no es "el país" quien pone las armas en manos de los militares sino las clases del bloque dominante.

Por esto la realidad es más fuerte que las ficciones de S. Carrillo y éste se ve obligado a inventar una versión militar de su célebre dicotomía entre "ultras" y "evolucionistas", distinguiendo dos sectores en el seno del Ejército: los "elementos pretorianos" y el "sector burocratizado", por un lado; los militares "con vocación militar", es decir, los verdaderos profesionales patriotas, por otro. (Véase Libertad y socialismo, p. 40 y ss.).

Una vez descubierta esa contradicción, S. Carrillo la eleva a la categoría de fundamental e irreversible y se dirige a los hombres del "sector vocacional" diciéndoles que los comunistas reconocen "la necesidad del Ejército" y quieren "...abordar sus problemas profesionales reales, sus reivindicaciones y también las cuestiones de una doctrina militar nacional, abandonadas por las clases dominantes, las modificaciones exigidas por la técnica moderna, las líneas de una política militar nacional" (La lucha por el socialismo hoy, p. 41).

Y no contento con esto, el propio S. Carrillo da un paso más y anuncia las grandes líneas de esta famosa doctrina militar nacional. Tras insistir en que

"Nuestra lucha de hoy no es contra las fuerzas armadas sino contra la dictadura que las utiliza y las hace degenerar en una burocracia parasitaria, en una policía de reserva contra el pueblo" (Libertad y socialismo, p. 44),

promete que en un régimen de democracia política y social como el que preconiza el PCE el Ejército estará mejor que ahora:

"Otros países no más desarrollados que España -escribe- , donde existen regímenes populares, atienden mucho más seria y eficazmente a su ejército" (Id. p. 43).

Por ello, el futuro régimen democrático-social no sólo atenderá mejor a los militares sino que desarrollará la producción de armamento moderno:

"España -concluye S. Carrillo- posee ya una base industrial suficiente para producir las armas necesarias a la defensa nacional; y esa base industrial,

en un régimen democrático, podría utilizarse más a fondo y desarrollarse mucho más aceleradaménte que hoy. También tiene España la posibilidad de formar técnicos capaces de crear y producir dichas armas" (Id., p. 42).

Tenemos así delimitado, en sus grandes líneas, el concepto de Ejército que manejan los dirigentes revisionistas españoles. Una cosa es que se intente aprovechar todas las contradicciones del adversario, escindir sus filas y eliminar obstáculos. Otra cosa es que esto se haga desde una perspectiva absolutamente reformista y liberal, echando por la borda la teoría marxista-leninista del Estado y sus aparatos, e introduciendo la mayor confusión en el movimiento obrero. Seguramente este es uno de los puntos donde el contenido revisionista de las posiciones oficiales del PCE aparece con mayor nitidez. Por eso nos abstenemos de mayores comentarios: los párrafos reproducidos hablan por sí solos.

## B. LA IGLESIA.

Idéntico oportunismo se observa en el tratamiento de otro de los grandes aparatos del Estado: la Iglesia, como aparato ideológico.

Los dirigentes del PCE, como ha hemos visto, valoran de una manera absolutamente mecanicista las maniobras de la jerarquía eclesiástica, para distanciarse del régimen y asegurar mejor sus posiciones de cara al futuro inmediato. Llegan incluso a presentar a la Iglesia como partidaria del socialismo y escriben al respecto:

> "Según las decisiones del Concilio Vaticano II, el capitalismo y la sociedad dividida en clases explotadas y explotadoras han dejado de ser considerados por la Iglesia como el orden natural inmutable contra el que es pecado alzarse" (S. Carrillo, Nuevos enfoques... p. 124-125).

De ahí que la religión ya no sea un elemento de división de las masas populares, ni uno de los mecanismos principales de defensa del Estado capitalista y del franquismo concretamente:

> "... la religión portadora de una corriente católica que se pronuncia activamente contra la dictadura -escribe S. Carrillo-, contra la sociedad capitalista, que se propone contribuir a transformar la sociedad ya no actúa como un opio, y constituye objetivamente un fermento de progreso" (Id. p. 132).

No se trata, naturalmente, de negar la importancia política de la descomposición de la Iglesia como aparato ideológico de la forma franquista de Estado, ni de infravalorar la aportación a la lucha antifranquista de ciertos sectores de la pequeña burguesía y hasta del proletariado que permanecen todavía bajo la influencia de la ideología religiosa.

Pero llevados por su oportunismo, los dirigentes del PCE ven ya la descomposición de ese aparato ideológico de la forma franquista de Estado como descomposición de un aparato ideológico del Estado capitalista en general, confundiendo la perspectiva táctica con la estratégica. El mismo S. Carrillo lo declara sin ambages:

> "Por nuestra parte, insisto, no se trata de un ardid de guerra, ni de una posición táctica, sino de una orientación que yo llamaré estratégica para indicar toda su profundidad e importancia" (Id. p. 128).

Y así hasta llegar a la famosa entrevista a "Le Monde", donde define la correlación de fuerzas que construirá el socialismo en España como una alianza de "la hoz y el martillo en una mano y la cruz en la otra".

Precisamente por esto, los dirigentes del PCE procuran dar toda clase de garantías y seguridades a la jerarquía eclesiástica de cara al futuro, y al tiempo que propugnan la lógica separación de la Iglesia y el Estado proponen que "... el Estado subvenga a las necesidades del culto en las proporciones que se determinen" (Programa del PCE, p. 15). Más todavía, proponen autorizar en régimen de democracia política y social "el funcionamiento de escuelas o universidades católicas" (S. Carrillo, Después de Franco, ¿qué?, p. 145), lo cual, hablando en plata, significa que tras el derrocamiento del franquismo los dirigentes del PCE apoyarán el funcionamiento de universidades como la del Opus Dei en Pamplona y otras que se puedan constituir en el marco de una lucha política e ideológica que, obviamente, no tendrá nada de placentera.

Del mismo modo, los dirigentes revisionistas conciben sus relaciones con los católicos desde una óptica interclasista. No perciben las rupturas en el seno del catolicismo español como rupturas de clase, sino como conflictos doctrinales sin contenido de clase concreto. Así, por ejemplo, hablan de "...la corriente conciliar, profética y progresista, quecruza a la Iglesia y al movimiento católico español" como uno de los elementos decisivos de la alianza de las Fuer-

zas del Trabajo y de la Cultura y como "una de las alas más dinámicas del actual desarrollo social" (S. Carrillo, Nuevos enfoques..., pp. 172-173).

La mezcla de estos dos elementos obliga a los dirigentes del PCE a teorizar la vía del socialismo como una vía pluralista en la que la coincidencia de criterios entre el marxismo-leninismo y el catolicismo puede llegar a ser completa en el terreno de "la economía política" y en el de "...las estructuras políticas de la democracia y el socialismo", aunque subsistan las divergencias en el terreno "filosófico", con lo cual se esfuman prácticamente los motivos de divergencia y se reducen las diferencias ideológicas a meras descusiones doctrinales sin trascendencia política ninguna, olvidando el carácter que ha tenido y tiene la Iglesia como institución política, a través, precisamente, de la defensa y propaganión de una ideología. Una cosa es que los diferentes niveles de una formación social -el económico, el político, el ideológico- tengan una cierta autonomía y hasta un ritmo propio de desarrollo; otra, que cada uno pueda ir por su lado, sin referencia ninguna a los demás, como afirman los dirigentes del PCE.

No insistamos más en la cuestión por razones de espacio y porque volveremos a encontrarla al examinar los planteamientos tácticos y estratégicos de los dirigentes revisionistas.

## C. LA UNIVERSIDAD.

Nos limitaremos aquí a unas breves referencias. En general, los dirigentes revisionistas ven la Universidad española como una "ciudadela democrática" dentro del régimen dictatorial y colocan en bloque a todos sus componentes entre las fuerzas antifranquistas.

> "La Universidad española -escribe, por ejemplo, Santiago Carrillo- (...) ha sido transformada (por los estudiantes y muchos profesores) en una ciudadela de la conciencia nacional democrática, en un baluarte de progreso en el seno de la sociedad española (...). Los intelectuales actúan en este caso también como un espejo de la conciencia nacional" (Nuevos enfoques a problemas de hoy, pp. 75-76).

El verdadero significado de este párrafo se explicita a continuación, cuando se cita entre los intelectuales que son "el espejo de la conciencia nacional" a Aranguren, Aguilar Navarro, Alfonso Sastre, Dionisio Ridruejo, Joan Fuster, Bardem, Eduardo Cierco, Pedro Altares, López Salinas, Jiménez de Parga y Ángel María de Lera, la mayoría representantes genuinos de la democracia cristiana, del liberalismo y de la socialdemocracia.

Junto a esta concepción idealista y mecanicista de la Universidad, está la valoración acrítica del movimiento universitario. Para los dirigentes revisionistas, la experiencia suprema de este movimiento, fue, precisamente, su experiencia democrática, la del Sindicato Democrático de Estudiantes, que se concibió como la demostración práctica de la posibilidad de crear "islotes democráticos" en el seno de la dictadura.

En consecuencia, la descomposición de uno delos aparatos ideológicos principales del Estado franquista se ha valorado únicamente desde el punto de vista democrático-formal, como un componente más de la conquista gradual de "zonas de libertad", sobre la base de una alianza indiscriminada con todos los sectores que por una razón o por otra chocan con la rigidez del Estado franquista.

Más todavía, la Universidad es vista como un todo único, sin contradicciones internas, y pasa a integrarse en la "alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura". Con ello se confunden una vez más las perspectivas tácticas y las estratégicas, y la actual Universidad se integra en bloque en el conjunto de las fuerzas que llevarán a España pacífica y gradualmente al socialismo. Y dado que la única forma de mantener la apariencia de una unidad interna de todos los sectores que componen la Universidad es insistir en las reivindicaciones generales de tipo democrático y antifranquista, esa confusión de los planos táctico y estratégico se traduce en la práctica en una concepción democratizante y reformista de la lucha universitaria.

Baste con estas consideraciones para situar la cuestión. En todo caso, en el próximo apartado insistiremos en ella.

+ + + + + + + + + + + + + +

Ha llegado, pues, el momento de cerrar este apartado con un resumen de todo lo expuesto.

La visión que nos dan de la formación social española los dirigentes del PCE es, en líneas generales, la siguiente:

Hay una reducida clase dominante formada por la oligarquía financiera-terrateniente, que se apoya en un desarrollo parasitario, artificial y meramente superestructural del capitalismo monopolista.

El instrumento político de esta reducida oligarquía es un Estado represivo en plena descomposición, agotado, llegado al límite de sus posibilidades de maniobra. Ninguno de los aparatos del Estado franquista funciona y su propia columna vertebral, el Ejército, se está convirtiendo en un aliado de las clases populares y hasta en una fuerza revolucionaria. De hecho, el Estado policiaco ha quebrado, y algunos de sus aparatos ideológicos (la Iglesia, la Universidad sobre todo) no sólo han dejado de cumplir su función, sino que están suministrando un fuerte apoyo a las masas populares en su marcha hacia el socialismo: la Iglesia y las "fuerzas de la cultura" son aliados no solamente tácticos, sino también estratégicos para la construcción pacifista y pluralista del socialismo.

Por debajo de la superestructura monopolista artificial, subsiste la España anclada en las estructuras de 1936, una España estancada, sin perspectivas interiores ni exteriores. Por eso, todas las clases están contra la reducida oligarquía, un mismo interés las une, una misma aspiración al "desarrollo democrático", desde el proletariado hasta la burguesía no monopolista, incluyendo algunos sectores de la propia burguesía monopolista.

Sin embargo, pese al estancamiento se desarrolla con ímpetu una "revolución científico-técnica" que hace surgir nuevas fuerzas, las "fuerzas de la cultura", caracterizadas por su gran combatividad y por la coincidencia fundamental en unos mismos intereses de clase. Estas fuerzas son en bloque antifranquistas y anticapitalistas, y su alianza con las "fuerzas del trabajo" constituye la base estratégica que no sólo permitirá derribar al franquismo, sino también avanzar pacíficamente y gradualmente hacia el socialismo, por la vía pluralista.

La alianza antifranquista abarca, además de estas fuerzas, a otros sectores de la burguesía no monopolista y hasta de la oligarquía, y se estructura en torno al "Pacto para la libertad". Este pacto, que tendrá la virtud de despertar las energías dormidas de todo el pueblo, llevará hasta la huelga nacional, concebida como una gran acción cívica de todas estas fuerzas y del Ejército.

Frente a esta coincidencia fundamental de todas las clases y capas, pasan a un segundo o a un tercer plano las contradicciones entre ellas, las peculiaridades clasistas de los diversos antifranquismos, las posibilidades de maniobra de las clases del bloque dominante, las posibles bases de apoyo de éstas entre las clases intermedias, las diferencias de clase en el seno de los nuevos asalariados (las llamadas "fuerzas de la cultura").

Esto es lo que veremos a continuación.

# II LAS FASES DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LOS OBJETIVOS ESTRATEGICOS Y TACTICOS DEL REVISIONISMO.

Como hemos puesto de relieve en nuestros análisis de la lucha de clases en España bajo el franquismo y del carácter del Estado franquista (véase BANDERA ROJA, números 9 y 11), el rasgo distintivo de la actual formación social española es el desarrollo, por la vía autoritaria, del capitalismo monopolista de Estado y la superación de las tareas fundamentales de la revolución democrático-burguesa. El capitalismo monopolista de Estado, en el marco del capitalismo imperialista mundial, del que España forma parte, constituye hoy el rasgo dominante y decisivo de la formación social española.

Esto significa que la revolución pendiente no es ya la revolución democrático-burguesa, sino la socialista. Entre el capitalismo monopolista de Estado y el socialismo no hay etapas intermedias, no hay fases de desarrollo capitalista no monopolista. Todo intento de teorizar estas etapas intermedias constituye, de hecho, una forma sutil de reforzar el capitalismo monopolista de Estado, pues toda forma de control y de nacionalización de los monopolios en ausencia de un poder obrero y popular sólidamente asentado es, en definitiva, un reforzamiento de los monopolios a través de la acción estatal.

Por consiguiente, la tarea de los comunistas es ya la lucha por el socialismo. La lucha antifranquista, la conquista de las libertades demmcráticas, la lucha contra la monarquía y por la república son otros tantos pasos, hoy por hoy indispensables, en el camino del socialismo y de la forma de Estado que permitirá al proletariado dirigir la edificación del mismo: la República Popular y Socialista.

Completamente distinta es, en cambio, la posiciión del PCE. La caracterización que hacen los dirigentes revisionistas de la formación social española tiene un corolario lógico: la rígida distinción de las fases de la revolución española, según el clásico esquema menchevique, tan duramente criticado por Lenin: primero, la revolución democrático-burguesa; luego, la revolución socialista.

Así, por ejemplo, en el Programa del PCE leemos:

> "La revolución española pasará por dos etapas fundamentales. La primera, la etapa actual, en la que la revolución tiene un carácter antifeudal y antimonopolista, y en la que se propone, como objetivos fundamentales, la liquidación de las supervivencias feudales y la limitación del poder de los monopolios, la instauración y el fortalecimiento de un régimen democrático, la defensa de la independencia nacional y de la paz.
>
> La segunda, en que se convierte en revolución socialista, proponiéndose la transformación socialista de la sociedad -resolviendo de paso las tareas que quedan pendientes de la primera etapa- y posteriormente la transición gradual del socialismo a su fase superior, la sociedad comunista".

Pues bien, este sigue siendo el esquema de base de los planteamientos estratégicos y tácticos del PCE, pese a que en los documentos más recientes se insinúe una cierta confusión de las dos etapas al caracterizar, por ejemplo, la huelga nacional y la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Y sigue siendo el esquema de base porque en el análisis de la formación social española subsiste la visión del capitalismo monopolista español como una mera superestructura artificial que no ha cambiado los datos de base, los datos que hacen indispensable la revolución democrático-burguesa (baste recordar, como ejemplo más reciente, el citado informe de A. Garrigós ante el VI Pleno Ampliado del CC del PSUC, de septiembre de 1971).

La única modificación que han introducido los dirigentes del PCE para "modernizar" su esquema es el de la revolución científico-técnica. Pero, como veremos en seguida, este concepto es totalmente gratuito y si han recurrido a él ha sido para justificar unos planteamien-

tos verbalmente más avanzados, que en nada modifican los anteriores y que, en cambio, permiten sustentar sobre nuevas bases doctrinales todas las propuestas pacifistas y gradualistas del partido.

El esquema de desarrollo de la revolución que proponen los dirigentes del PCE es, pues, en líneas generales, el que sigue:

Para poner en marcha la primera etapa -la democrático-burguesa o antifeudal y antimonopolista, interrumpida desde 1939- hay que derribar la dictadura franquista, entendida como el obstáculo artificial y parasitario -la "losa de plomo"- que impide la liberación de las fuerzas productivas y el desarrollo de dicha revolución. Para ello hay que propiciar una alianza de clases lo más amplia posible : desde el proletariado hasta ciertos sectores de la oligarquía financiera y terrateniente . Esta alianza recibe el nombre de "pacto para la libertad".

A través de este pacto se puede ofrecer una alternativa concreta al franquismo, alternativa que se resume en la consigna de "gobierno provisional sin signo constitucional definido que conceda las libertades fundamentales y convoque elecciones constituyentes para que el pueblo decida el régimen que desea".

Gracias a esta alternativa, el pueblo se movilizará en masa y derribará al franquismo mediante la "huelga general política" y la "huelga nacional", sin necesidad de insurrección.

Entonces se abrirá la fase antifeudal y antimonopolista, en la que la democracia política se completará con la democracia social. Será, pues, la etapa de democracia política y social, en la que se liquidarán los restos feudales y se limitará el poder de los monopolios. La fuerza motriz será entonces la"alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura".

Gracias al impetuoso desarrollo de la democracia política y social, propiciada a su vez por el no menos impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, se pasará gradual y pacíficamente al socialismo en un régimen de libertad, de pluralismo ideológico y de colaboración de todas las clases y capas de la "alianza".

Esta es, en líneas generales, la perspectiva que ofrecen los dirigentes del PCE. Veamos ahora su contenido concreto, empezando por las perspectivas estratégicas, pues son éstas las que marcan el carácter general del proceso revolucionario. Pero antes conviene decir algo sobre la famosa "revolución científico-técnica" y sus consecuencias políticas.

## I
## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCEPTO DE " REVOLUCION CIENTIFICA Y TECNICA "

Como hemos dicho más arriba, la introducción de ese concepto por los dirigentes revisionistas no sólo es gratuita sino también profundamente oportunista.

En efecto, mientras subsiste la rigidez de la división en dos etapas claramente delimitadas del proceso revolucionario -división basada en un planteamiento economicista-, se introduce un concepto esencialmente ideológico cuyo objetivo no puede ser otro que el de paliar verbalmente dicha rigidez. Pero ese concepto ideológico -la "revolución científica y técnica"- tiene además otra finalidad: dar una base falsamente teórica a toda concepción gradualista de la revolución en nombre del necesario pluralismo: puesto que la revolución científica y técnica -vienen a decir los dirigentes revisionistas- ha creado una nueva correlación de fuerzas, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, y que esta alianza es la que llevará al socialismo a través del desarrollo de las fuerzas productivas, todo el planteamiento de la revolución desde la etapa actual hasta la etapa socialista ha de ser pluralista y gradrualista.

Pero es que, además, ¿de dónde sale ese concepto? ¿qué justificación tiene en una formación social como la nuestra?

El concepto de "revolución científica y técnica" ha sido elaborado, principalmente, por los teóricos del revisionismo soviético -como Suslov, del que lo toma directamente Santiago Carrillo (véase La lucha por el socialismo hoy, pp. 30-31)- y por los tecnócratas de otros países pretendidamente socialistas, como el checoslovaco Richta y sus colaboradores. Es un concepto ideológico que tiende a escamotear el hecho de la reconstitución de una sociedad de clases en estos países y de la dominación de una nueva burguesía surgida, precisamente,

a través del control del Estado.

Al poner el acento en el desarrollo de las fuerzas productivas -en detrimento de las relaciones de producción-, en la importancia de la ciencia como fuerza productiva y de la automación, se tiende a justificar la dominación de la nueva burguesía estatal bajo la capa de la competencia técnica y, sobre todo, se tiende a borrar del análisis la cuestión decisiva del Estado, del poder político. La revolución desaparece; sólo queda un desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas que, por sí mismo, modifica la estructura de la sociedad y lleva, evolutiva y pacíficamente, a formas superiores de vida y de organización, es decir, al socialismo.

> "HOY ya no es el instrumento o el medio de trabajo el que se interpone entre el hombre y la naturaleza, sino toda una técnica autónoma, en la que se encuentra sintetizado, de una forma u otra, la interacción del medio y del objeto -escribe Richta-;"la ciencia comienza hoy a actuar universalmente en tanto que fuerza directamente productiva", añade.
>
> O también: "El hombre se coloca al margen del proceso inmediato de producción (proceso de fabricación), mientras que antes era el fundamento principal de ese proceso".

Es decir, lo fundamental, lo decisivo es el desarrollo de las fuerzas productivas y no el desarrollo de las relaciones de producción. Gradualmente, pacíficamente se llega así -según los teóricos revisionistas- a una fase superior del desarrollo social en el que acaban confluyendo todas las sociedades industriales, con lo cual desaparece la división fundamental entre sociedades socialistas y sociedades capitalistas. Es una especie de determinismo tecnológico que permite transformar la división social del trabajo propia del modo de producción capitalista en división tecnológica, válida y legítima para cualquier "sociedad industrial". Por otra parte, el concepto de revolución científico-técnica legitima la"bondad intrínseca"del desarrollo científico y de su objetivación en el proceso productivo, y abre el camino para la colaboración de las clases dominantes de los países capitalistas y "socialistas".

Así, los revisionistas soviéticos cargan el acento en las conquistas espaciales, en el desarrollo técnico de sus ejércitos y, a través de esto, llegan a acuerdos de colaboración y de división de esferas de influencia con el imperialismo norteamericano, mientras unos y otros combaten a las masas obreras y populares en el interior de las esferas de influencia respectivas.

En el caso del revisionismo español, la introducción de esta noción meramente ideológica es, por lo demás, totalmente gratuita y choca -como hemos puesto de relieve en el apartado anterior- con las propias afirmaciones de los dirigentes del PCE sobre el desarrollo parasitario y artificial del capitalismo monopolista en España.

Si, en lo esencial, el país sigue anclado en los problemas de hace cuarenta años, y si sobre esta estructura congelada no ha habido más que un desarrollo parasitario y artificial de un capitalismo monopolista de "invernadero", ¿dónde está la revolución científico-técnica?

En realidad, la introducción de este concepto obedece a la necesidad de justificar teóricamente una estrategia y una táctica claramente reformistas y gradualistas. En efecto, los dirigentes del PCE echan mano de la revolución científico-técnica para explicar el surgimiento de unas pretendidas "fuerzas de la cultura" objetivamente revolucionarias. Estas fuerzas de la cultura, elemento fundamental de la alianza de clases que llevará al socialismo, son hoy ya, para los dirigentes del PCE, una fuerza decisiva en la lucha contra el franquismo. Y la "revolución científico-técnica" lo explica, lo justifica.

Ahora bien, si no hay tal revolución científico-técnica, tampoco hay tales fuerzas de la cultura. ¿Qué hay, pues, detrás de todo esto? Hay, simplemente, una justificación ideológica de la política revisionista de colaboración de clases, de alianza sin principios con sectores de la burguesía media y de las propias clases dominantes: se mete todo en un saco sin límites de clase -las "fuerzas de la cultura"- donde se esfuman las contradicciones de clase y se tiene un cómodo argumento para llevar la política de alianzas hasta los peores extremos sin necesidad de mayores explicaciones.

Pero hay más todavía: en la medida en que los dirigentes revisionistas se convierten en los adalides de la revolución científico-técnica, están presentando su candidatura como los ideólogos más avanzados de la "sociedad industrial". Y si esto se liga con todo su programa político, con su perspectiva estratégica, la cosa queda todavía más clara: con la ideología de la revolución científico-técnica los revisionistas se presentan ya como los ideólogos más capacitados del capitalismo de Estado, de una sociedad que hará innecesaria la revolución política. Como se ha dicho, "nada se parece más a un tecnócrata de derechas que un tecnócrata de izquierdas". Al final del análisis de los cambios sociales provocados por la revolución científico-técnica hallamos los grandes temas desarrollados por los ideólogos del capitalismo para desviar la atención de la realidad de la lucha de clases, pero "traducidos" en este caso al lenguaje pseudo-marxista para mayor confusión teórica. No hay más que leer las páginas 20 a 38 de la obra de Santiago Carrillo La lucha por el socialismo hoy para darse cuenta cabal de ello, para ver hasta qué punto es ideología burguesa disfrazada el concepto de revolución científico-técnica.

## 2 LOS PLANTEAMIENTOS ESTRATEGICOS DEL P.C.E.: LA DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL Y EL PASO PACIFICO AL SOCIALISMO

Como hemos dicho, todas las consignas tácticas del PCE encuentran su fundamento y su justificación en una concepción estratégica pacifista y gradualista. En este sentido, la revisión del marxismo-leninismo operada por los dirigentes del PCE es absoluta y radical.

Cierto que no hay que convertir la teoría revolucionaria en un dogma ni transponer mecánicamente las experiencias revolucionarias de otros comunistas a las condiciones de España. Pero de eso a echar por la borda hasta los más elementales principios de la teoría revolucionaria hay, evidentemente, un abismo, el abismo de la democracia política y social y del paso gradual, mecánico, pacifista y pluralista al socialismo.

En eso, como en tantas otras cosas, los dirigentes del PCE no han hecho, de todos modos, grandes innovaciones y se han limitado a adaptar al español las elaboraciones teóricas de los dirigentes soviéticos y, sobre todo, de los dirigentes del PC francés y del PC italiano. Entre la "democracia avanzada" que preconiza el PC francés, por ejemplo, y la "democracia política y social" del PC español apenas hay diferencias. Esto, por otra parte, lo ha dicho el propio S. Carrillo en sus recientes declaraciones a "La Nouvelle Critique", la revista teórica del PC francés:

> "Vosotros, los comunistas franceses -dice S. Carrillo- habláis de una alianza entre los obreros, los campesinos y los intelectuales; nosotros hablamos de alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Creo que se trata de lo mismo" (nº 47, oct.-nov. 1971, p. 24).

Efectivamente. Y es ésta una de las claves para comprender el carácter revisionista de las posiciones oficiales del PCE. El PC francés se presenta como un partido de orden, como un partido capaz de asegurar la estabilidad de la sociedad francesa, como un enemigo de la violencia. El PCE también, aunque adaptándose a las diferentes condiciones de tiempo y lugar.

En punto a dar garantías a la burguesía, a presentarse como un partido de orden y de desarrollo, como un adversario de la violencia, el PCE va, pese a las citadas diferencias de tiempo y de lugar, casi tan lejos como sus homónimos francés e italiano.

> "Los trabajadores -escribe S. Carrillo- no tienen ninguna intención de provocar una situación de violencia en España. Sólo los que gobiernan, los hombres como Camilo Alonso Vega, los ultras, representan un peligro de violencia en nuestro país..." (Declaraciones de S. Carrillo tras la jornada del 27 de octubre, Mundo obrero, 1ª quincena nov. 1967).
>
> "Si no (se articula el pacto para la libertad) -insiste S. Carrillo- esta situación podría prolongarse abriendo vía a todo género de provocaciones reaccionarias, desórdenes y aventuras" (Libertad y socialismo, p. 47).

Esta condena sin apelativos de la violencia va, desde luego, mucho más lejos, hasta teorizar toda la vida pacífica y pluralista de paso al socialismo. En algunos textos, S. Carrillo matiza la condena, admitiendo ciertas formas de violencia, pero sólo hasta la formación de"barricadas" (Véase, La lucha por el socialismo hoy, p. 38). Lo que es indudable, es que esta condena de la violencia, este afán por presentarse como un partido de orden, llevados a sus últimas consecuencias, acaban por rebajar todos los plantemientos políticos hasta dar la garantía suprema de no violencia que esperan todos los burgueses del país (grandes, pequeños o medios):

> "El contenido del programa inmediato (del PCE) -escribe S. Carrillo- encaja en los límites del marco de la sociedad burguesa, no representa ningena amenaza para la burguesía como clase; por el contrario, su aplicación facilitaría el desarrollo de la misma burguesía" (Informe del C.C. al VI Congreso del PCE, p. 82).

El mismo sentido tienen todas las posiciones del PCE de cara al Ejército, a la Iglesia, a los intelectuales, etc. "El PCE es un partido de orden y de progreso, un partido enemigo de la violencia, un partido moderado con el que podéis entenderos", esto es lo que el PCE les está diciendo a todos.

El propio S. Carrillo lleva este afán contemporizador a un extremo caricaturesco. En efecto, en su informe al VI Congreso del PCE, celebrado en 1960, se dirige una y otra vez a las fuerzas democrático-liberales instándolas a superar sus prejuicios y a aliarse con los comunistas, contra la dictadura franquista. Tras insistir en que los comunistas no son, como dice la propaganda franquista, agentes de la subversión ni fomentadores de violencias, Carrillo aduce el testimonio del presidente De Gaulle sobre el período en que éste colaboró con los comunistas en el gobierno de Francia, y reproduce a modo de prueba y de exhortación el comentario de éste:

> "Desde el momento -escribe De Gaulle- en que, en lugar de la revolución, los comunistas toman como objetivo la preponderancia en un régimen parlamentario, la sociedad corre menos riesgos".

Es decir, cuando los comunistas abandonan su política revolucionaria y siguen el camino del reformismo, de la adptación a los mecanismos del Estado burgués, la sociedad capitalista y burguesa está más segura, "corre menos riegos". Esto es lo que S. Carrillo propone a los grupos de la oposición liberal a través de persona interpuesta o, como él mismo dice, a través de "...la opinión de un hombre de Estado, al que no se puede negar inteligencia, sobre la necesidad de colaborar con los comunistas en un momento de crisis nacional".

En este sentido, todo el programa de la democracia política y social y toda la teoría del paso pacífico y gradual al socialismo obedecen al afán de dar garantías a la burguesía media y pequeña, a los aparatos del Estado (Ejército, Iglesia, etc.). Si esto lo ligamos con el otro aspecto de la cuestión, con la presentación del PCE como el mejor adalid de la revolución científica y técnica, como el campeón indiscutible y verdadero del desarrollo económico y técnico, como la mejor garantía para la elaboración de una verdadera doctrina militar nacional, etc. tendremos la clave del problema: el PCE se presenta como el partido en quien más pueden confiar todos los sectores de la sociedad española -excepción hecha del puñado de ultras y de oligarcas- para sacar adelante la revolución democrático-burguesa y acelerar el desarrollo tecnológico de las fuerzas productivas. Es, propiamente, un partido de vocación interclasista, un partido que aspira a desarrollar la economía trastocando la menor cantidad de cosas posible, respetando la mayor parte de los intereses existentes y conciliando todo lo que se pueda conciliar. Que esto lo diga un partido burgués, es lógico y natural. Que lo preconice un partido obrero es otra cosa: es, pura y simplemente, la quintaesencia del revisionismo.

Vamos a ver esto con un poco más de detalle.

A. La democracia política y social.

Los dirigentes del PCE afirman que una vez derribado el Estado franquista a través de la "huelga nacional", es decir, a través de una demostración cívica de carácter no insurreccional en la que colaborarán el pueblo y el Ejército, se abrirá la fase propiamente democrático-bur-

guesa de la revolución, es decir, la "revolución democrática, feudal y antimonop lista". Esta revolución se hará bajo la dirección de un poder político de nuevo tipo,

> "...un nuevo poder político en el que los trabajadores de la ciudad y del campo, los intelectuales, los profesionales y los técnicos, la burguesía no monopolista se reconozcan; un poder con el que estén identificados, al que consideren suyo" (S. Carrillo, Después de Franco ¿qué?, pp. 98-99).

Este nuevo poder, basado en la alianza de todas las clases populares con la burguesía media y la pequeña burguesía, provocará el entusiamo necesario para emprender un desarrollo económico acelerado y sacar a España de su atraso -es decir, permitirá realizar la revolución democrático-burguesa.

Ahora bien, ¿qué formas institucionales tendrá ese poder político?. Según S. Carrillo, "...en esa nueva democracia, el órgano central de la soberanía nacional será el Parlamento, elegido, como los órganos de gobierno en los demás niveles, por sufragio universal sobre la base de la representación proporcional" (Id. p. 101).

Este predominio del Parlamento deberá conjugarse con gobierno fuerte. Sobre esta base, la organización de los poderes públicos se basará en los siguientes principios:

a) Autonomía de las nacionalidades y autonomía administrativa de las provincias y de ciertas regiones;

b) Autonomía de los magistrados y jueces, pero acompañados de jueces elegidos por sufragio popular;

c) Pluralidad de partidos;

d) creación de un Consejo Económico-Social que vendría a ser algo así como una segunda cámara, al lado del Parlamento;

e) Mantenimiento del Ejército, aunque no para tareas de orden público;

f) Separación de la Iglesia y el Estado, pero con subvención del culto.

Sobre esta base política -la "democracia política"-, el PCE prevé que se podrían tomar una serie de medidas económicas que la convertirían en "democracia política y social". Estas serían, fundamentalmente, las siguientes:

a) Expropiación de los latifundistas, con indemnización (si se hace pacíficamente) y cumplimiento de la consigna "la tierra para el que la trabaja";

b) nacionalización progresiva de la Banca y el crédito, de las minas, de la energía eléctrica, de los monopolios industriales (la llamadas "feudalidades monopolistas"). Pero todo esto "...sin lesionar los intereses de los accionistas, que podrían seguir recibiendo un porcentaje de los beneficios por las acciones que poseen en tanto no sean rescatadas" (Id. p. 116).

c) Desarrollo impetuoso del capitalismo no monopolista: según S. Carrillo, junto al sector nacionalizado, fundamental "...coexistirían la industria y el comercio no monopolistas en manos de sus propietarios capitalistas. Estos producirían en el cuadro de un sistema que les proporcionaría garantías que hoy no poseen dentro del sistema del capitalismo monopolista de Estado" (Id. p. 119). Estos sectores tendrían asegurado "...un intenso ritmo de desarrollo, lo que abriría ante ellos amplias posibilidades". Su acceso al crédito se vería facilitado y tendrían "...sus propios representantes en el Consejo Económico-Social, en el Parlamento y en el Gobierno; sus propios órganos de información, sus asociaciones, podrían hacer respetar sus intereses como los otros sectores sociales" (Id. p. 119).

Todo esto, naturalmente, con un aumento acelerado del bienestar de las masas populares y un desarrollo no menos acelerado de todos los sectores de la economía.

### B. El paso al socialismo.

Según los dirigentes del PCE, el desarrollo mismo de la democracia política y social llevará pcífica y gradualmente al socialismo sin necesidad de una revolución ulterior.

"El paso gradual a la propiedad social del conjunto de los medios de producción por esta vía -escribe S. Carrillo- no sería consecuencia de tales o cuales medidas de expropiación; el desarrollo de las fuerzas productivas iría plantendo de una manera natural la superación gradual de la pequeña y la mediana industria" (Después de Franco ¿qué?, p. 121).

La fuerza motriz de esta transformación será, según nos dicen, la famosa "alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura":

"...La alinza de las fuerzas del trabajo y la cultura -escribe S. Carrillo- podría plantearse el acceso al poder por vías democráticas, con el sostén activo de la lucha de masas, para realizar esa tarea histórica de ampliar la democracia política con la democracia económica.

Más tarde, cuando a través de un período de transición prolongado, España haya logrado dotarse de los medios de producción modernos, aprovechando las conquistas de la revolución científica y técnica actual, la alianza misma sería la formación llamada a pasar de esa democracia antimonopolista y antifeudal al establecimiento del sistema socialista.

En este caso, el poder que aseguraría la transición del capitalismo al socialismo sería un poder de la alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura, un poder democrático, pluripartidista" (Nuevos enfoques a problemas de hoy, p. 175).

Sería, como dice también S. Carrillo, "la revolución en la libertad" (Después de Franco, ¿qué?, p. 121), y concretamente, la forma específica que revestiría en España la dictadura del proletariado (Nuevos enfoques..., p. 176).

La forma de Estado de esa dictadura del proletariado sería, según S. Carrillo, la definida por los trabajadores católicos de la AST, es decir, un Estado cuya misión sería planificar la economía, proteger a los diversos grupos nacionales, promover la cultura a todos los niveles, velando por una auténtica igualdad de oportunidades, proteger las distintas tendencias ideológicas, favorecer un cambio de mentalidad que haga que la revolución sea algo más que un cambio de estructuras y "encuentre su apoyo en la transformación del hombre", favorecer y proteger la constitución y desarrollo de todos los grupos o instituciones que el pueblo necesite para su total promoción.

A ese Esatdo, a ese socialismo se llegará -según los dirigentes del PCE- de modo gradual y pacífico, respetando el pluripartidismo, sin privar de derechos a nadie y sin utilizar la violenci mientras las clases hostiles desposeídas se mantengan dentro de la legalidad (Véase, Nuevos enfoques, pp. 181-182).

Lo único que queda por precisar son los ritmos de ese desarrollo. En obras ulteriores de S. Carrillo se observa, como veremos más adelante, una evidente fluctuación al respecto. En algunos casos ve la huelga nacional como la forma que permitirá pasar directamente al socialismo sin insurrección. En otros, la huelga nacional no es más que la forma de entrar en la democracia política y social. Lo que sí queda claro, en todo caso, es que toda la perspectiva de paso al socialismo es una perspectiva pacifista y gradualista, de l que se excluye por definición toda forma de violencia revolucionaria.

C. El carácter revisionista de los planteamientos del PCE sobre las etapas de la revolución

Los elementos teóricos que acabamos de resumir son lo suficientemente explícitos y nos eximen de ulteriores comentarios. Pero conviene, a pesar de todo, hacer resaltar algunos de sus aspectos pricipales, poque en ellos se condensa todo el carácter revisionista de las posiciones políticas del PCE, tanto a nivel estratégico como táctico.

Lo primero que hay que poner de relieve es el carácter totalmente mecanicista y economicista de esos planteamientos. En efecto, tanto el desarrollo de la "revolución antifeudal y antimonopolista", como el paso ulterior al socialismo se ven como el resultado de un simple desarrollo acumulativo de las fuerzas productivas.

Esto permite esquivar la cuestión fundamental de las relaciones de producción y teorizar

una pretendida fase de desarrollo capitalista no monopolista. Además, en la medida en que la cuestión absolutamente decisiva del poder político se resuelve con fórmulas mecanicistas como la de la "alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura" y con esquemas democrático-liberales sobre el predominio del Parlamento, el pluripartidismo y el Estado de Derecho, lo que de verdad se está teorizando es una etapa de capitalismo de Estado en la que la clase obrera no tiene asegurada, de ningún modo, su hegemonía.

Si esta etapa de capitalismo de Estado se recorre manteniendo el Ejército actual y dando plena libertad de desarrollo al capitalismo "no monopolista", el capitalismo de Estado no será más que un mero sector nacionalizado cuyo control puede seguir perfectamente en manos de algunos sectores del actual bloque dominante (con la "ayuda", en el mejor de los casos de algunos representantes políticos y sindicales del movimiento obrero y popular).

Excluir a priori la violencia revolucionaria y teorizar un desarrollo pacífico y gradual color de rosa significa, con la actual correlación de fuerzas, impedir que la clase obrera se organice realmente para la toma del poder político. La base teórica de ese planteamiento es la que vimos más arriba: el análisis del capitalismo monopolista español como una mera superestructura artificial y parasitaria. Pero si, como ocurre en realidad, ese capitalismo monopolista es hoy el sector dominante, en vinculación creciente con el imperialismo mundial, afirmar que se le puede expropiar "sin lesionar los intereses de los accionistas", manteniendo el Ejército y el aparato estatal, indemnizando a los latifundistas, subvencionando a la Iglesia y desarrollando, al mismo tiempo, el capitalismo no monopolista sin necesidad de la toma revolucionaria del poder por la clase obrera y demás clases populares es, simplemente, desarmar al movimiento obrero y popular, trazarle una perspectiva falsa por irrealizable y, en consecuencia, dejarle inerme ante las maniobras políticas -las actuales y las futuras- de las clases del bloque dominante.

Esto no es sólo abandono puro y simple de la teoría marxista-leninista sobre el Estado y la revolución. Es subordinar el movimiento obrero y popular a los intereses políticos, económicos e ideológicos del bloque dominante, impedir la organización autónoma del proletariado, limar la punta revolucionaria de sus acciones actuales. O, para decirlo con las palabras del general De Gaulle, calurosamente suscritas por S. Carrillo: es hacer que la sociedad -la sociedad burguesa- corra "menos riesgos".

En realidad, todas las lucubraciones teóricas sobre la democracia política y social y el paso pacífico y gradual al socialismo se dirigen más a las clases dominantes y a las clases intermedias que a la clase obrera. El interlocutor preferido de los documentos oficiales del PCE es, precisamente, el bloque dominante y sus aledaños. O, para decirlo de otro modo: la principal preocupación de los dirigentes del PCE no es tanto asegurar la organización autónoma del proletariado como dar garantías a las clases dominantes.

Todas las posiciones sobre el Ejército, la Iglesia, la Universidad, el pacto para la libertad, la huelga nacional, la democracia política y social y el paso pacífico al socialismo son posiciones dictadas por el afán exclusivo de tranquilizar a las clases dominantes. Los dirigentes del PCE presentan todo esto como una línea táctica destinada a aprovechar y fomentar las contradicciones de dichas clases dominantes. Pero olvidan el ABC de la cuestión: que las contradicciones del adversario no se ahondan con simples garantías verbales sin contrapartida, sino organizando y potenciando al máximo el movimiento obrero y popular. No se trata de subordinar a éste a las alianzas por arriba sino al contrario: las alianzas por arriba sólo tienen sentido en una perspectiva revolucionaria si refuerzan la presencia organizada del movimiento obrero y popular, si aumentan su peso específico en la correlación general de las fuerzas.

En la práctica del PCE vemos, precisamente, todo lo contrario: un afán constante de tranquilizar a las clases dominantes y a las clases intermedias y una utilización no menos constante del movimiento obrero y popular como medio de presión para que estas clases lleguen a acuerdos por arriba con el PCE. En realidad, esto es subordinar al movimiento obrero y popular a los intereses generales de las clases dominantes o, para decirlo de otra manera, esto es lo que entendemos por revisionismo.

Lo veremos más claramente al analizar la línea táctica de los dirigentes del PCE.

3. El Pacto por la Libertad

Como ya vimos, el "Pacto por la Libertad" es concebido por los dirigentes del PCE como una amplia alianza antifranquista que debe abarcar desde el proletariado hasta ciertos sectores del propio bloque dominante.

Su base objetiva es el análisis de la formación social española que hemos expuesto en el capítulo anterior. Así lo reconoce explícitamente A. Gerrigós en su informe al VII Pleno Ampliado del C.C. del PSUC (setiembre de 1971). Tras poner de relieve que el desarrollo del capitalismo monopolista "no ha apuntado ni un sólo momento a transformar la sociedad española", que la "neoautarquía tecnocrática del Opus no ha impreso cambios sustanciales en la configuración de las estructuras económicas españolas", las cuales están atravesadas por una "situación perenne de crisis", y tras recordar el análisis hecho por Santiago Carrillo en 1964 sobre el carácter parasitario del capital monopolista español y la extrema agudeza de las contradicciones entre éste y la burguesía no monopolista, concluye:

> "Es precisamente sobre estas bases objetivas y su expresión política que la alternativa democrática adquiere el verdadero significado."

El "pacto por la libertad" es, pues, un acuerdo formal por arriba con todas las fuerzas que no se identifican con el sector ultra del franquismo. Su premisa es que, frente a éste, la libertad es indivisible (véase S.Carrillo, Nuevos enfoques..., p.198). Se trata entonces de conseguir,

> "... un programa de todos los oponentes al régimen sin exclusivas para devolver al pueblo las libertades democráticas." (S.Carrillo, Libertad y socialismo, p.36.)

Esta unidad ha de basarse en

> "... un programa, en una combinación de fuerzas responsables y reales, capaces ambos de ofrecer garantías a los más amplios sectores del país..." (id. id., p. 36.)

Las bases mínimas del pacto se conciben de la siguiente manera:

> "Establecimiento de un gobierno de amplia coalición que decrete una amnistía total para los presos y exiliados políticos-sociales, que establezca las libertades políticas fundamentales --libertad de prensa, libertad de palabra, libertad de asociación y libertad de reunión-- y que convoque elecciones constituyentes." (S.Carrillo, id. id., p. 37.)

Este gobierno debería comprometerse, además, a "realizar una política exterior de paz, independencia y neutralidad en cuanto a los bloques militares" y a "reconocer a Cataluña, Euzkadi y Galicia un estatuto de autonomía, sobre la base de los que existieron en el pasado" (Id. id.). Sin embargo, estas dos últimas exi-

gencias no son para los dirigentes del PCE tan fundamentales como las anteriormente mencionadas, puesto que siempre las incluyen como un apéndice tras la definición de las bases mínimas del acuerdo.

Los dirigentes del PCE se comprometen, entonces, a "apoyar lealmente a ese Gobierno, en tanto cumpla el programa mutuamente convenido entre las fuerzas que lo patrocinan" (Id. id., p.38.)

Para los dirigentes del PCE, ese acto tendrá una fuerza verdaderamente milagrosa y su solo anuncio desencadenará las energías de todas las clases y capas del pueblo que viven hoy desorientadas por falta de una alternativa clara. Más aún: según S. Carrillo,

> "Esa fuerza se manifestaría tanto más inconteniblemente cuanto que una alternativa democrática seria determinaría un poderoso movimiento bascular, a su favor, en sectores nacionales que hoy apoyan todavía al sistema por inercia o por falta de opción eficaz, como son buena parte de las fuerzas armadas, del aparato del Estado, la Iglesia y amplios sectores de la burguesía; y muchas resistencias con que tropezamos se ablandarían y neutralizarían." (Id., p. 37.)

El "pacto por la libertad" aparece pues, en la óptica de los dirigentes del PCE como un acuerdo por arriba que no sólo interesa a la clase obrera y al movimiento popular, sino también a la burguesía media, a capas y categorías sociales integradas en el sistema del capitalismo monopolista de Estado y a fracciones de clase del bloque dominante.

Si a todos interesa por igual, la cuestión clave es ver, entonces, el sentido y el alcance que tienen las garantías que se dan mutuamente los presuntos participantes en el pacto.

A las clases y capas ligadas hoy al franquismo, lo que se les pide es que se comprometan a aplicar un programa mínimo de libertades formales, que no es de ningún modo despreciable en sí mismo, pero cuya garantía de cumplimiento es, naturalmente, muy aleatoria.

A cambio de esto, los dirigentes del PCE ofrecen:

1º. La renuncia a plantear de modo claro la cuestión de la alternativa. Aunque se declaren partidarios de la República, dejan este punto en segundo plano y ofrecen un respiro a las clases dominantes, cuya alternativa política para consolidar su dominio es, precisamente, la monarquía.

> "El Partido Comunista --dice la declaración del C.E. de agosto de 1971, publicada en <u>Mundo Obrero</u> de 4 de septiembre de 1971-- partidario decidido de la República, aceptará en esta materia el fallo libremente manifestado por el pueblo, sin renunciar por ello a seguir defendiendo su posición en el caso de que no predominase. Pero lo que está hoy sobre el tapete es otra cosa..."

Es decir, la cuestión vital de la lucha contra la monarquía se deja en segundo plano para que la decida "libremente" el pueblo en unas elecciones constituyentes que serán convocadas, por definición, por un gobierno de la burguesía, pues en él no estarán re-

presentados ni el movimiento obrero ni el movimiento popular.

2º. El apoyo leal al gobierno surgido del pacto, siempre que éste cumpla el programa mínimo. Pero la cuestión que no se explica es cómo se le obligará a cumplir ese programa mínimo y qué se hará en caso de que no lo cumpla.

3º. Esto último es especialmente grave si tenemos en cuenta que ya desde ahora el PCE proclama la voluntad de renunciar a toda forma de violencia que pueda asustar a los posibles "pactadores". De hecho, esto equivale a decir que los dirigentes del PCE harán todo lo posible para que la clase obrera y las demás clases populares no adopten actitudes radicales, "no se desmanden". Recordemos todos los párrafos contra la violencia, la insistencia en presentar al PCE como un partido de orden y diálogo, etc.

4º. La renuncia a plantear reivindicaciones de fondo que vayan más allá del marco fijado como base del acuerdo. Como escribe el citado A. Garrigós en su informe al VI Pleno Ampliado del CC del PSUC:

> "Este pacto ha de moverse forzosamente en el terreno de las libertades políticas: amnistía, libertades democráticas y libertades nacionales. Cualquier intento de incluir formulaciones reivindicativas de fondo limita su extensión y, de hecho, su eficacia, porque anula las posibilidades de realización."

5º. La renuncia a formulaciones que puedan tener un tono "revolucionario", no sólo de cara a la lucha contra el franquismo, sino más allá, de cara a la democracia política y social y al socialismo. De ahí la definición de la huelga nacional como un movimiento "cívico" que evitará la insurrección; el programa de transición gradual, pacífico y pluralista al socialismo; la oferta de indemnización a los latifundistas expropiados y la de respeto a los intereses de los accionistas de las empresas monopolistas; las garantías dadas a los militares y a la Iglesia; la sustitución del concepto de dictadura del proletariado por el de dirección de la clase obrera en el seno de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, etc.

Pero los dirigentes del PCE saben que con todas estas renuncias y garantías no les basta para convencer a los vacilantes aliados burgueses. Y entonces manejan otra carta: la presión de los movimientos de masas, la amenaza de "desórdenes y aventuras", el espectro de una nueva guerra civil, etc. Las exhortaciones moralizantes, el repudio de la violencia, el afán de presentarse como un partido de "orden" adquieren todo su significado, precisamente, en la perspectiva del "pacto para la libertad". Es lo que ya decía, de manera luminosa, S. Carrillo en 1961:

> "Si se crean las condiciones para una nueva movilización popular y aquella iniciativa (unitaria) no surge, no vacilaremos en acudir directamente al pueblo para que se una y actúe." (<u>Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo</u>, "Nuestras ideas", num 11, abril de

1961, p.19.)

Y es lo que repite, con mayor contundencia si cabe, la declaración del C.E. del PCE de febrero de 1972, Huelga nacional y pacto para la libertad (publicada en Mundo Obrero de 3 de marzo de 1972):

> "Para que los sectores políticos que representan a ésta (la burguesía) tomen conciencia y reconozcan esta realidad, un factor decisivo es el desarrollo de la lucha de masas y la materialización de la convergencia a todos los niveles."

Es decir, lo fundamental, el objetivo prioritario, es el acuerdo por arriba con los representantes de la burguesía. El movimiento de masas es un apoyo, un medio de presión, una amenaza velada contra las reticencias de los aliados.

Esto repercute de manera decisiva en el estilo de trabajo del PCE, en las formas de lucha que propicia, en la concepción del partido como un "partido de masas", en el culto al legalismo y otros elementos que tendremos ocasión de examinar en el próximo apartado.

Sólo queremos subrayar que la relación entre este planteamiento táctico y esas formas de lucha y de organización es directa y necesaria. Así, por ejemplo, en la citada declaración del CE del PCE de febrero de 1972 se afirma que tras las últimas acciones de masas "... la concreción del pacto para la libertad es hoy la primera necesidad política de España". En función de ese objetivo absolutamente prioritario hay que fomentar nuevas acciones de masas. Y por esto, precisamente, estas acciones de masas no se ven como un movimiento organizado y estructurado, sino como un "movimiento socio-político" amplio e inconexo, basado en "comisiones obreras democrática y abiertamente elegidas en asambleas". Como escribe G. López Raimundo, secretario general del PSUC:

> "La base esencial ha de ser la práctica de la democracia obrera; las asambleas que tratan y deciden democráticamente en todas las cuestiones; que eligen, ratifican o modifican democráticamente las "coordinadoras" y "permanentes" a todos los niveles." (Intervención-resumen sobre el segundo punto del orden del día del VI Pleno Ampliado del CC del PSUC, septiembre de 1971.)

Se trata, según el propio López Raimundo, de que "... todos los trabajadores que luchan, cualquiera que sea la forma en que lo hagan, se consideren miembros de las Comisiones Obreras". Y también, según el CC del PSUC, de

> "... imponer la celebración de Congresos libres de trabajadores y de avanzar en la preparación del Congreso Nacional Constituyente del Sindicato de clase, unitario, democrático e independiente." (Declaración del CC del PSUC de septiembre de 1971, Contra el continuismo...)

Con esas formas de organización y de lucha, con ese asambleísmo sistemático, con esa insistencia en las formas abiertas de coordinación y de decisión, lo que se hace es impedir la verdadera organización del proletariado en las condiciones concretas de la lucha contra el franquismo, es decir, contra un Estado en crisis que todavía dispone del funcionamiento regular de su aparato represivo. De hecho, no hay mejor demostración del papel asignado por los dirigentes del PCE al movimiento obrero y popular: es un gran medio de presión para forzar la alianza con los diversos sectores burgueses. Cuanto más fuerte y espectacular sea el movimiento obrero y popular, más se presiona sobre los aliados. De ahí la tendencia a lanzar acciones aisladas y lo más espectaculares posibles, sin asegurar la solidaridad, la coordinación y la unidad de todo el movimiento obrero y popular; de ahí la tendencia a diluir las Comisiones Obreras en un "movimiento socio-político" de contornos imprecisos.

En la medida que el "pacto para la libertad" es la perspectiva inmediata absolutamente prioritaria, toda la lucha antifranquista se canaliza a su través, en detrimento de todo lo demás y, principalmente, de la lucha autónoma y de la organización del proletariado y del movimiento popular. Así, el PSUC basa toda su táctica actual en consolidar la Comisión Coordinadora de Fuerzas Políticas de Cataluña, en la que participan esencialmente fuerzas pequeño-burguesas (escasamente representativas, por lo demás),y en fomentar iniciativas del tipo de la Asamblea de Cataluña, en la que se hacen patentes todas las limitaciones y renuncias del "pacto para la libertad". Y después de las grandes acciones de masas de estos últimos meses, después de las luchas de SEAT, del Bajo Llobregat, de las minas de Sallent, Balsareny y Fígols, el órgano central del PSUC, Treball, proclama en su titular de primera página: "Un objetivo principal del momento: hacer de la Asamblea de Cataluña el centro de convergencia de la lucha por la libertad." (Num. 338, 29 de enero de 1972.)

La gravedad de un planteamiento como éste se percibe con mayor claridad cuando se sabe lo que hay detrás, realmente, de iniciativas como la Asamblea de Cataluña y la C.C.F.P.C.

Efectivamente, en la medida en que el acento se carga en obtener el acuerdo de las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas, se prescinde de todo aquello que pueda aumentar sus reticencias. Por eso no se plantean --como dice A. Garrigós-- "reivindicaciones de fondo" y se favorece el simple apoyo verbal de estas clases. Así, la Asamblea de Cataluña, máxima expresión de la institucionalización del "pacto para la libertad", no ha hecho más que publicar una declaración de principios en la que se deja en la más absoluta indeterminación la cuestión clave de la salida democrática, además de lanzar unas jornadas de lucha "por el derecho a la solidaridad" (abril de 1972), concebidas como una simple forma de lucha testimonial dentro del más anácrónico paternalismo. Para conseguir esto, para que esos aliados no abandonen la partida, se subordina el movimiento obrero y popular, se le arricona y se le da el papel de medio de presión. Al mismo tiempo, se supervalora cualquier for-

ma de apoyo verbal de las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas, como los documentos con centenares de firmas, las declaraciones de dirigentes religiosos, las tomas de posición de los abogados, etc., metiéndolo todo, acríticamente, en un mismo saco: el del antifranquismo.

Vemos pues que en cuanto a garantías y contrapartidas quien sale perdiendo con el planteamiento del pacto para la libertad es el movimiento obrero y popular, no las clases dominantes. Ya desde ahora, el movimiento obrero y popular debe reducir sus planteamientos revolucionarios, renunciar a sus reivindicaciones de fondo, dejar en la más absoluta indeterminación la cuestión decisiva de la monarquía o la república, ceder posiciones clave a las clases dominantes y a sus aparatos estatales (Ejército, Iglesia, burocracia administrativa, etc.), y limitarse a un papel de apoyo, de medio de presión para la obtención de la alianza con las fuerzas burguesas, con todo lo que esto significa para su propia organización autónoma de clase y para sus formas de lucha contra la patronal y el Estado.

Aún hay más: este elevadísimo precio se paga prácticamente para nada. Una alianza política es siempre un compromiso entre determinadas fuerzas, y el contenido de la alianza viene dado por la correlación efectiva entre éstas. Para que una alianza del tipo del "pacto para la libertad" constituya un compromiso favorable a la clase obrera es preciso que la ayude a ser cada vez más fuerte en su organización, en su grado de conciencia y en su peso político específico. Sólo en la medida en que la fuerza de la clase obrera se consolide en todos estos aspectos podrá la alianza --ésta u otra parecida-- prosperar. Pero, precisamente, tal como está planteado, el "pacto para la libertad" consigue lo contrario, debilita el grado de organización de la clase obrera y reduce su papel político, con lo cual la buscada alianza es cada vez más favorable a las fuerzas burguesas.

Si el movimiento obrero y popular se desarrolla es a pesar del "pacto para la libertad", totalmente al margen de él, y los intentos de meterlo en ese marco rígido no hacen sino aumentar las posibilidades de maniobra política de las clases burguesas. Dado que lo que estas últimas buscan en su polítuca de alianzas es un reforzamiento de sus propias posiciones y un debilitamiento de las del movimiento obrero y popular, el "pacto para la libertad" sólo les es útil en la medida en que la clase obrera permanece subordinada. Si el movimiento obrero y popular desborda los límites que la burguesía quiere fijarle con su política de alianzas, las fuerzas burguesas se desentenderán del pacto inmediatamente. Esto no es sólo una previsión abstracta: es lo que está ocurriendo actualmente.

En estos momentos, por ejemplo, se está concretando la maniobra de diversos sectores de la oposición liberal para asegurar la continuidad del poder del bloque dominante. Por iniciativa de Calvo Serer se está llegando a un nuevo "acuerdo de Munich" entre estas fuerzas, con exclusión de todos los grupos más o menos repre-

sentativos del movimiento obrero y popular, incluido el propio PCE. Con esto, el "pacto para la libertad" queda literalmente invalidado como política de alianza, y su carácter oportunista queda completamente al desnudo debido a que es irreal, a que se dirige a unos interlocutores que no quieren pactar. Estos interlocutores tienen, hoy por hoy, otros recursos y sólo jugarán la carta que les propone el PCE, o una parecida, cuando la fuerza del movimiento obrero y popular no les deje otra alternativa. Pero, precisamente, para que esto sea así, el movimiento obrero y popular debe desarrollarse y fortalecerse sin ninguna subordinación a la burguesía, sin ninguna camisa de fuerza como la del "pacto para la libertad".

Naturalmente, en el fondo de un planteamiento como el del"pacto por la libertad" hay también una apreciación particular de la crisis del franquismo.

Para nosotros, la crisis del franquismo es la crisis de la forma franquista del Estado, no la crisis definitiva del capitalismo monopolista de Estado y del bloque dominante (aunque es evidente que en toda crisis de una forma de Estado hay elementos de crisis de las clases dominantes bajo esa forma de Estado). Por eso, precisamente, consideramos que las clases dominantes tienen todavía una cierta capacidad de maniobra, en la medida que conservan intactos bastantes aparatos del Estado y, sobre todo, el aparato represivo, y que estas clases dominantes están preparando la salvaguarda y la consolidación de sus posiciones de poder con una maniobra política cuyo centro es la monarquía de Juan Carlos. Bajo este común denominador, las fuerzas políticas que aspiran a representar a los diversos sectores del bloque dominante presentan una serie de alternativas que van desde la simple y pura continuación de lo existente (caso de Carrero Blanco y otros elementos del régimen) hasta la apertura hacia sectores hoy por hoy alejados del sistema (caso de Calvo Serer, Areilza y demás). Para todos ellos, el problema clave es cómo controlar al movimiento obrero y popular. Aquí, también, las posiciones van desde un control puramente represivo (caso Carrero Blanco) hasta un control más político, a través de un cierto entendimiento con el PCE y las Comisiones Obreras (caso de Calvo Serer, Areilza, etc.). Este es, en cualquier caso, el objetivo que persiguen con su propia política de alianzas.

Pues bien, para el PCE la crisis del franquismo es otra cosa. Como hemos visto, para los dirigentes del PCE el Estado franquista es un Estado superaislado que no representa más que a una ínfima minoría de capitalistas y de terratenientes parasitarios. Ese Estado se encuentra en crisis profunda, ningún aparato le funciona, ha llegado a su extremo agotamiento y ha dejado ya un "vacío de poder". En otras palabras: la ínfima minoría de oligarcas ha llegado al límite máximo de sus posibilidades de maniobra política y es incapaz de reemplazar ese Estado por otro. En consecuencia, razonan los dirigentes del PCE, la caída del franquismo representará la definitiva pérdida del poder de la oligarquía y, por contragolpe, dará la hegemonía al movimiento obrero y popular, pues el resto de la oligarquía, la burguesía media y la pequeña burguesía no tendrán fuerzas suficientes para imponerse a éste y conso-

lidar una nueva forma de Estado. Como dicen los dirigentes del PCE, la "crisis política" será también una"crisis social":

> "La crisis de la dictadura --escribe S. Carrillo-- no es sólo una crisis de régimen político; es también la crisis de un régimen social, la bancarrota de la oligarquía dominante..." (Después de Franco, ¿qué?, p. 90.)

Por eso, añade S. Carrillo,

> "En España, la imposibilidad de estabilizar un régimen de democracia política y de dominio oligárquico efectivo surgirá con suma rapidez..." (Id. p. 97.)

Puesto que la caída del franquismo será también la caída del poder político de las clases dominantes --identificadas por ellos con la reducida oligarquía financiera y terrateniente--, vale la pena hacer todos los sacrificios para acelerar como sea esta caída, ya que, razonan, luego el poder nos vendrá a las manos.

Ahí radica la clave teórica del problema. El análisis revisionista del Estado franquista y de la correlación de clases en España es radicalmente falso, como hemos tenido ocasión de ver. Luego, la crisis del franquismo no es la crisis que conciben los dirigentes revisionistas. Y cada concesión, cada renuncia, cada garantía ofrecida a las clases dominantes es un arma más que se pone en sus manos para consolidar su situación ahora y después del franquismo y para frustrar el avance del movimiento obrero y popular.

De este modo,se afronta el momento decisivo de la crisis de la forma franquista de Estado en condiciones desfavorables para la clase obrera y para las demás clases populares, dejando un margen de maniobra exorbitante a las clases dominantes y no preparando al movimiento obrero y popular con las formas de organización y los mecanismos políticos necesarios para convertir de verdad la crisis del franquismo en el comienzo de la crisis del Estado capitalista en España.

---

## 4. LA HUELGA GENERAL POLÍTICA Y LA HUELGA NACIONAL.

Una clara demostración de lo que decimos es la forma en que los dirigentes del PCE conciben el movimiento de masas para provocar la caída del franquismo. Como es sabido, para ellos la expresión concreta de este movimiento de masas, una vez esté clara la alternativa democrática del "pacto para la libertad", será la Huelga Nacional, precedida y preparada por la Huelga General Política.

De hecho, ambas consignas se empezaron a plantear en 1959, ligándolas siempre con la perspectiva inminente de la caída del franquismo. Su raiz se encuentra también en el análisis que los dirigentes del PCE hacen de la estructura del capitalismo español y del Estado franquista. La Huelga Nacional es algo así como la válvula de escape de la tremenda caldera de presión que es la sociedad española, la válvula que permitirá dar una salida ordenada a todo el vapor acumulado para meterlo en una caldera nueva y más ancha, tras de aban-

donar la actual por inservible, aunque, eso sí, recuperando buena parte de sus materiales.

En sus primeros planteamientos, los dirigentes del PCE presentaban la huelga general política y la huelga nacional como la confluencia final de todas las luchas políticas y económicas, de todas las formas del movimiento de masas. Según la declaración del C.E. del PCE de junio de 1964, estas luchas

"...irán en progreso constante hasta que habiendo logrado un cierto nivel, en una coyuntura favorable, desborden la resistencia del régimen y culminen en la huelga general."

Se trata, pues, de la acumulación mecánica de las diversas luchas. Dado el carácter explosivo de la situación, éstas acaban desbordando "la resistencia del régimen" y dan paso a la huelga nacional, la cual acabará definitivamente con la dictadüra. La huelga nacional es, pues, sinónimo de levantamiento popular y al principio los dirigentes del PCE consideraban incluso que la lucha armada desempeñaría en ella un cierto papel (ver, por ejemplo, el Informe al Pleno del C.C. del PCE de 1961).

En documentos ulteriores se fue precisando el carácter de la consigna, aunque siempre ligándola a la perspectiva <u>inminente</u> del derrocamiento de la dictadura y sin dejar de mantener el carácter mecánico, acumulativo, de la misma.

En <u>Después de Franco, ¿qué?</u> (1965), S.Carrillo da una visión muy gráfica de la huelga nacional. Tras de reconocer que "efectivamente, no es una consigna a corto plazo", escribe:

"A través de los arroyos y riachuelos de las manifestaciones, las huelgas y otras protestas parciales, hay que engrosar el gran torrente de la huelga general política, de la huelga nacional que barrerá al régimen de la dictadura. Ninguna dificultad momentánea debería llevar a los comunistas a perder esta perspectiva, perspectiva que, por otro lado, <u>puede concretarse en un plazo próximo</u>..." (p. 169.)

El esquema es, pues, claro. Tenemos un capitalismo monopolista raquítico, artificial y parasitario; un Estado franquista aislado, abandonado por todos y en plena descomposición; una sociedad convertida en verdadera caldera de presión a punto de estallar. Las múltiples luchas aisladas de la clase obrera coincidirán en una sóla y todo el edificio franquista vacilará. Las demás clases se unirán entonces a los trabajadores y el Estado podrido del capitalismo parasitario se hundirá, abriendo paso a la democracia política y social. Así, para S, Carrillo,

"... la huelga nacional podría tomar la forma de un movimiento coordinado del pueblo y del ejército para abolir la dictadura." (<u>Después de Franco, ¿qué?</u>, p. 87.)

Por consiguiente, en 1965, S,Carrillo consideraba que en un plazo próximo podía tener lugar un movimiento popular que, con la ayuda del ejército, sería capaz de destruir el Estado franquista, el único Estado con que podía operar --según él-- la oligarquía financiera y terrateniente. El ejército se convertía, pues, en una fuerza decisiva para terminar con el poder político del capital monopo-

lista español y abrir el camino a una democracia política y social que llevará directa y gradualmente al socialismo.

Con esta perspectiva, la huelga nacional era concebida como una "salida a la calle" del "pueblo unánime", es decir, de las fuerzas del trabajo y de la cultura, apoyadas por la burguesía no monopolista y por sectores de la oligarquía apartados del franquismo:

> "La alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura --escribía S.Carrillo-- dará en tierra con la dictadura franquista. Para esta tarea necesita conquistar el apoyo de las fuerzas de la burguesía no monopolista, de todos los círculos que se percatan del anacronismo y la nocividad del actual régimen. El camino para culminar esta tarea de importancia histórica viene determinado por todos los antecedentes de la alianza que está siendo forjada en las huelgas, manifestaciones y protestas de masas; es el camino de la huelga nacional, la creación de las condiciones para que el pueblo, unánime y decidido, salga a la calle a conquistar la libertad." (Id. id. p. 92.)

Y para que no quedasen dudas sobre el carácter de la consigna, más adelante recalcaba:

> "La necesidad de una huelga nacional, de una gran demostración cívica de la nación española entera contra el fascismo de los ultras, es más urgente que nunca." (Id. p. 199.)

La huelga nacional, preparada por la huelga general política de las fuerzas del trabajo y de la cultura es, pues, el levantamiento pacífico de todas las clases de la sociedad, apoyadas por el ejército, para dar el empujón final al carcomido edificio de la dictadura.

En La lucha por el socialismo hoy (1969), S.Carrillo resume el concepto con estas palabras:

> "Caracterizando la huelga nacional, habíamos dicho que ésta era: la huelga general política de los trabajadores, más la paralización de las actividades en el campo, más el cierre de Universidades e Institutos, más la acción de colegios y organismos profesionales, más el cierre de los comercios e industrias de la pequeña y mediana burguesía, más el paro de los funcionarios; es decir, la unión en la lucha de todas las capas antifranquistas y antimonopolistas para paralizar totalmente el país, y con la paralización del país, la conquista de la calle, la fraternización con las Fuerzas Armadas, provocando el colapso del Estado franquista y abriendo paso a su reemplazamiento por un nuevo poder apoyado en el pueblo. Habíamos previsto que el pueblo en la calle tendría en ciertos casos que afrontar y vencer por la violencia los focos de resistencia promovidos por el régimen. Es decir, previendo formas menos violentas que la guerra civil, no excluíamos incluso la posibilidad de enfrentamientos parciales armados. Por eso hemos saludado y más que saludado, impulsado y fomentado, la respuesta enérgica a las fuerzas de represión en las acciones de masa con las que consideramos se preparan las condiciones para la huelga nacional. En

esa perspectiva, hemos diferenciado deliberadamente la huelga general política de la huelga nacional y hemos visto la primera como el camino de desencadenar y promover la segunda." (p. 33.)

Pero entonces S. Carrillo da un salto sorprendente y convierte la huelga nacional en otra cosa, en la fórmula mágica para pasar al socialismo sin violencia ni insurreción:

> "Pero el pujante movimiento obrero y popular que ha sacudido a Francia en las fechas indicadas (mayo de 1968) acaba de perfilar, de dar mayor claridad a la perspectiva de la huelga nacional, como camino para lograr, combinado con otras formas de acción y de lucha --por ejemplo, las electorales y parlamentarias-- la transformación radical de la sociedad en los países desarrollados." (Id. p. 34.)

Y dado que, como ya vimos, para S. Carrillo el Estado capitalista actual "... está tan tecnificado que depende menos de la voluntad de un grupo de políticos y de jefes militares o policíacos resueltos a reprimir que del personal que prácticamente maneja esos rodajes y puede determinar su funcionamiento o su paralización" (id. p. 36), la conclusión del secretario general del PCE es:

> "El ejemplo francés ha demostrado que ese camino de la huelga nacional puede hacer innecesaria la insurrección en las formas clásicas conocidas." (Id. p. 37.)

Así aparece cada vez más claro --para él-- el camino pacífico de paso al socialismo, basado en la combinación de la huelga nacional con las formas electorales y parlamentarias y hasta con un cierto grado de violencia "... de la que no deben excluirse, incluso, las barricadas". (Id. p. 38.)

La huelga nacional, como vía no insurreccional de paso al socialismo es, por lo tanto, una adquisición teórica decisiva:

> "La fórmula de la huelga nacional --concluye S.Carrillo-- como el medio de lograr una transformación radical de la sociedad en los países desarrollados y en desarrollo, es una de las adquisiciones que el movimiento comunista debe asimilar y elaborar en el momento presente." (Id. p.38-39.)

Nos encontramos, pues, ante una considerable confusión teórica, confusión que se agrava en documentos ulteriores. Así, en el informe de E.Borrás sobre el segundo punto del orden del día del VI Pleno Ampliado del CC del PSUC (sept. 1971) leemos:

> "La huelga general sería la respuesta más eficaz al plan de la oligarquía para instalar a Juan Carlos al frente del Estado, la acción más apropiada para desbaratar la maniobra continuista del gobierno opusfranquista (...) Con la huelga general, la clase obrera se afirmará como la fuerza hegemónica y dirigente de todo el pueblo, impulsará el proceso de lucha de las masas, incidirá decisivamente en la concreción de la alternativa democrática e impulsará al combate las fuerzas más amplias que harán posible la huelga nacional para liquidar la dictadura, para conseguir la libertad y

la democracia necesarias para la marcha posterior hacia el socialismo."

Es decir, se vuelve a la concepción primera, pasando por alto la"decisiva aportación" de S.Carrillo en La lucha por el socialismo hoy. La perspectiva, además, está muy próxima, pues como se dice en la resolución del CC del PSUC de septiembre de 1970, Hagamos converger en un sólo torrente todas las fuerzas que se oponen a la dictadura, no sólo nos hemos acercado mucho a la huelga general, sino que se esbozan ya los rasgos de la huelga nacional (obsérvese de paso la persistente imagen de los riachuelos que convergen en un torrente, que traduce una concepción mecanicista de la huelga general y de la huelga nacional).

Todo esto es resumido por I.Bruguera, otro de los dirigentes del PSUC. Tras definir la ocupación de SEAT el 18 de octubre como "momento clave en el avance hacia la realización de la huelga general política, hacia su organización de masas", escribe:

"Avance extraordinario en la conciencia de las masas sobre la necesidad y la posibilidad del cambio político hoy que ha de significar la liquidación de la dictadura (y de sus intentos continuistas) y la apertura de un proceso que, con la construcción de la democracia política y económica, nos ha de llevar al socialismo en España, y avance extraordinario de las formas de lucha de masas que han de imponer ese cambio: la huelga general política de la clase obrera, junto con la huelga nacional del conjunto de la población, unidas a la unitaria elaboración de una alternativa política en la actual situación, la ruptura democrática, plasmada en el pacto para la libertad. (En el camino de la huelga general política, p. 3.)

Este párrafo, que tiene la virtud de resumir todos los planteamientos tácticos y estratégicos del PCE no disipa, sin embargo, la confusión. En todo caso, está claro que se vuelve a prescindir del concepto de huelga nacional definido por S.Carrillo en La lucha por el socialismo hoy. Pero, además, en la medida en que la huelga general y la huelga nacional se ligan con la perspectiva del pacto para la libertad --y ahí está realmente la clave de la cuestión-- es indudable que el camino que parecen abrir hacia la democracia política y social y el socialismo es falso, porque de él se escamotea un obstáculo absolutamente decisivo: la fase del gobierno provisional salido, precisamente, del pacto para la libertad.

La confusión se agrava al hablar de la inminencia de la huelga general política. De hecho, en el citado texto de I. Bruguera se tiende, incluso, a confundir el concepto de huelga general política con el de huelga nacional. Así, leemos:

"De hecho, en la huelga general lo fundamental, precisamente, para generalizar la lucha y ocupar los centros del poder político, será la salida masiva de los trabajadores, de toda la población, a la calle." (Id. id. p. 11.)

Y más adelante:

"En la huelga general política los objetivos políticos (de liquidación del fascismo) deberán ser plenamente conscientes, al menos en la vanguardia de masas, en los centros fundamentales, que iniciarán e impulsarán el proceso de lucha." (id. p. 26.)

Así pues, tenemos, por lo menos, tres versiones distintas:

1ª. La huelga general política como culminación mecánica y cuantitativa de las diversas acciones parciales, que prepara el terreno para la huelga nacional; ésta es el medio ideoneo para derribar pacíficamente el franquismo.

2º. La huelga general política es "la salida masiva de los trabajadores, de toda la población a la calle" para "ocupar los centros del poder político" (I.Bruguera, ob. cit. p. 11). Es decir, la huelga general política se confunde con la huelga nacional, pues la salida de toda la población a la calle para ocupar los centros del poder político es, ni más ni menos, el derrocamiento del Estado franquista y el comienzo de la democracia política y social, según la definen los dirigentes del PCE.

3ª. La huelga nacional es la vía idónea para derrocar el Estado capitalista y pasar pacíficamente al socialismo sin insurrección.

Como se ve, resulta enormemente difícil saber qué entienden los dirigentes del PCE por huelga general política y por huelga nacional. Pero es evidente que este ovillo tiene su hilo, un hilo que no resulta tan difícil de encontrar si ligamos todo lo dicho con otros elementos del análisis revisionista.

En efecto, las consignas de huelga general política y de huelga nacional son inseparables de otras, como las del "pacto para la libertad", la de la "democracia política y social" y la de la "vía pacífica al socialismo". Dado el actual nivel de organización de unidad y de coordinación de la clase obrera y el movimiento popular, las consignas de huelga general política del PCE sólo pueden significar una forma de designación verbal y, por lo tanto, no ajustada a la realidad de la lucha efectiva de la clase obrera y de las demás clases populares. Es una forma, además, de escamotear los problemas reales de la organización y la unidad del movimiento obrero y popular.

Frente a estos problemas, el PCE viene a decir: "Todo lo que hay, todo lo que se hace, sea lo que sea, venga de donde venga, ya vale. Basta con acumular más cosas, más acciones --más riachuelos-- para desembocar en un movimiento general que permitirá la toma del poder por las fuerzas aliadas en el"pacto para la libertad".

Si tenemos en cuenta todo lo dicho sobre este pacto, queda más claro aún el presupuesto fundamental del mismo: la subordinación efectiva del movimiento obrero y popular a los intereses superiores de las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas. En efecto, la participación que se reserva al movimiento obrero y popular es la simple acumulación cuantitativa de las luchas en curso, sin que esta acumulación vaya más allá del marco definido por el "pacto para la libertad".

La consigna de huelga general no es en sí misma, ni mucho menos, una consigna revisionista. Depende del contexto y de la forma

en que se plantee. En una fase como la actual, cuando estamos en plena reconstrucción de las organizaciones de masas y de la vanguardia política del movimiento obrero, lo que importa es trazar objetivos realizables que hagan avanzar este proceso. Así, la organización de jornadas generales de lucha puede ser una forma adecuada de romper el aislamiento de las diversas luchas del proletariado y de aumentar el nivel de organización y de conciencia de éste. La huelga general puede y debe ser la resultante de este proceso. Pero si se plantea al margen del mismo, como la culminación mecánica y cuantitativa de las actuales luchas parciales, en el marco de una política general definida por el "pacto para la libertad", sólo puede ser una consigna artificial que resuelve el problema en el plano verbal, pero no en el plano político real. Nada lo demuestra mejor que el hecho de que se venga planteando como perspectiva inmediata del movimiento obrero y popular desde hace más de trece años sin que se haya convertido en realidad en ningún momento. Esto no sería grave si la consigna tuviese un carácter estratégico, pero cuando se plantea como consigna táctica su incumplimiento en un plazo tan dilatado sólo puede deberse a un motivo: que no responde a la situación real del movimiento obrero y popular. Y si no responde es por algo: porque la verdadera línea política del PCE es otra, es la línea del "pacto para la libertad".

Otros elementos teóricos abonan lo que decimos. Entre ellos, el que los dirigentes del PCE designan con el nombre de "zonas de libertad".

## 5. LAS "ZONAS DE LIBERTAD".

En su obra Libertad y socialismo, S.Carrillo define las llamadas "zonas de libertad" con bastante claridad, aunque también con mucha demagogia, todo hay que decirlo.

> "No es verdad que el franquismo se liberalice --escribe--. Lo que presenciamos son los resultados de la orientación a salir a la superficie. Es decir, de crear en la realidad, frente a las instituciones y a la legalidad franquista, que subsisten formalmente como eran, zonas de libertad en las que la batalla contra el régimen se plantee desde un terreno sólido y concreto. En cierto modo se trata de levantar, frente al poder del Estado franquista, bases que pudiéramos llamar de poder y de lucha democrática; de extender y desarrollar estas zonas comiéndole el terreno al régimen. Hasta la experiencia española podía pensarse que frente a un poder fascista, apoyado en un aparato policiaco-militar, esas bases sólo podían lograrse por la lucha militar, liberando zonas geográficas. La experiencia española ha mostrado que esas bases también pueden crearse en determinadas circunstancias por medio de la lucha política revolucionaria de masas (...).
>
> Cierto que ninguna de esas zonas de libertad son conquistas definitivas; que unas y otras pueden ser puestas en entredicho. En un momento dado, las conquistas logradas en una empresa, en una localidad, en una rama profesional o en una

Universidad pueden perderse momentáneamente como consecuencia de la represión policial y patronal. Pero si una de estas zonas desaparece en un lugar, reaparece luego en otro antes paralizado. En conjunto, las zonas de libertad se van extendiendo y ampliando. Ahí están Granada y Yecla y el "Metro" de Madrid afirmándolo. La táctica de la lucha revolucionaria de masas en esta situación tiene mucha semejanza con la táctica de la lucha guerrillera.

A medida que las zonas de libertad se van extendiendo en la geografía políticosocial del país, la situación del régimen se torna más apurada. Las masas comprueban en su práctica que es posible vivir de otra forma, que pueden jugar un papel social y político activo que el franquismo les niega. Cunde el ejemplo. Las fuerzas del régimen se sienten acosadas. Parte de ellas comprenden que no se puede seguir gobernando de la misma forma y se distancian del poder. El régimen se presenta cada vez más débil, más impotente para oponerse a este proceso" (pp. 55-56).

Es fácil comprobar que este concepto de las "zonas de libertad" es la transposición mecánica, la generalización gratuita de experiencias como la del Sindicato Democrático de Estudiantes, hoy completamente superadas. Más todavía: muchos opusdeístas y reformistas del gobierno franquista y de la Universidad suspiran hoy por no haber sabido aprovechar la oportunidad del SDE. Quiere esto decir que la experiencia del SDE, que en su momento significó un paso adelante, pero que encontró muy pronto sus límites infranqueables, es una experiencia perfectamente recuperable por el reformismo de algunos sectores del propio bloque dominante y, sobre todo, es una experiencia hoy día inviable como forma de lucha contra el franquismo.

La consigna de "zonas de libertad" es, por consiguiente, una consigna que se inscribe perfectamente en la línea gradualista, reformista del "pacto para la libertad" y se basa en la falsa premisa de que es posible conseguir paso a paso la instauración de un "nuevo poder" paralelo al poder franquista y capaz de desplazarlo en un momento determinado.

La teoría de las "zonas de libertad" es, seguramente, una de las más significativas del planteamiento revisionista y, a la vez, una de las más peligrosas parael movimiento obrero, porque siembra falsas ilusiones y tiene resultados nefastos en la práctica. La catástrofe de Comisiones Obreras en 1968 se explica en gran parte por esto. La consigna de "salir a la superficie", válida frente al ultraclandestinismo de los izquierdistas, pero tremendamente ambigua en sí misma, adquiere su pleno significado cuando se liga con el concepto de "zonas de libertad".

El resultado es una práctica política y organizativa absolutamente errónea que lleva a los militantes a descabezarse contra un aparato represivo todavía sólido. Repetimos que la alternativa a todo esto no es el refugio en el ultraclandestinismo, que aísla a los militantes de las masas. Pero entre el ultraclandestinismo de los grupos izquierdistas y el aperturismo sin principios ni fronteras del revisionismo media una ancha distancia: la distancia ocupada por la teoría leninista del partido y de las organizaciones de masas en las condiciones de un régimen dictatorial en crisis, con muchas contradicciones internas que se deben aprovechar, pero con un aparato represivo que todavía funciona. Las experiencias de"zonas de libertad" son experiencias de tipo democrático que chocan con el aparato represivo y ante él se detienen. Por eso los dirigentes revisionistas se ven obligados a inventar una supuesta crisis radical de ese aparato represivo y hablan de la "quiebra del Estado policiaco", de la"división de las fuerzas armadas", etc. (pese a reconocer, dicho sea de paso, que "... es muy difícil saber qué ha pasado exactamente en el interior de las Fuerzas Armadas". Véase S. Carrillo, La lucha por el socialismo hoy, p. 35).

Para situar plenamente la consigna de las "zonas de libertad" y de las otras consignas tácticas del PCE hay que completar el cuadro con otro de los puntos fundamentales de esa táctica: el gobierno provisional y la cuestión de la República.

## 6.

## EL GOBIERNO PROVISIONAL Y LA CUESTIÓN DE LA REPÚBLICA.

Como es sabido, los dirigentes del PCE proclaman una y otra vez que ellos son partidarios de la República, pero que la lucha por la República no debe plantearse desde ahora, sino que la cuestión del régimen debe dejarse para un segundo momento, una vez derribado el franquismo.

En efecto, entre las condiciones mínimas del "pacto para la libertad" figura ~~siempre el~~ establecimiento de un gobierno provisional de amplia coalición que decrete la amnistía y las libertades fundamentales, y convoque elecciones constituyentes para que el pueblo decida qué desea, monarquía o república. Los dirigentes del PCE afirman que, en este caso, ellos defenderán la República y harán campaña por ella, pero que si el pueblo vota por la monarquía, acatarán la voluntad popular y seguirán luchando en las nuevas condiciones.

¿Qué es lo que hay en el fondo de este planteamiento? Lo que hay es un puro oportunismo, una renuncia a plantear la cuestión del régimen para conseguir que el "pacto para la libertad" abarque el mayor número posible de fuerzas burguesas. Esto se vio muy claramente, por ejemplo, en la Asamblea de Cataluña, cuando se dejó en la mayor indeterminación la cuestión clave de la salida democrática, para no enajenarse la participación de unos cuantos monárquicos.

Pero hay más que esto; hay un deseo no explicitado de jugar dos cartas a la vez, la de la república y la de la monarquía constitucional. Cuando A. Garrigós, por ejemplo, escribe:

> "Hay que denunciar constantemente el intento subrepticio de colocar a este príncipe (Juan Carlos) al margen de la voluntad popular" (Informe citado al VI Pleno Ampliado del CC del PSUC),

está diciendo, en el fondo, que el PCE podría llegar a aceptarlo si lo aceptase la"voluntad popular", es decir, si la monarquía juancarlista ganase -como puede ganar perfectamente- un referéndum.

El PCE no plantea tanto la cuestión del régimen como la de que el régimen se fije mediante elecciones. Esto, en principio, puede ser correcto, siempre y cuando la forma que se propicie para llegar a estas elecciones sea la más favorable para la clase obrera y ~~el movimiento~~ popular. Si no es así, si la táctica propuesta deja al adversario un gran margen de maniobra y le permite incluso llegar a esas elecciones con las palancas principales del poder en sus manos -puesto que el PCE ni siquiera plantea como cuestión principal su participación en el gobierno provisional- entonces el recurso sine qua non a las elecciones puede constituir una verdadera trampa, un verdadero engaño.

De hecho, cuando el PCE denuncia el intento de imponer la monarquía de Juan Carlos lo hace con una fórmula que abona lo que decimos. Esta fórmula es "No a la monarquía continuista". Es decir, para los dirigentes del PCE la monarquía de Juan Carlos sería la pura y simple continuación de lo existente. Y dado que lo existente es una oligarquía superminoritaria y aislada basada en un capitalismo monopolista artificial y parasitario, la monarquía de Juan Carlos sería la pura continuación del poder de esa oligarquía y de sus actuales instrumentos políticos. La monarquía de Juan Carlos sería pues, para los dirigentes del PCE, la simple sustitución de Franco en un Estado que no cambiaría en nada con respecto al actual.

Esto es profundamente erróneo. El intento de instaurar la monarquía de Juan Carlos es eso, pero también mucho más. Es, evidentemente, la fórmula que mejor conviene al bloque dominante y, sobre todo, a su clase hegemónica, la burguesía financiera-industrial. Pero bajo la fórmula de la monarquía se esconden varias posibilidades políticas para ese bloque dominante. La prueba es que hoy todos sus representantes políticos, desde los opusdeístas que están en el poder hasta los liberales tipo Areilza, los falangistas tipo Fraga Iribarne y los opusdeístas que no están en el poder, como Calvo Serer, todos juegan la carta de la monarquía de Juan Carlos.

Esa monarquía no será, pues, la simple continuación de lo existente. Es cierto que algunos sólo la ven como eso, como una pura continuación. Pero esos algunos -los Carrero Blanco, los Blas piñar, etc.- no son precisamente los hombres en quienes más confían las clases dominantes para asegurar su futuro político. En cambio, para la mayoría de los restantes re-

presentantes políticos, actuales o futuros, de dichas clases dominantes la consolidación de la monarquía de Juan Carlos es la garantía de que podrán asegurar mejor la estabilidad del bloque dominante, hoy tan comprometida por la rigidez del franquismo.

En consecuencia, dejar en segundo término la cuestión de la monarquía, abrir la puerta a un posible reconocimiento de la misma por la vía plebiscitaria es hacer el juego a estos sectores del bloque dominante, es darles un respiro, es ampliar sus bases de maniobra. O, para decirlo de otro modo, es reducir las posibilidades políticas del movimiento obrero y popular.

Y que no se nos diga que un partido revolucionario debe saber jugar todas las cartas, porque esto, que en principio es cierto, deja de serlo o no según la coyuntura. Los comunistas no podemos excluir la posibilidad de que nos impongan la monarquía juancarlista. Y será entonces cuando se planteará la cuestión de trabajar o no en su marco y de adaptarse incluso al mismo, propiciando su ampliación en forma de monarquía constitucional. Lo que no podemos hacer hoy, cuando el bloque dominante no tiene más salida que imponer la monarquía juancarlista para consolidar su dominación y su equilibrio -hoy comprometidos-, lo que no podemos hacer es jugar dos cartas a la vez y decir: estamos por la república pero también aceptaríamos una monarquía -vuestra monarquía- si conseguís imponerla por vía electoral.

Pero es esto, precisamente, lo que aclara de una manera a nuestro entender definitiva el carácter revisionista de la táctica del PCE. A la vista de los elementos que hemos examinado, podemos intentar ya una síntesis de la misma.

## 7. EL CARÁCTER REVISIONISTA DE LA ESTRATEGIA Y DE LA TÁCTICA DEL PCE.

Como hemos visto, para los dirigentes del PCE el Estado franquista, la única forma de Estado con que puede operar la maltrecha y aislada oligarquía financiera y terrateniente, está en crisis total. Nos encontramos -dicen- ante un vacío político que hay que rellenar.

¿Cómo hacerlo? Propiciando un pacto, un compromiso político con las más diversas fuerzas burguesas. La base mínima de este compromiso es el establecimiento de un gobierno provisional que no se declare ni monárquico ni republicano, que dé la amnistía, proclame las libertades políticas fundamentales y convoque elecciones constituyentes para que el pueblo decida si quiere monarquía o república. El PCE se compromete a apoyar ese gobierno -si cumple lo pactado-, aunque no participe en él, y se compromete también a respetar el marco democrático fijado.

El PCE se compromete a algo más, a no forzar las cosas, a no propiciar acciones violentas de la clase obrera -en la medida que pueda controlarla, claro está-, a no plantear reivindicaciones de fondo y a dejar en segundo la decisiva cuestión de la monarquía o la república. Además acepta que sea el gobierno provisional -es decir, un gobierno que por definición seguirá siendo un gobierno de las clases del bloque dominante- quien convoque y lleve a cabo las elecciones para decidir la cuestión del régimen. Lo único que reclama es libertad de propaganda para hacer campaña a favor de la República.

Para presionar a las fuerzas de la burguesía, que no acaban de aceptar la propuesta de "pacto para la libertad", el PCE propicia una movilización de masas que se concreta en la conquista paulatina de "zonas de libertad" y que culmina en la huelga general política y en la huelga nacional. En principio, la huelga general política es la confluencia cuantitativa de todas las acciones y protestas de la clase obrera y del movimiento popular -ampliado por el PCE hasta límites irreconocibles con el nombre de Alianza de las Fuerzas Del Trabajo y de la Cultura-. La huelga general política prepara el terreno para que se sumen a la acción laburguesía no monopolista, ciertos sectores de la propia oligarquía y los aparatos del Estado -el Ejército, la burocracia administrativa, la Iglesia, etc.- y todos juntos lancen una acción en forma de levantamiento pacífico, la huelga nacional, que provoque el derrocamiento del régimen y la instauración del gobierno provisional..

Entonces se abrirá la etapa de la "verdadera democracia" y se pasará a la "democracia política y social", que es la concreción de la etapa democrático-burguesa y tiene un contenido "antifeudal y antimonopolista". De forma gradual y pacífica, gracias al desarrollo de las fuerzas productivas, esa democracia "política y social" se convierte en socialismo.

Es fácil ver las enormes implicaciones estratégicas de este planteamiento táctico. Dado que, según hemos visto, el movimiento de masas sólo se pondrá en marcha realmente -al decir de los dirigentes del PCE- cuando tenga clara la alternativa del "pacto para la libertad", el acento se pone en la consecución de este último y el movimiento de masas se ve como un gran elemento externo de presión para que las renuentes fuerzas pequeño-burguesas y burguesas acepten los planteamientos del PCE.

Por eso las consignas específicamente referidas al movimiento de masas experimentan variaciones según los avances o retrocesos en la gestación del "pacto para la libertad". Si no hay movimientos de masas, los posibles participantes en el pacto desconfían de la fuerza del PCE y no ven la necesidad de pactar con él. Entonces los dirigentes del PCE se esfuerzan en lanzar acciones, fomentar los focos conflictivos, desarrollar los "movimientos sociopolíticos" de la clase obrera y otros sectores populares.

Así, las mismas consignas de huelga general política y de huelga nacional experimentan variaciones según la coyuntura y según el tipo de lectores a que se dirigen los documentos del PCE. En los documentos más específicamente dirigidos a los trabajadores -como el de I. Bruguera- se carga el acento en la huelga general política como forma suprema de lucha. En los restantes documentos, dirigidos en su mayoría a las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas predomina un planteamiento más pacifista y gradualista, presentando la huelga general política y la huelga nacional como formas no insurreccionales, como demostraciones cívicas para conseguir el derrocamiento de la dictadura y hasta para pasar al socialismo sin desórdenes mayores. Naturalmente, la insistencia mayor o menor en uno de los planteamientos también puede deberse a las tensiones internas en el seno del PCE y a la necesidad de neutralizar a tal o cual tendencia.

En el fondo de todo esto hay una valoración errónea de la correlación efectiva de fuerzas, de la consistencia del bloque dominante y de sus relaciones con el Estado. Dado el análisis que hacen los dirigentes del PCE, poco importa de hecho que se salga del franquismo con un gobierno provisional. Puesto que, según ellos, la oligarquía se apoya en una base artificial y parasitaria y no tiene prácticamente ninguna base de maniobra más allá del franquismo y de su prolongación juancarlista, un gobierno provisional significará -dicen- la derrota total de la oligarquía y la transición imediata al poder de la clase obrera y demás clases populares. En consecuencia, poco importa dar un respiro y dejar márgenes de maniobra a la burguesía, porque es incapaz de consolidar otro tipo de poder que no sea el actual.

Sobre esta base errónea, el PCE ofrece toda clase de compromisos y renuncias, coloca de hecho al movimiento obrero y popular en situación subordinada, carga el acento en el pacto con las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas y maniobra con las formas de lucha, dándoles un contenido u otro según las circunstancias.

Todas estas garantías, todas esas renuncias, todas esas seguridades dadas a las clases dominantes se explican por el afán de asegurar el "pacto para la libertad". Pero las propuestas del PCE son tales que incluso si se consiguiese derrocar al franquismo en la forma que él propone, el poder quedaría en manos del bloque dominante y se perpetuaría la subordinación del proletariado y de las demás clases dominadas. Y los dirigentes del PCE son tan conscientes de ello que incluso juegan ya, desde ahora, la carta de la monarquía constitucional, de la adaptación,al régimen posfranquista,del bloque dominante.

Esta subordinación de la clase obrera y demás clases populares a los intereses de las clases dominantes, através de un partido comunista efectivamente implantado en la clase obrera es, precisamente, la esencia misma del revisionismo, tal como lo hemos definido al principio.

Nosotros no negamos, ni mucho menos, la necesidad de las alianzas tácticas y estratégicas con otras clases. Consideramos indispensable aprovechar la tremenda crisis del Estado franquista para conseguir la confluencia en torno a determinados objetivos tácticos -como la lucha contra la represión, la lucha por las libertades políticas, la solidaridad efectiva con el movimiento obrero, etc.- del mayor número de fuerzas que, por una u otra razón de clase, se sitúan frente al franquismo. Pero esa alianza debe tener por norte dos exigencias fundamentales:

1ª.- Debe hacerse siempre en torno a la clase obrera, consolidando su fuerza, su organización, su unidad, su peso político en la correlación general de fuerzas, haciendo de ella realmente el centro de un vasto movimiento popular. Las alianzas de clase deben subordinarse siempre a este reforzamiento de la clase obrera y no al revés, no hacer de las acciones de la clase obrera un medio de presión para conseguir las alianzas de clase.

2ª.- Debe plantearse muy claramente el objetivo de esta alianza, de modo que favorezca la salida propia de la clase obrera. Por ejemplo, plantear la lucha contra el régimen franquista dejando en la indeterminación la cuestión del régimen que ha de reemplazarlo es colocar como objetivo de la lucha una salida que deja a las clases dominantes más margen de maniobra que al proletariado. Una perspectiva de lucha como la de la huelga general, válida en principio, debe enfocarse en función de una salida clara para la clase obrera, una salida que en la actual coyuntura, dada la actual correlación de fuerzas, sólo puede ser la anti-monarquía, la República.

## 8. EL PCE Y EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO

El análisis que acabamos de hacer no agota, ni mucho menos, todos los aspectos de la línea revisionista del PCE. Por ejemplo, sólo hemos tocado de refilón la importantísima cuestión del internacionalismo proletario y de la posición del PCE en el seno del movimiento comunista internacional. A reserva de un análisis más extenso de esta cuestión, diremos que la consolidación de las posiciones revisionistas del PCE en la lucha de clases en España ha acelerado también sus posiciones oportunistas en las relaciones internacionales.

De hecho, una de las causas principales de la involución revisionista del PCE ha sido históricamente su dependencia política e ideológica del PC de la Unión Soviética. A medida que, bajo la dirección de Stalin, se reconstituyó en la URSS una nueva sociedad de clases, el PCUS se transformó de organización revolucionaria en organización que camuflama el dominio de la nueva burguesía soviética e impedía por la violencia la reconstitución de una nueva vanguardia revolucionaria del proletariado soviético. Este proceso no ha hecho más que acelerarse y consolidarse después del XX Congreso del PCUS en 1956, bajo la dirección de Jruschov, primero, y de Brezhnev después. Y dada la total depen-dencia política e ideológica del PCE respecto al PCUS, la línea revisionista de este último se reflejó de manera inmediata en las posiciones políticas y organizativas del primero.

Hablar de la Unión Soviética actual como un Estado socialista es cometer un grave error teórico y político. Las divergencias entre el PCUS y el PC chino no son divergencias coyunturales entre dos potencias movidas por no se sabe qué misteriosa"razón de Estado", sino ruptura radical entre una línea comunista y proletaria, la del PC de China, y una línea burguesa e imperialista -social-imperialista más exactamente-, la del PCUS.

En estas condiciones, la línea de conducta del PCE ha sido y es de un oportunismo sin principios. Al manifestarse públicamente las diferencias entre el PCUS y el PC chino, el PCE siguió fiel a su dependencia política e ideológica respecto al primero, hizo suyos todos los argumentos antichinos de la propaganda soviética y occidental y añadió otros de cosecha propia, no menos venenosos y antimarxistas. Los ataques de Santiago Carrillo y demás dirigentes del PCE al PC chino fueron in crescendo hasta alcanzar un grado de verdadera brutalidad en 1967-1968, en pleno desarrollo de la gran experiencia revolucionaria de la Revolución Cultural.

La invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas y de otros países pretendidamente socialistas provocó en los dirigentes del PCE un cambio radical de actitud, hasta llegar a la condena abierta de la invasión y al progresivo abandono de las invectivas contra los camaradas chinos.

La causa de ello es evidente. Si los dirigentes del PCE vieron en el XX Congreso del PCUS y en toda la línea de Jruschov y Brezhnev una apotación positiva es porque, de hecho, reforzaba sus propias posiciones pacifistas y gradualistas y su táctica de alianza con las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas en España. El XX Congreso no fue la modificación radical

de la línea de construcción del socialismo seguida hasta entonces en la URSS bajo la dirección de Stalin, sino la continuación lógica de esa misma línea. En la medida que se afirmaba la dominación de la nueva burguesía de Estado soviética y que los mecanismos de gestión y de planificación de la economía se acercaban cada vez más a los de la sociedad capitalista occidental, el "modelo" soviético aparecía cada vez más presentable de cara a la propia burguesía española.

Toda la estrategia gradualista y pacifista del PCE encontraba su justificación última en ese modelo, que difería muy poco de las propias perspectivas de los sectores más "dinámicos", más "tecnócratas" del bloque dominante español, es decir, de las perspectivas del capitalismo monopolista de Estado.

Por eso se trataba de denunciar una vez y otra la "maldad" de Stalin, de explicar las"deformaciones" de éste mediante el recurso al "culto a la personalidad" y de presentar la línea jruschoviana como la garantía de que no se volvería a aquéllo para que las fuerzas burguesas estuviesen tranquilas. Dentro de la misma óptica, se trataba de denunciar con la mayor violencia posible a los revolucionarios chinos, que seguían una línea consecuentemente proletaria y revolucionaria.

La invasión de Checoslovaquia echó por tierra toda esa línea de acción. Los dirigentes del PCE se encontraron entonces ante la alternativa de reafirmar su solidaridad con el PCUS, con lo cual invalidaban gran parte de los esfuerzos realizados para acercarse a las fuerzas burguesas españolas, o condenar la invasión, para seguir desarrollando su línea táctica y estratégica en España.

Pero la condena de la invasión soviética dejaba a los dirigentes del PCE en una situación internacional muy precaria, pues les privaba de parte sustancialísima de sus bases tradicionales de apoyo. Por eso S. Carrillo y demás dirigentes del PCE iniciaron un cambio táctico destinado a consolidar su propia posición. Y ese cambio táctico consistió en apoyarse en aquellos partidos quepor una razón u otra tenían conflictos con el PCUS, fuese cual fuese el carácter de éstos.

Al mismo tiempo, procuraron no llevar su disputa con el PCUS a extremos irreparables, tanto por la debilidad misma de las bases de apoyo ya conseguidas, como para cortar la hierba bajo los pies de los militantes que amenazaban con crear otro partido basado en la fidelidad incondicional a la hegemonía soviética.

Por todo ello, la línea finalmente adoptada ha sido la de promover la unidad del movimiento comunista mundial, reduciendo las divergencias a meros conflictos ocasionales y poniendo en un mismo plano la línea proletaria y revolucionaria y la línea revisionista y socialimperialista.

Se trata, pues, de una unidad meramente formal en la que se quieren dejar de lado todos aquellos elementos que hacen realmente imposible la reconstitución de esa unidad y se carga el acento sobre nociones teóricas puramente reformistas, como la llamada autonomía nacional de cada partido comunista; el policentrismo; la vía nacional al socialismo; la diversidad de las formas de transición al socialismo, etc.

El internacionalismo proletario queda entonces reducido a una mera fórmula verbal. Por eso el PCE puede expresar su solidaridad con experiencias revolucionarias del más diverso tipo y, al mismo tiempo, con experiencias pretendidamente socialistas que son en realidad reformistas y hasta contrarrevolucionarias. Decir que se está al lado de la URSS, de China popular, de Rumania, de Cuba, de Chile, del Vietnam, de los pueblos árabes, de la "primavera" de Praga, del PC francés, del PC italiano, de Angela Davis, etc. al mismo tiempo no es decir absolutamente nada, porque no hay unidad efectuva entre todas esas experiencias.

Lo que ocurre es que al reducir la solidaridad a su mera expresión verbal, los dirigentes del PCE cubren varios frentes a la vez. De cara a los militantes, aparecen como una fuerza política solidaria de los movimientos revolucionarios de todo el mundo. De cara a las fuerzas burguesas, aparecen como un partido respetuoso de la unidad en la diversidad y, por consiguiente, respetuoso de todo género de pluralismo. Y todo esto a un precio relativamente barato, puesto que la solidaridad verbal, precisamente porque no pasa de ser verbal, no les obliga a nada concreto, no les exige ningún tipo de acción política que repercuta sensiblemente en su práctica política interna.

Naturalmente esto sólo puede hacerse evitando cuidadosamente el más mínimo análisis marxista-leninista de las contradicciones del movimiento revolucionario mundial. Para explicar lo que sucede en la URSS recurren a los argumentos lanzados por el PC italiano sobre la falta de correspondencia entre la estructura socialista de la economía y la superestructura jurídico-política, que no es más que la transposición del esquema trotskista del "Estado obrero con degeneración burocrática". Para explicar su acercamiento al PC chino hablan de la necesidad de entenderse con la tendencia triunfante en la revolución cultural -sin entender nada de ésta. Y después de la visita de una delegación del PCE a China dicen que todo les ha parecido muy bien, que China es efectivamente socialista y que hasta ahora vivían engañados. Con lo cual borran la diferencia abismal que hay entre la sociedad socialista china y la sociedad de clases soviética y meten a las dos en un mismo saco, predicando verbalmente su unidad.

Este oportunismo, esta falta absoluta de principios, esta reducción del internacionalismo proletario a mera caricatura para quedar bien con todo el mundo no contribuyen, precisamente, a reforzar la autonomía ideológica y política del proletariado español. De hecho, el único criterio que guía a los dirigentes del PCE es subordinar sus tomas de posición internacionales al supremo objetivo de no asustar a sus aliados burgueses y pequeño-burgueses de España, de presentarse como un partido de diálogo y de apertura, capaz de conciliar todos los extremos y de encajar todas las discrepancias.

Esa actitud absolutamente liberal, que nada tiene que ver con el internacionalismo proletario, ofrece además la ventaja, para los dirigentes del PCE, de que no les obliga a nada. Lo cual, de cara a sus aliados burgueses, es también una garantía, pues equivale a decir: "No temáis, nuestras tomas de posición internacionales no afectarán para nada a nuestras relaciones, porque no nos obligan a ninguna toma de posición concreta en lo que a los problemas españoles se refiere".

De ahí que el programa del PCE reduzca la política internacional propugnada por el partido a unos cuantos principios generales que son perfectamente asimilables por la mayoría de las clases del bloque dominante: mantenimiento de la soberanía nacional, desarme y coexistencia pacífica, oposición a la política de bloques militares, descolonización de los territorios africanos, etc. El único punto de divergencia es, posiblemente, la oposición al ingreso en el Mercado común, argumento dirigido a la pequeña burguesía, clase muy afectada por la integración y que teme por su supervivencia.

Pero incluso esa fricción es perfectamente negociable, como lo demuestra la experiencia de otros partidos (el PC italiano, por ejmplo).
Se trata, pues, de una mera concepción burguesa de la política exterior, guiada por los intereses superiores de la alianza con las fuerzas burguesas y no por los principios de una política internacionalista de clase.

Este aspecto de la estrategia y la táctica del PCE merece, desde luego, un examen más amplio y detallado que ahora no podemos emprender por evidentes razones de espacio. Sirvan, pues, estas notas para situar la cuestión y poner de relieve la ligazón política que existe entre todas las posiciones del PCE, tanto las referidas a la política interna como las relativas a la política internacional. Ligazón lógica que se explica por el carácter revisionista de todas esas posiciones.

+ + + + + + + + + + + + + + +

Llegamos, así, al final de este apartado. Nos queda por abordar otro aspecto de la política del PCE, no menos fundamental: la concepción del partido y de las organizaciones de masas, los criterios utilizados en el reclutamiento de los militantes y las formas de lucha que se propician. Esta es la tarea que vamos a emprender a continuación.

# III. LA CONCEPCIÓN REVISIONISTA DEL PARTIDO Y LAS ORGANIZACIONES DE MASAS

Uno de los aspectos que mejor reflejan el carácter revisionista de un partido es, sin duda, el de la organización. No es casual que la ruptura entre bolcheviques y mencheviques en Rusia se hiciese en torno a la cuestión capital de la estructura y funcionamiento del partido político de la clase obrera. A este respecto, no hay que olvidar que la concepción leninista del partido es una de las principales aportaciones de Lenin y que esta cpncepción no ha sido superada -como pretenden tantos teóricos de salón-, aunque sí ha sido tremendamente adulterada por la práctica de la mayoría de los partidos comunistas tradicionales.

De hecho, las concepciones organizativas de éstos -y muy concretamente las del PCE, como veremos en seguida- no sólo se apartan completamente de la teoría leninista. Con el pretexto de poner al día esta teoría, de adaptarla a las exigencias de la "revolución científica y técnica", los revisionistas actuales vuelven a las concepciones organizativas de los mencheviques rusos y hasta a las de los grandes partidos socialdemócratas de la II Internacional.

En el caso del PCE esto se ve agravado por la mediocridad de sus bases teóricas y el resultado final es un conjunto de principios y de prácticas organizativas que convierten al partido en un verdadero cajón de sastre político.

La fórmula que condensa los principios organizativos del PCE es la del "partido de masas". ¿Qué significa esto en la práctica? Por de pronto, significa el apartamiento de la concepción leninista de vanguardia organizada del proletariado y la adopción del concepto jruschoviano de "partido de todo el pueblo". Por ejemplo, en el Programa del PCE se dice:

> "...En el PCE se agrupan no sólo las fuerzas más avanzadas de la clase obrera, sino también de la intelectualidad, de los campesinos, de las capas medias. Y en el Programa del Partido Comunista no se incluyen solamente las reivindicaciones obreras sino además las reivindicaciones específicas de estas clases y grupos sociales, en los que la clase obrera ve sus aliados naturales". Y en Después de Franco, ¿qué?, S. Carrillo especifica: "El Partido del proletariado, los grupos democráticos, deben saber ayudar a estas clases y capas sociales (la pequeña y la media burguesía, los industriales y comerciantes no monopolistas) a formular sus reivindicaciones democráticas y antimonopolistas y a organizarse para luchar por ellas" (p. 50).

Cierto que no hay que caer en una estrecha concepción obrerista de la composición y las tareas del partido, pero una cosa es que la vanguardia organizada del proletariado tenga que dirigir a éste en las complejas condiciones de la lucha política, propiciando las alianzas de clase que más le acerquen a su objetivo supremo -la toma del poder- y otra es que el partido proclame una vocación interclasista y se plantee como una de sus tareas ayudar a las clases intermedias a organizarse y a llevar a cabo su propia lucha política. De hecho, este planteamiento confunde las alianzas con la fusión interclasista y lleva a la sustitución del proletariado por el concepto general de "pueblo" como núcleo dirigente de las clases dominadas.

En las condiciones del franquismo, la consigna de transformación del partido en "partido de masas" equivale a poner enprimer plano esta vocación interclasista y a fomentar la degeneración teórica y organizativa.

En efecto, el concepto de "partido de masas" se articula en torno a tres grandes ejes: la "salida a la superficie", el reclutamiento indiscriminado de militantes y las formas laxas de organización. Dado que el aparato represivo, por más ilusiones que se hagan los dirigentes del PCE, sigue siendo la columna vertebral del sistema franquista, la consigna de "partido de masas" se traduce en la práctica por una confusión del partido y de las organizaciones de masas y, por tanto, lleva a la imposibilidad práctica de propiciar el desarrollo de éstas. Y en la medida en que las organizaciones de masas no se desarrollan, desaparece la única base efectiva de reclutamiento de militantes y las puertas del partido deben abrirse en otras direcciones, dando entrada a toda clase de "demócratas" pequeño-burgueses y de intelectuales liberales que conviven con verdaderos combatientes obreros en una mezcla sin principios. Veamos todo esto con un poco más de detalle.

## 1. "SALIR A LA SUPERFICIE"

En la base misma de la concepción interclasista del partido está, desde luego, la concepción interclasista de la lucha contra el franquismo. Puesto que la libertad es indivisible, todas las libertades son equivalentes y todos los españoles coinciden en una misma aspiración, sea cual sea su condición de clase.

Pero hay más que eso. En las concepciones organizativas de los dirigentes del PCE se intenta justificar la perspectiva interclasista con una visión extremadamente subjetivista de la situación general del régimen franquista.

Para poder hablar de "partido de masas" se requiere un mínimo de condiciones de libertad de acción. Y si estas condiciones no existen, se inventan. El Comité Ejecutivo del PCE afirma, pues, que

> "Hoy, ni la dictadura ni la represión son lo que fueron" (Resolución del CE del PCE, Por un partido de masas para acelerar la transición hacia la democracia, abril, 1967).

De hecho, aseguran, nos encontramos en "una etapa de transición de la dictadura a la democracia" (Id.,id.) en la que se ha producido ya el hecho decisivo de "... la quiebra del sistema del Estado policiaco" (S. Carrillo, Libertad y socialismo, p. 21). Si esto es así, es lógica su conclusión:

> "Las tareas de organización del partido han de ajustarse al proceso de liquidación de la dictadura y de surgimiento y desarrollo de los gérmenes de la futura democracia" (Resolución Por un partido de masas...). Santiago Carrillo insiste: "Se afirman las fuerzas de la nueva democracia (...). Los partidos políticos de la oposición son ya potencialmente más fuertes y reales que el "movimiento" y las famosas asociaciones del plurimorfismo" (Libertad y socialismo, pp. 10-11).

En consecuencia, ha llegado el momento de salir a la superficie:

> "Hoy ya no se justifica -salvo en casos específicos- que haya comunistas que realicen exclusivamente una labor cerrada, de carácter interno. Cada comunista puede y debe realizar una labor abierta en una u otra rama del movimiento de masas (...). Necesitamos que en cada lugar haya comunistas que merced a su labor en el movimiento de masas sean dirigentes populares que, en un momento dado, puedan asumir públicamente la representación del partido" (Resolución Por un partido de masas...).

El partido, insisten sus dirigentes, ha de superar

> "... todo vestigio de clandestinismo y actuar abiertamente". (Declaración del CC del PSUC de septiembre de 1971: Contra el continuismo. Por un cambio que asegure las libertades democráticas y nacionales a los pueblos de España).

En general, se trata de "ensanchar los límites de la legalidad hasta que se logre imponer la totalidad de los derechos democráticos" (Resolución Por un partido de masas...), de conquistar nuevas "zonas de libertad".

Para Santiago Carrillo, concretamente:

> "Es el momento de dar testimonio de lo que se es, sin amedrentarse, conservando la calma" (Nuevos enfoques..., p. 196).

Y para los dirigentes del PSUC se trata de

> "... salir a la superficie, convertirse en dirigentes conocidos por las masas, seguidos por ellas" (Resolución del CC del PSUC de septiembre de 1970: Hagamos converger en un solo torrente todas las fuerzas que se oponen a la dictadura).

Partiendo de su óptica interclasista, los dirigentes del PCE consideran, pues, que la crisis del franquismo alcanza ya de lleno a su aparato represivo, que éste no puede ya golpear como antes y que, en consecuencia, es preciso salir a la superficie, dar la cara, dar testimonio de la propia condición de comunista, avanzar con las banderas desplegadas

Está claro que en todo esto hay un error de apreciación, una valoración subjetivista de la correlación de fuerzas. Pero hay algo más grave: un intento de forzar las cosas , para obtener un reconocimiento por arriba , un deseo de hacer acto de presencia para ser tenidos en cuenta por las fuerzas de la burguesía. Es lo que dice Santiago Carrillo:

> "El Partido Comunista lucha por ocupar una plaza en la vida pública española, derecho que no niega ni discute, por su parte, a ningún otro partido. Está dispuesto a aceptar las reglas del juego democrático y a desenvolverse en el marco de ellas" (Nuevos enfoques..., p. 194).

Lo cual nos parecería muy bien si no se obtuviese a cambio de abandonar principios organizativos y formas de lucha absolutamente indispensables para hacer avanzar el movimiento obrero y popular.

De hecho, el principal peligro de la consigna de "salir a la superficie" es su tremenda ambigüedad. Frente al ultraclandestinismo de los grupos izquierdistas, que lleva a una separación de las masas, la "salida a la superficie" constituye, indudablemente un paso adelante. En este sentido, nosotros somos los primeros adversarios del ultraclandestinismo de los grupos izquierdistas, que es, en el fondo, un rasgo de infantilismo pequeño-burgués. A él nos hemos opuesto no sólo en teoría, sino también en la práctica, con la aplicación consecuente de la línea de masas en la construcción de Comisiones Obreras y otras organizaciones de masas.

Pero lo que se discute no es esto. Lo que se discute es el significado de esta consigna en el marco global de una política definida por el "pacto para la libertad" y la conquista gradual de "zonas de libertad". La "salida a la superficie" se convierte entonces en una práctica peligrosísima que confunde a los militantes, porque no les enseña a distinguir por donde pasa la línea divisoria.

Se cae entonces en una mezcla indiferenciada de criterios. La "salida a la superficie" se convierte en un culto indiscriminado al legalismo y favorece la práctica del liderismo individual, del testimonio personal, del asambleísmo liberal, de los movimientos espectaculares, de las simples concentraciones, en detrimento de la organización del movimiento de masas y de la formación de verdaderos cuadros comunistas. Los militantes no saben dónde empieza lo legal y dónde lo clandestino, olvidan las reglas fundamentales de la clandestinidad y exponen toda la organización a los golpes de la represión franquista. En vez de cuadros comunistas, se forjan líderes de corte parlamentario o militantes que lo centran todo en dar testimonio personal. Y así se pierden las mejores energías de tantos y tantos luchadores antifranquistas, sin hacer avanzar la organización del movimiento de masas ni aumentar el grado de conciencia política de los trabajadores.

## 2.

## EL RECLUTAMIENTO DE MILITANTES

La línea del "partido de masas" corresponde a toda la concepción interclasista de la crisis del franquismo y, más concretamente, a la política de alianzas por arriba con las demás fuerzas de oposición. Pero en el plano estrictamente organizativo se traduce, además, por una política absolutamente indiscriminada de reclutamiento de militantes.

En general, todos los documentos del PCE-PSUC hablande la necesidad ineludible de ampliar el partido con miles de nuevos militantes. Para ello -agregan- hay que proceder con audacia. Hay que "... reclutar con audacia a miles de nuevos militantes...", dice textualmente la Declaración de septiembre de 1971 del Comité Central del PSUC. Frases como esta se repiten en todos los documentos importantes del partido.

Ahora bien, ¿cómo se traduce esto en la práctica? ¿Qué criterios se utilizan para reclutar a estos "miles de nuevos militantes"? La Declaración del Comité Ejecutivo del PCE, de abril de 1967, Por un partido de masas..., es al respecto muy explícita. Rechazando las concepciones estrechas sobre el reclutamiento y tras afirmar que hay que abrir el partido "... a todos aquellos españoles que aprueban nuestra política, la sostienen y la llevan a las masas de una u otra manera", afirma que no hay que ser un individuo excepcional para ser comunista, sino que basta "...ser un hombre en la más amplia acepción de la palabra"(!!).

Con semejante criterio se borran todas las fronteras: si todo hombre "en la más amplia acepción de la palabra" puede ser militante del partido (curiosa transposición de los eslogans publicitarios más en boga en la televisión española, dicho sea de paso), cualquier persona puede ingresar en el partido, sea cual sea su condición de clase.

En realidad, esta fórmula no hace sino llevar a extremos de caricatura una práctica general de reclutamiento que G. López Raimundo, secretario general del PSUC, ha resumido con estas palabras:

> "Cualquier trabajador honesto, cualquier luchador antifranquista puede ingresar en el PSU" (Intervención-resumen sobre el tercer punto del orden del día del VI Pleno Ampliado del CC del PSUC, p. 88).

Es decir, para reclutar sus militantes, el PCE recurre a criterios ético-humanísticos de carácter pequeño burgués, como la "hombría de bien", la "honestidad", y a criterios políticos tan genéricos como el de "antifranquismo".

Ahora bien, dado que no existe un antifranquismo sino varios, y cada uno de ellos está marcado por un diferente interés de clase, en la práctica esto lleva a admitir en el seno del PCE a toda clase de elementos liberales, demócratas, humanistas, que se mezclan indiscriminadamente con verdaderos comunistas.

Esto no sólo lo admiten, sino que lo explicitan claramente y hasta lo teorizan los dirigentes del PCE:

> "Hoy son también y deben ser considerados como fuerza activa del partido los comunistas que sin militar en ninguna célula se esfuerzan por aplicar nuestra política y juegan un papel eficiente en el nuevo movimiento obrero y en otras formas del movimiento de masas" (Declaración del CE del PCE, Por un partido de masas...).

Y, más adelante:

> "Otra fuerza importante del partido la constituyen sus simpatizantes".

O, también:

> "Ya desde ahora hay que considerar a esos camaradas entre los efectivos del partido" (S. Carrillo, Nuevos enfoques..., p. 189).

Más todavía; esos simpatizantes, estos hombres aislados que se consideran subjetivamente comunistas pueden llegar a ser y son frecuentemente, según afirman los dirigentes del PCE, más activos que los militantes organizados. En Nuevos enfoques a problemas de hoy, por ejemplo, leemos esta sorprendente afirmación de Santiago Carrillo:

"Aunque parezca paradójico, la vida política de muchos camaradas de los que participan en este tipo de movimientos es más activa que la de algunos militantes encuadrados en células del partido, que no participan directamente en aquéllos (se refiere a los movimientos de masas) (p. 189).

De este modo se borra toda línea divisoria entre la militancia regular y organizdda y la militancia individual, dispersa, inorgánica del simple simpatizante. Lo cual equivale no tanto a elevar el nivel de militancia de los no organizados comoa rebajar el de los militantes organizados, hasta reducir el partido a un conglomerado informe de grupos más o menos ligados por el contacto por arriba con los dirigentes.

El partido se escinde así en un partido de dirigentes más o menos unidos y organizados y una masa informe de militantes y simpatizantes que operan mejor o peor según su saber y entender y según las instrucciones recibidas periódicamente desde arriba, sin posibilidad de tener una visión de conjunto de los problemas políticos concretos con que se enfrenta la organización.

Además, los criterios liberales de reclutamiento son especialmente rentables entre sectores intelectuales y pequeño-burgueses, y esto produce una sobrecarga de militantes no obreros que se incorporan por voluntarismo, por impulsos ético-humanísticos y buscan en la militancia más una forma de calmar sus inquietudes y de tener la conciencia tranquila que de hacer avanzar una lucha de masas que ni siquiera comprenden. Cualquiera que conozca de cerca las organizaciones del PCE puede comprobar la presencia en sus filas de una gran proporción de elementos pequeño-burgueses de mentalidad liberal y socialdemócrata que forzosamente dan a la práctica del partido un sentido más y más revisionista.

Junto a ellos hay núcleos de verdaderos comunistas que igualmente ingresarían en el partido aunque los criterios de reclutamiento y militancia fuesen más estrictos. El resultado es una mezcla informe, que se aglutina más en torno a las consignas democráticas y antifranquistas y que tiende más al compromiso formal y por arriba que al desarrollo de una verdadera lucha de masas organizada.

## 3. LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN.

La consecuencia de lo anterior es, evidentemente, la extrema laxitud de las formas de organización:

"Las formas flexibles de organización -escribe I. Bruguera, uno de los dirigentes del PSUC- han de ser tales que permitan a todos los que se sientan comunistas, a los que manifiestan un acuerdo en líneas generales con nuestra política y estén dispuestos a aplicarla en la medida de sus posibilidades, establecer relaciones políticas concretas con el partido" (Informe sobre el tercer punto del orden del día del VI Pleno Ampliado del CC del PSUC, p. 72).

En la práctica, esto significa que hay que dar ingreso en el partido, mediante formas especiales de organización, a personas que, de entrada, no están dispuestas a militar de manera plena y regular.

Por ejemplo, se habla de recuperar a aquéllos que han dejado el partido por "... las dificultades reales para llevar una vida militante regular", a aquéllosque "no comprenden todavía la necesidad de la organización regular", a aquellas personas sobre las que pesa "la represión y todo lo que significa vivir en una situación de fascismo" (Id., id., pp. 71-72).

Estos son, precisamente, los elementos vacilantes que se apartan de la verdadera militancia; pero los dirigentes del PCE no tienen inconveniente en llevar la consigna del "partido de masas" hasta el final, metiendo en él a personas que, por definición, no son militantes.

Con el mismo criterio se propugna la organización de las amas de casa (aun a sabiendas de que realizarán una actividad reducida), adoptando para ellas, incluso, el sistema de la afiliación individual. (Véase la declaración del CE del PCE, Por un partido de masas...).

Igualmente señalan la necesidad de reclutar a los estudiantes y profesionales que "sientan simpatía" por el socialismo y muestren un "marcado interés" en colaborar con la clase obrera, así como a los creyentes que "simpaticen" con la política y la lucha de los comunistas (Id.id.).

Para todos ellos hay que tener prevista la forma de afiliación y de militancia individual que es, por definición, una forma que consagra el aislamiento del militante y borra toda diferencia entre el verdadero militante y el simple simpatizante.

Por lo demás, es evidente que esta práctica de la afiliación individual y del reclutamiento indiscriminado de simpatizantes (ya practicada por los mencheviques rusos y tan duramente fustigada por Lenin porque -como él decía - "no separa lo organizado de lo inorganizado" ) lleva a una diferencia de grado entre los militantes y reduce los deberes de la militancia , pues el militante individual no tiene que llevar una vida orgánica regular.

Lo más grave, sin embargo, es que la práctica de la afiliación individual y de la laxitud en las formas de organización favorece el ingreso masivo de simpatizantes de mentalidad liberal y socialdemócrata. No es casual que el propio S. Carrillo refiera esta práctica organizativa al reclutamiento de intelectuales y aduzca el ingreso de un gran número de ellos como prueba de la bondad del procedimiento:

> "En los últimos años -escribe en Después de Franco, ¿qué?- vinieron a nuestro partido muchos intelectuales y artistas. Si hubiéramos tenido desconfianza hacia los intelectuales no necesitábamos cerrarles las puertas: hubiera bastado con no crear esas condiciones, con someterlos a las mismas reglas de organización que el resto de los militantes" (p. 165).

Es decir, esos intelectuales están en el partido porque no les exigimos que militen; de habérselo exigido, no estarían. Y esto se aduce como un mérito de la organización.

En la práctica, esto significa que -como decíamos- se borran las diferencias entre el militante y el simpatizante, que en el seno del partido se mezclan las organizaciones regulares con las formas organizativas más laxas y que los métodos leninistas de trabajo y de formación de cuadros desaparecen para dejar paso a una mezcla heterogénea de núcleos mal ensamblados desde arriba, con predominio de las consignas y de la propaganda general sobre la verdadera formación marxista-leninista.

Esto hace extremadamente difícil la formación de cuadros y lleva a un rebajamiento del estudio y de la comprensión teórica, rebajamiento que algunos dirigentes del PCE llegan incluso a teorizar cuando dicen que los militantes se forman exclusivamente en la práctica. Cierto que sin práctica la teoría sirve de muy poco y que debe evitarse el peligro de la mera formación libresca. Pero sin formación teórica se cae en el pragmatismo más alicorto y no sólo se incapacita a los militantes para convertirse en verdaderos dirigentes de masas, sino que se acentúa su dependencia respecto a los dirigentes centrales de la organización.

Por ejemplo, en la citada declaración del Comité Ejecutivo del PCE, Por un partido de masas..., se dice:

> "Las formas de organización no constituyen un fin sino un medio para aplicar la política del partido".

¿Qué es entonces el partido? ¿Quién decide la política del partido si las formas de organización de conciben como un mero fin para aplicarla? la respuesta es clara: a un lado están los núcleos de dirección, más o menos estables; al otro, el conjunto inconexo de militantes más o menos organizados y fragmentados, sin más vínculo entre sí que el que aseguran los propios núcleos de dirección.

Con esto se imposibilita una discusión seria de la política general del partido, de sus opciones tácticas u estratégicas. El tipo de militante que se pone como modelo es el del militante "heróico" que da "testimonio" y que no crea problemas de línea política. Y cuando se plantean problemas internos de cierta gravedad, la única forma de resolverlos es vaciando sectores enteros de la organización y esperar que se llenen de nuevo con otros militantes reclutados de la manera que hemos visto.

Pero hay más: con estas formas de organización no sólo se borran las diferencias entre militantes y simpatizantes, sino que también se borra la distinción entre el partido y las organizaciones de masas.

4.
LAS ORGANIZACIONES DE MASAS

En efecto, del principio justo de que los militantes deben ser reclutados a través de la acción de masas, los dirigentes del PCE sacan la conclusión de que basta con destacar en una acción de masas para ser militante del partido. Puesto que cada acción de masas revela una gran cantidad de militantes potenciales -dicen-, "... entonces, sin reparo alguno, proponer el ingreso a los más conscientes y que más se han destacado en el curso de la acción" (Declaración del CE del PCE, Por un partido de masas...).

Esta confusión entre el partido y las organizaciones de masas se comprueba también en formulaciones como la siguiente, referida a la actividad de los "comunistas y amigos del partido" que destacan como líderes del movimiento de masas:

> "Surgen así, en un proceso natural, por la acción consciente del partido y, a la vez, dictado por la práctica y la necesidad, grupos de comunistas que sin ser formalmente comités, ejercen en realidad funciones equivalentes y en torno a los cuales se organizan, sin ninguna rigidez, centenares y miles de otros camaradas" (Id. id.).

Pues bien, dentro de estas formas de organización, que parecen claramente delimitadas como organizaciones de masas, "... debe darse preferencia al estudio de los materiales y orientaciones del Comité Central sobre las cuestiones políticas fundamentales" (Id.id.).

Con esta óptica es evidente que desaparece toda diferencia entre el partido y las organizaciones de masas. O, peor todavía: a un lado queda el heterogéneo conglomerado del partido y al otro la masa inorgánica de los participantes en la acción. No es de extrañar, pues, que los dirigentes revisionistas insistan en hablar de movimientos sociopolíticos en vez de organizaciones de masas y que para ellos todo se reduzca a una bipolaridad entre el partido -entendido como mezcla de partido y de organizaciones de masas- y los movimientos político-sociales más o menos impulsados desde fuera o desde arriba.

Esto les lleva a calificar a Comisiones Obreras como un "movimiento socio-político" amplio (véase S. Carrillo, La lucha por el socialismo hoy, p. 28) y a propiciar formas de lucha abiertas, con un carácter democrático formal, sin ninguna organización mínimamente coherente y estable:

> "Hay que hacer un trabajo explicativo y organizativo en cada lugar de trabajo -leemos en su declaración del Comité Central del PSUC de septiembre de 1971, Contra el continuismo- , multiplicando las asambleas, las reuniones en el sindicato y organizaciones legales, en las barriadas y en el campo. Las asambleas obreras, la democracia directa de los trabajadores ha de ser el fundamento de las decisiones y acuerdos, de la elaboración de las plataformas reivindicativas, de las decisiones para las huelgas y acciones". De la misma manera, afirma la Declaración, hay que "... imponer la celebración de Congresos libres de trabajadores y avanzar en la preparación del Congreso Nacional Constituyente del Sindicato de clase, unitario, democrático e independiente".

Es la transposición mecánica al sector obrero de la experiencia del Sindicato Democrático de Estudiantes (otro "movimiento socio-político"), abandonado hoy por los estudiantes debido a su vulnerabilidad ante la represión y su ineficacia como forma de lucha política superior, pese a la insistencia de los dirigentes del PCE en la necesidad de volverlo a revitalizar con elecciones a nivel de centro.

Naturalmente, la concepción de las organizaciones de masas como simples movimientos socio-políticos de carácter general que operan con criterios abiertos y formalmente democráticos frente a un Estado fuertemente represivo se inscribe perfectamente en la óptica de los dirigentes del PCE. Puesto que lo decisivo es el acuerdo por arriba con los demás grupos de la oposición, el movimiento de masas actúa como medio de presión para forzar el acuerdo; la organización autónoma del movmiento obrero y del movimiento popular queda en segundo plano y lo que se favorece son las prácticas asambleísticas y el liderismo individual, que permite lanzar acciones esporádicas pero no organizar a fondo y coordinar ambos movimientos. Por eso el PCE carece de una verdadera política reivindicativa en Comisiones obreras -como carece en general en los demás frentes de lucha- y en cada acción mezcla las

reivindicaciones más dispares, sin tener en cuenta el grado en que son asumidas efectivamente por los trabajadores. De hecho, todo se mete en un mismo saco: el del antifranquismo.

De este modo, cuanto más avanza la lucha obrera y popular, cuanto más se agudiza la crisis del régimen franquista bajo el impacto de esta lucha, ,ás insisten los dirigentes revisionistas en sus planteamientos democratizantes y en su concepción instrumentalista del movimiento obrero y de las organizaciones de masas. En la Declaración del CE del PCE de febrero de 1972 (publicada en Mundo Obrero del 3 de marzo) esto se plantea con una claridad meridiana. Tras afirmar que "la primera necesidad política" es hoy la concreción del pacto para la libertad, y que esta tarea debe ser situada en un primer plano por todos los militantes del partido, se dice que el medio ideal de presión para que los sectores burgueses se incorporen al pacto es el desarrollo de la lucha de masas:

> Para que los sectores políticos que representan a ésta (la burguesía) tomen conciencia y reconozcan estan realidad, un factor decisivo es el desarrollo de la lucha de masas y la materialización de la convergencia a todos los niveles".

Por esto, lo que importa no es tanto hacer avanzar la organización del proletariado y demás clases populares, como propiciar acciones sectoriales, lo más espectaculares posible, sobre una base abierta, democratizante, amplia y legalista:

> "Los comunistas, en nuestro trabajo, debemos insistir en el carácter abierto, masivo de Comisiones Obreras, en su carácter de auténtico movimiento socio-político" dice la Declaración. Y más adelante: "Pieza clave de este proceso son las asambleas, como práctica de democracia obrera en los centros de trabajo y que vienen siendo cada vez más frecuentes en los últimos meses. Debemos transformarlas en algo cotidiano y general, en un derecho de los obreros que nadie, ni patronos, ni verticales, ni policía, pueda arrebatarles (...) Facilitar la extensión y coordinación del movimiento de masas y facilitar la creación de Comisiones Obreras democráticas y abiertamente elegidas en asambleas, es la gran tarea para la que han sido promovidos miles de obreros a puestos de enlaces y jurados" (...) "La práctica diaria de todo este trabajo abierto a las masas, en asambleas, en discusiones unitarias y con otros sectores, con posibles aliados, etc. constituye hoy la mejor escuela para los comunistas".

El planteamiento no puede ser más claro: el objetivo principal es conseguir la alianza por arriba, el "pacto para la libertad". Para ello hay que fomentar las acciones obreras y diluir la organización del proletariado en asambleas abiertas, en "zonas de libertad" dentro de las empresas, en órganos libremente elegidos y por lo tanto expuestos directamente a la represión. Por si cabían dudas sobre la concepción meramente instrumental y subordinada del movimiento de masas por parte de los dirigentes revisionistas, la propia acentuación de la lucha de clases les ha obligado a hablar sin tapujos.

+ + + + + + + + + +

En la práctica, estas concepciones organizativas llevan a resultados nefastos. No se carga el acento en la organización autónoma de la clase obrera a partir de su lucha reivindicativa y política concreta, sino que se tiende a crear una organización laxa y abierta que reúne los siguientes caracteres:

1º.- Es interclasista, pues tiende conscientemente a representar no sólo al proletariado sino también a la pequeña burguesía y a otras clases.

2º.- Mezcla los militantes comunistas con los simples simpatizantes antifranquistas, tanto desde el punto de vista del reclutamiento como desde el de la organización.

3º.- Funde la organización propiamente dicha del partido con las organizaciones de masas, reduciendo a éstas al carácter de mero movimiento socio-político, como en el caso de las Comisiones Obreras.

4º.- Suplanta las inexistentes organizaciones de masas con organismos formales creados desde el partido y compuestos, en su mayoría, por miembros de éste.

5º.- Al prescindir de las organizaciones de masas se ve obligado a operar desde fuera, propiciando los movimientos esporádicos de tal o cual sector, de tal o cual empresa, sin hacer avanzar el grado de organización de los trabajadores. En el mejor de los casos recluta para el partido a los que hayan destacado en la acción y deja al resto en el mismo nivel de desorganización en que ya se encontraban.

6º.- Por esto mismo, y por la aplicación indiscriminada de la línea de "salir a la superficie", fomenta la práctica asambleísta y el liderismo individual de los militantes, en detrimento de la organización efectiva de los trabajadores.

7º.- Finalmente, borra la diferencia entre el legalismo y la utilización de las posibilidades legales y concibe los cargos sindicales como una plataforma para organizar al movimiento obrero desde ellos.

Estas son, en resumen, las principales consecuencias prácticas de las concepciones organizativas del revisionismo.

## CONCLUSIÓN

El revisionismo moderno, decíamos al principio, es la introducción de la política burguesa en el seno del movimiento obrero a través del propio partido comunista, a través de la vanguardia revolucionaria del proletariado forjada en el período de mayor agudización de la lucha de clases a escala internacional.

El hecho de que el partido comunista se convierta en partido revisionista, en canal de introducción de la política burguesa en el movimiento obrero no se debe a la concepción misma y a la estructura del partido, sino que es el resultado de una larga batalla en que la burguesía acaba por derrotar parcialmente al proletariado, privándole de su vanguardia revolucionaria y transformando a ésta en un instrumento de las propias clases dominantes, en un aparato ideológico del Estado capitalista.

Las causas de esta derrota son diversas: las formas de surgimiento y de implantación de los mismos partidos comunistas; la falta de una sólida tradición marxista-leninista en la dirección del movimiento obrero; la composición del partido; la mayor o menor vinculación de la dirección de éste con la clase obrera (esto es especialmente importante en partidos como el PCE, cuya dirección ha vivido en el exilio desde hace más de treinta años y sólo ha podido subsistir gracias a un elevado grado de burocratización y de concentración del poder en unas pocas personas, en torno al secretario general), y, naturalmente, la ofensiva de las clases dominantes.

Pero la más importante de todas las causas es, seguramente, la forma en que se ha desarrollado históricamente el movimiento comunista. Como es sabido, tras la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia se creó la III Internacional como un gran partido comunista mundial destinado a extender la revolución socialista y a consolidar la gran victoria alcanzada ya por el proletariado ruso.

Al triunfar la orientación estalinista en la Unión Soviética, con la consiguiente y progresiva reconstitución de una sociedad de clases dominada por la nueva burguesía de Estado, los partidos comunistas pasaron a convertirse en otros tantos canales de la política internacional de la nueva clase dominante en Rusia.

En la medida en que estos partidos comunistas estaban realmente ligados al proletariado de sus países respectivos, esta sumisión a los imperativos de la clase dominante rusa se palió con los efectos de las luchas realmente emprendidas y dirigidas en cada país. La guerra civil española de 1936-1939 es un ejemplo de lo que decimos. Las tendencias reformistas que existían en el seno del PCE y la orientación no menos reformista que se dio a una política adecuada a las condiciones del momento, como era la del Frente Popular, se vieron compensadas y hasta anuladas por la lucha del proletariado español contra el fascismo, una lucha que en gran parte se hizo bajo la dirección efectiva del PCE.

Cuando estos factores de compensación desaparecieron o disminuyeron, los efectos de la sumisión incondicional a la clase dominante rusa se hicieron más palpables. Y cuando esta clase dominante pasó a una etapa de claro entendimiento con las clases dominantes de los principales países imperialistas, bajo la forma de la "coexistencia pacífica", tal como la presentaron y practicaron los dirigentes soviéticos, la involución revisionista de los diversos partidos comunistas se hizo galopante.

La historia del PCE es, al respecto, lo bastante ilustrativa, según hemos podido comprobar al principio de este documento.

En efecto, la sumisión del PCE al PCUS era esencialmente una sumisión política e ideológica, agravada por el hecho del persistente alejamiento de la dirección del PCE de la realidad española, a causa del exilio. De ahí que el PCE fuera especialmente sensible a la penetración ideológica del revisionismo soviético. Y esta penetración se manifiesta por los siguientes rasgos doctrinales:

1º.- La creencia de que el simple fortalecimiento estatal de la URSS cambia la correlación de fuerzas a escala internacional en favor del socialismo.

2º.- La creencia correlativa de que la simple presencia del movimiento obrero organizado en cada país, independientemente de su grado efectivo de organización y de su línea política, también cambia la correlación de fuerzas en favor del proletariado. Lo cual equivale a confundir el movimiento obrero organizado con el movimiento obrero revolucionario.

3º.- La creencia de que cualquier acuerdo entre la URSS y un país capitalista, cualquier victoria electoral por pequeña que sea en cualquier país capitalista hace avanzar igualmente la causa del socialismo y cambia la correlación de fuerzas en beneficio de éste.

Esta concepción mecanicista de la correlación de fuerzas tiene por base la larga práctica política de una III Internacional convertida finalmente en línea de defensa del bastión indiscutido del socialismo, sin valorar jamás el modelo efectivo de construcción del socialismo bajo la dirección de Stalin, es decir, tomando por socialismo lo que no era más que la constitución de una nueva sociedad de clases bajo la dominación de una burguesía de Estado que controlaba colectivamente los medios de producción y apartaba al proletariado del ejercicio efectivo del poder.

Las cosas han llegado a tal punto que la ruptura misma -ruptura muy relativa, por lo demás- con los dirigentes soviéticos se ha debido al afán de no comprometer una línea política general de alianza con las fuerzas burguesas y pequeño-burguesas iniciada, precisamente, bajo los auspicios de los propios soviéticos. Por eso los dirigentes del PCE no critican el "modelo" de pretendida construcción del socialismo en la URSS, sino la persistencia de un ente misterioso llamado "razón de Estado" que impide a los propios soviéticos avanzar más de prisa en la reconstitución de una sociedad de clases más parecida a la del capitalismo monopolista de Estado. Dígase lo que se diga, esto es lo que hay en el fondo de la polémica. El oportunismo que caracteriza la política internacional del PCE es una clara demostración de ello: lo que busca esa política es un compromiso sin principios que no perjudique sus propias posiciones ante las fuerzas burguesas españolas.

Es indudable, pues, que el PCE ha recorrido ya un trecho muy largo por el camino del revisionismo. Y, sobre todo, ha recorrido un trecho irreversible, un camino que ya no se puede desandar. La línea política general del PCE, que ya hemos examinado en este documento, es suficientemente explícita.

El análisis equivocado de la formación social española, de la correlación de clases, del carácter del Estado franquista, de la crisis de sus aparatos; la línea pacífica y gradualista de transición al socialismo; las consignas tácticas del tipo del "pacto para la libertad"; las formas organizativas del partido; los criterios de reclutamiento de militantes; lasrelaciones entre el partido y las organizaciones de masas; el abandono o la incomprensión de las nociones más fundamentales de la teoría marxista-leninista; el oportunismo en las relaciones internacionales: todo eso no es más que la forma concreta que reviste en España la penetración de la política burguesa en el movimiento obrero a través del PCE.

Como hemos visto, esta penetración se traduce en la sumisión política del proletariado a los intereses globales de las clases del bloque dominante. Y esto es, para nosotros, la esencia misma del revisionismo moderno.

En la medida en que el PCE controla al movimiento obrero y popular, en la medida que frente a él no hay ninguna alternativa válida, ninguna vanguardia revolucionaria del proletariado, el revisionismo se convierte en la política y la ideología dominante en el seno del movimiento obrero y lleva aéste a la derrota frente a las clases dominantes.

De ahí la urgencia de reconstruir esa vanguardia revolucionaria real, de forjar un nuevo partido comunista enraizado en la clase obrera y en las masas populares a partir de una verdadera línea de masas y de una estrategia y una táctica realmente revolucionarias, en las

condiciones actuales de nuestro país. Esta es la tarea a la que debemos dedicarnos los comunistas.

Ahora bien, si la consolidación del revisionismo es una derrota del movimiento obrero, que esta derrota se consume o no depende de la coyuntura política, del nivel efectivamente alcanzado por la lucha de clases.

En este sentido, hemos dicho y repetimos que el PCE no encuentra bajo el franquismo, por las razones ya señaladas, condiciones propicias para cumplir plenamente, hasta el fondo, su papel revisionista.

Esto es de una importancia fundamental. Las clases del bloque dominante español todavía utilizan hoy como forma esencial de control de la clase obrera los aparatos represivos del Estado. Para dichas clases, la utilización del canal revisionista, del PCE como instrumento de control del proletariado, todavía está en un segundo plano.

El PCE no podrá convertirse plenamente en un partido revisionista mientras exista la dictadura franquista, hasta que se haya pasado a un régimen más abierto, más democrático-liberal, que puede revestir la forma de república o de monarquía constitucional.

Pero es indudable que ya desde ahora mismo hay sectores políticos del bloque dominante que intentan jugar la carta del acuerdo con el PCE para controlar al movimiento obrero en el futuro inmediato. Cuando ciertos representantes de la burguesía financiera e industrial catalana hablan de la necesidad de entenderse con Comisiones Obreras y de que se reconozca la libertad sindical, cuando otros representantes políticos -hoy más o menos marginados- del bloque dominante hablan del necesario pluralismo y hasta entablan negociaciones con los dirigentes del PCE, es indudable que estamos asistiendo a los prolegómenos de una maniobra política de largo alcance, cuya finalidad es precipitar la involución revisionista del PCE y consumar la derrota política e ideológica del proletariado.

La otra cara de la misma moneda es, indudablemente, el intento de las clases dominantes de impedir mediante la represión el surgimiento y la consolidación de una verdadera vanguardia revolucionaria y la creación de organizaciones autónomas del proletariado. En España, actualmente, la represión no llega todavía a tales extremos de finura y selectividad y golpea indistintamente a todos los representantes políticos del movimiento obrero y popular y hasta de las clases intermedias. En otros países las cosas están más claras. Por ejemplo, en Francia el PC es reconocido legalmente como interlocutor válido de la burguesía, mientras se persigue duramente todo intento de reconstruir una vanguardia revolucionaria.

La situación peculiar de nuestro país, bajo el régimen franquista, hace, pues, que el carácter revisionista del PCE no pueda desarrollarse hasta sus últimas consecuencias y por eso mismo impide que las masas comprendan claramente la importancia y el alcance de las posiciones revisionistas de dicho partido. De ahí la necesidad de explicar constantemente a las masas, partiendo de su nivel real de conciencia, en qué consiste este revisionismo, cuáles son sus formas de manifestación, cuáles sus peligros inmediatos y cuáles sus limitaciones.

En la medida en que el PCE se ve obligado por definición a combatir a la dictadura franquista, su carácter revisionista es todavía más ambiguo a los ojos de las masas. En muchas ocasiones son los militantes del PCE los que aparecen en primera fila de la lucha antifranquista y son las primeras víctimas de la represión. Por eso denunciar al revisionismo con frases generales que no tienen en cuenta el nivel de conciencia y de organización real de las masas no sólo es inútil -porque no dice nada a las masas- sino que aumenta el grado de confusión. La denuncia del revisionismo, la lucha contra el mismo debe hacerse en el fuego mismo de la acción, partiendo de aquullos datos que las masas puedan comprender inmediatamente porque respondan a sus necesidades reales. ;ás todavía, esa lucha debe compaginarse con la ineludible necesidad de reforzar las organizaciones unitarias del movimiento obrero y popular, de coordinar las Comisiones Obreras, de reunir en torno a la clase obrera el mayor número de aliados para la batalla contra el bloque dominante y su Estado.

Pero la lucha contra el revisionismo, incluso en estas difíciles condiciones, es una premisa indispensable para hacer avanzar el movimiento obrero y popular. Si por razones coyunturales, por un oportunismo explicable pero no justificable se pospone esa lucha en nombre de la unidad, estamos dejando libre el terreno para que el revisionismo se consolide y, con ello, pata que la línea política burguesa penetre más y más en el movimiento obrero, hasta consumar su derrota.

No hay que perder nunca de vista, por lo demás, que la ambigüedad misma de la situación convierte al PCE -como hemos dicho y repetido- en un conglomerado donde coexisten muchos militantes verdaderamente comunistas con otros de mentalidad liberal y socialdemócrata. Y estos militantes comunistas deben tener un puesto en el futuro Partido Comunista, en la futura vanguardia revolucionaria del proletariado que estamos reconstruyendo desde nuestros actuales puestos de lucha.

Con estos criterios, la lucha contra el revisionismo debe constituir una de nuestras tareas principales en todos los frentes, sin olvidar jamás que no es una lucha en el vacío sino un combate que se libra cada día, cada hora en la forja de una verdadera vanguardia revolucionaria, a través de la aplicación consecuente de la línea de masas.